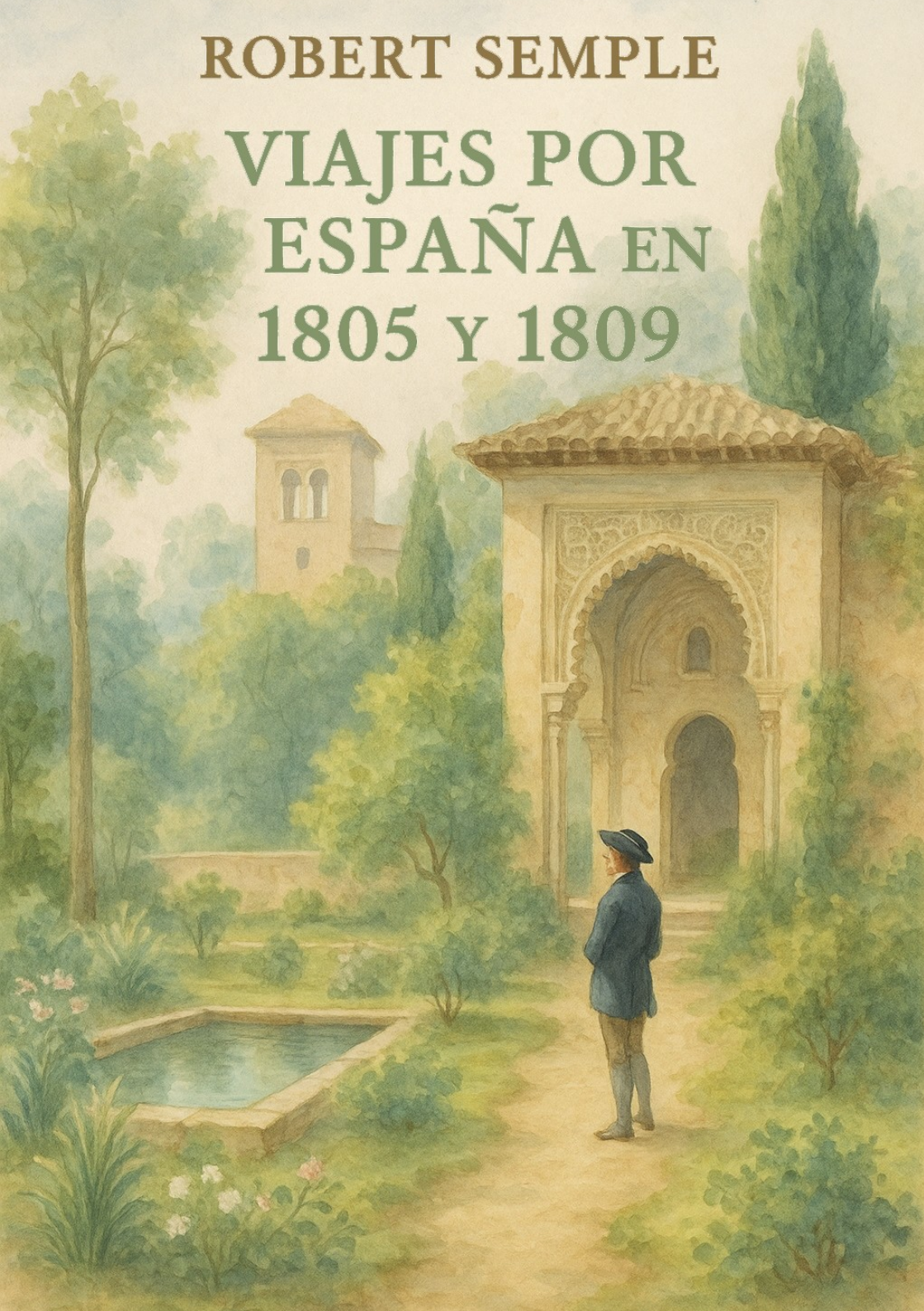
ROBERT SEMPLE

VIAJES POR ESPAÑA EN 1805 Y 1809



Robert Semple

Viajes por España en 1805 y 1809

Ed. Francesc Costa Oller

Mataró, 2025

Índice

Viaje por España en 1805

Prólogo	12
Capítulo I. Lisboa	15
Capítulo II. Viaje de Lisboa a Madrid	27
Capítulo III. San Ildefonso, Segovia, el Escorial y Toledo	63
Capítulo IV. Ruta de Madrid a Cádiz y Algeciras	77
Capítulo V. Algeciras, Gibraltar, costumbres y gobierno	108

Viaje por España en 1809

Prólogo	138
Láminas ilustrativas	141
Capítulo I. Viaje a Lisboa, Lisboa, voluntarios portugueses	155
Capítulo II. Ruta de Aldea Gallega a Elvas, Badajoz y Sierra Morena a Sevilla	167
Capítulo III. Sobre la oveja merina y la Mesta	184
Capítulo IV. Sevilla, sus antiguedades, situación, murallas y puertas, calles, catedral, la Giralda, el Alcázar, Alamedas, río Guadalquivir, partida de Sevilla.	193
Capítulo V. Ruta de Sevilla a través de Ervizo, Carmona, la Campana, Posadas y de Almodovar a Córdoba	213
Capítulo VI. Córdoba, su situación, antiguedad, puente, catedral, panorama desde la antigua torre, antigua Córdoba, San Rafael, conductos e inscripciones romanas, el soldado español	
Capítulo VII. Ruta a través de Castro, Baena, Alcaudete, Alcalá la Real y Pinos de la Puente a Granada	
Capítulo VIII. Granada, su extensión, catedral, Inquisición, Cartuja, plaza de toros, Alhambra, Generalife, prisioneros franceses, patriotismo de sus habitantes, y supersitiones	
Capítulo IX. Ascenso a Sierra Nevada	
Capítulo X. Ruta de Granada a través de Alhama y Vélez a Málaga, Málaga, y paso a Gibraltar	
Capítulo XI. Paso a través de los estrechos, Ceuta, Tetuán, su situación, habitantes, judíos, país circundante, partida	
Capítulo XII. Ruta a Tanger, pueblo morisco, armamos nuestra tienda, colina de los simios, Tanger, ruinas de una mole inglesa, Tarifa, Gibraltar	
Capítulo XIII. Gibraltar, Cádiz, final	

Al inicio del siglo diecinueve, cuando Europa se encontraba estremecida por las guerras napoleónicas y vientos de cambio político, un viajero británico-estadounidense llamado Robert Semple recorrió España en dos momentos importantes de su historia. Las crónicas que escribió, ofrecen un testimonio de la transformación de un país que pasó de la decadencia borbónica al despertar patriótico de una Guerra de Independencia que cambiaría tantas cosas. Nacido en Boston en 1777 y criado en Londres tras el regreso de sus padres durante la Guerra de Independencia americana, Semple poseía una perspectiva única que combinaba la mentalidad anglosajona con la experiencia americana, permitiéndole observar España con la mezcla de fascinación y crítica que caracterizó su obra.

Sus dos libros sobre España: *Observations on a journey through Spain and Italy to Naples, and thence to Smyrna and Constantinople* (London, 1807) y *A second journey in Spain in the spring of 1809* (London, 1809), constituyen mucho más que unos relatos de viaje. Representan un retrato dinámico de una nación en transformación, capturada en el momento entre el Antiguo Régimen y la emergencia de la España moderna. Su importancia radica no solo en la información que proporcionan sobre la época, sino en la evolución de la percepción del propio autor, que pasó de una crítica despiadada a un reconocimiento matizado del potencial español.

Robert Semple no era un viajero común. Su formación angloamericana, su experiencia como escritor de libros de viajes sobre

diversos países y su posterior nombramiento como gobernador de la Tierra de Rupert en 1815 lo configuran como un observador privilegiado de las realidades políticas y sociales. Su ciudadanía estadounidense le permitía acceder a territorios vedados a los súbditos británicos debido a las restricciones de guerra, otorgándole una libertad de movimiento excepcional en la Europa napoleónica.

Presentándose como un hombre de negocios, se propuso «recoger en mi propia mente las impresiones generales que me causaban los objetos interesantes y transmitir esas impresiones a los demás», objetivo que logró con una agudeza notable. Su enfoque metodológico combina la observación empírica con el análisis comparativo, estableciendo paralelos entre España y otros países europeos, especialmente Inglaterra, que le servía como punto de referencia para medir el progreso y la civilización.

España 1805: la decadencia

La primera visita de Semple a España coincidió con uno de los momentos más bajos de la historia española moderna. El reinado de Carlos IV, marcado por la incompetencia real y la influencia omnipresente de Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, ofrecía un panorama desolador que describió con precisión implacable. Su análisis del gobierno español como un «despotismo en su vejez» no era una crítica superficial, sino una evaluación fundamentada en la observación de las estructuras políticas y sociales del país. El rey emerge en sus escritos como la encarnación de la decadencia dinástica: un «jefe ignorante y supersticioso» que ha delegado el poder efectivo en Godoy, acusado de haber «vendido el país a Francia». Esta percepción no era exagerada; la política

exterior española de la época, caracterizada por la sumisión a los intereses franceses, había convertido efectivamente a España en un estado tributario de Napoleón, sacrificando la independencia nacional en el altar de la supervivencia dinástica. Y la derrota de Trafalgar, cuyo resultado Semple conoció de primera mano, contribuyó a la decadencia.

La crítica se extiende a la nobleza española, que residía en Madrid pero carecía del «feudal spirit» que caracterizaba a la aristocracia de otros países europeos. Esta observación revela una comprensión profunda de las diferencias entre el sistema nobiliario español y el de otros países, donde la nobleza mantenía vínculos más estrechos con sus territorios y responsabilidades locales. La nobleza española, convertida en meros «apéndices de la corte», había perdido su función histórica y se había transformado en una clase parasitaria que vivía de las rentas sin contribuir al desarrollo nacional.

El análisis de Semple de las infraestructuras españolas revela las consecuencias de esta decadencia. Madrid, elegida como capital por «consideraciones políticas» más que por sus ventajas naturales, simboliza la irracionalidad del sistema. Su ubicación junto al «riachuelo arenoso del Manzanares», que en verano se convertía en un «lecho de arena», contrasta dramáticamente con otras capitales europeas dotadas de ríos navegables y ventajas geográficas naturales.

Dos elementos captan en especial la atención crítica de Semple: el sistema agrario y la superstición religiosa. Su observación de las «llanuras más fértiles de Europa abandonadas e incultas» no era una exageración retórica, sino la constatación de una realidad que tenía sus raíces en instituciones medievales anacrónicas como la Mesta. Organización ganadera que privilegiaba la tras-

humancia sobre la agricultura sedentaria, y representaba el símbolo de los «prejuicios insuperables» que impedían el desarrollo económico español. Semple comprende que la persistencia de este sistema no era simplemente una cuestión de tradición, sino el resultado de intereses creados que se beneficiaban del statu quo. Argumenta que las leyes de la Mesta han «contribuido materialmente a mantener el país en ese estado» de falta de cultivo, a pesar de su potencial.

La superstición católica es el segundo pilar de su crítica; describe lo que percibía como la «corrupción del cristianismo por tantas supersticiones». Su descripción de prácticas como la veneración de reliquias votivas y ciertas manifestaciones religiosas como «absurdos tan burdos, tan impíos, tan indecentes» reflejaba la mentalidad ilustrada de la época, que veía en la superstición un obstáculo fundamental para el progreso racional.

España 1809: despertar en la guerra

El segundo viaje de Semple en 1809 se produce en un contexto radicalmente diferente: la península está inmersa en la Guerra de Independencia contra las tropas napoleónicas. Este nuevo escenario le fuerza a reevaluar muchas de sus impresiones previas, revelando una capacidad de resistencia y un patriotismo que apenas había vislumbrado antes. En la introducción de su crónica destaca el interés que en estos dos años se ha despertado en la causa de España. La apatía observada en 1805 da paso a un sorprendente «awakening of patriotism». Encuentra campesinos y civiles activos en la resistencia, vitoreando a Inglaterra y a España, mostrando un gran odio a los franceses. La figura del ausente Fernando VII se convierte en un punto de unión para la na-

ción. Los españoles, observa, luchan por su rey y su patria, no por teorías de gobierno. Se consolida su opinión sobre el potencial del soldado español. Aunque siguen careciendo de disciplina y buenos oficiales, los describe como robustos, pacientes y resistentes, un material excelente para formar soldados. Es testigo de cómo se reparan fortificaciones y se preparan defensas en Sierra Morena, esas alturas, baluartes naturales.

Contrastes y contradicciones

Observa una notable diferencia en la calidad de las infraestructuras viales entre Portugal y España. Las carreteras portuguesas aparecen en un estado de «muy descuidado» y, según le confiesan los propios lugareños, se construyen deliberadamente sobre terrenos «más difíciles y rocosos» con el propósito tácito de dificultar el acceso a los españoles. De hecho, uno de ellos le comenta abiertamente: «no deseamos hacer una carretera a Lisboa para los españoles». En contraste, las carreteras españolas desde Badajoz hasta Madrid son calificadas como excelentes. Destaca que los españoles «construyen excelentes carreteras en todas las direcciones desde su metrópoli hasta las fronteras, e incluso hacia Francia».

Sin embargo, a pesar de esta infraestructura relativamente buena, sus viajes resultan tediosos y arduos. Se le advierte que viajar por España es «muy peligroso», debido a los «robos y asesinatos frecuentes» en los caminos. Esta situación obliga a los viajeros a organizarse en «partidas lo más grandes posible, con muchos sirvientes y cada individuo bien armado». Durante su segundo viaje, entre Alhama y Vélez Málaga, es víctima de un robo en plena carretera. Las posadas que encuentra a lo largo del ca-

mino son descritas como «miserables» y con escasas comodidades, asemejándose más a las «caravanseras del oriente» que a las posadas inglesas. En cuanto al transporte, describe los «carruajes torpes» de dos ruedas tirados por mulas, que aunque rústicos, eran capaces de transportar una carga equivalente a la de al menos seis mulas. Esta práctica coexiste con los métodos tradicionales, como las «recuas de mulas y asnos» conducidas por arrieros.

Semple muestra una constante admiración por las obras de ingeniería antiguas. Destaca el «magnífico puente de piedra de muchos arcos» sobre el río Alberche, aunque en verano esté casi seco. También elogia el «excelente puente romano» sobre el Guadiana en Mérida, que se encuentra en un estado de «admirable conservación». En Lisboa, el acueducto es calificado como «el más noble que se ha erigido en Europa desde la época de los romanos».

Esta admiración por el legado del pasado contrasta con su crítica hacia ciertos proyectos modernos, como el ambicioso Canal de Madrid, diseñado para conectar la capital con las provincias orientales y grandes ríos como el Tajo, el Guadalaviar y el Júcar. A pesar de contar con «inmensas presas» y «varios kilómetros de canal excavados», el proyecto queda interrumpido por «alguna fatalidad» y termina siendo «incompleto, o más bien abandonado». Este contraste entre la grandeza del pasado y la ineficacia del presente constituye un eje central de su percepción de la decadencia de España como potencia.

Las crónicas de Robert Semple trascienden el mero género del libro de viajes para convertirse en un análisis político y social de notable profundidad, en el que se entrelazan la crítica construc-

tiva y el reconocimiento de las virtudes observadas en los lugares que recorrió. A lo largo de su vida, escribió relatos de sus travesías por diversos territorios, destacando sus obras sobre el Cabo de Buena Esperanza y Ciudad del Cabo (1803), España (1805, 1809), Caracas (1812) y Alemania (1814).

En 1815 fue nombrado gobernador de la Tierra de Rupert, un vasto territorio en la Norteamérica británica que comprendía la cuenca hidrográfica de la bahía de Hudson, bajo el control exclusivo de la Compañía de la Bahía de Hudson. Durante su mandato, Semple se dedicó a dirigir el asentamiento de colonos, pero pronto se vio envuelto en tensiones y conflictos con sus vecinos, especialmente con la Compañía del Noroeste y con el pueblo de los métis. Su vida llegó a su fin en 1816, durante uno de estos enfrentamientos.

La edición del viaje de 1805 corresponde al primer volumen y a la parte relativa a Portugal y España; el de 1809 es completo.

Robert Semple

Observaciones de un viaje por España e Italia hasta Nápoles, y desde allí a Esmirna y Constantinopla, que incluye una descripción de los principales lugares de la ruta y comentarios sobre el estado natural y político actual de esos países.

London, 1807

OBSERVATIONS ON

A Journey

THROUGH

SPAIN AND ITALY TO NAPLES;

AND THENCE TO

SMYRNA AND CONSTANTINOPLE:

Comprising a Description of the Principal Places in that Route,

And Remarks on the present Natural and Political state of those Countries.

VOL I.

BY ROBERT SEMPLE,

AUTHOR OF WALKS AND SKETCHES AT THE CAPE OF GOOD HOPE; AND OF CHARLES ELLIS.

London:

PRINTED FOR C. AND R. BALDWIN, NEW-BRIDGE STREET.

1807.

Prólogo

Se ha observado con acierto que el aumento de la crítica es la decadencia del genio. Los hombres pueden publicar comentarios severos sobre un libro que no tienen talento suficiente para escribir; y en la actualidad, un autor no solo debe correr el riesgo de una reprimenda pública, sino también de ser señalado como objeto de ridículo o desprecio. Un mercenario ignorante o malintencionado puede acusarlo falsamente de vulgaridad, puerilidad e indecencia, y él permanece indefenso, ya que responder sería inútil y degradante. En tales circunstancias, se ve obligado a sopesar cada expresión con cautela, por el temor de dejarse llevar por el entusiasmo del momento, por miedo a que ese ardor se convierta en el cruel pasatiempo de mentes más frías; y si, después de esto, produce una obra relativamente libre de defectos, pero carente de interés, se le dice que los errores del genio pueden perdonarse, pero que ni los hombres ni los dioses toleran la mediocridad.

Sin embargo, se espera que las estrictas leyes de la crítica puedan ser modificadas a favor de los viajeros que se aventuran a presentar sus observaciones al público. En cualquier otro tipo de escritura, es un mero insulto decir que la falta de tiempo o de atención impidió al autor hacer su obra tan perfecta o interesante como podría haber sido; pues, incluso si hubiera podido hacerlo mejor, de ninguna manera debería dejar que el mundo lo supiera. Pero aquellos que visitan países extranjeros rara vez son escritores de profesión. El marinero, el soldado o el comerciante, impul-

sados por el deber o guiados por la especulación, han visitado lugares dignos de ser descritos, donde quizás la ciencia nunca ha penetrado; o pueden haber visto otros bien conocidos, bajo nuevos y sorprendentes puntos de vista. Si individuos de estas clases no pueden publicar ni siquiera sus observaciones apresuradas sin correr el riesgo de ser atacados por las censuras más virulentas, o de escuchar las leyes de Aristóteles resonar en sus oídos, poco a poco se verán inducidos a suprimirlas por completo. El viajero debe contentarse con seguir siendo el héroe de su propia chimenea; y el público, con recibir descripciones de países extranjeros solo de aquellos que son a la vez expertos en literatura y no tienen otra ocupación que viajar y escribir.

Desde este punto de vista, se espera que la falta de tiempo y las ocupaciones laborales, inadmisibles como excusa en todos los demás casos, sirvan de justificación para los defectos de las siguientes páginas. Hasta mi llegada a Esmirna, ni siquiera había concebido el proyecto de llevar mis observaciones casuales a la imprenta, y fue allí, estando detenido y desocupado, donde esbocé sobre el terreno los caracteres de los turcos y los griegos. El resto fue escrito casi en su totalidad durante mi travesía a Inglaterra; durante la cual, un accidente contribuyó a hacer mi obra aún más defectuosa. Debido al calor del clima y a la extrema incomodidad que había bajo cubierta en la pequeña embarcación en la que me encontraba, intenté escribir en la cubierta. El primer día que hice este intento, una ráfaga repentina de viento se llevó todas mis notas por la borda, y tuve la mortificación de verlas esparcidas en un instante sobre la superficie del agua. Si no fuera ya demasiado extenso, tanto en realidad como en descripción, esto podría servir para añadir un artículo más al catálogo de las miserias de la vida humana.

Mi primera idea tras este suceso fue abandonar inmediatamente el proyecto; pero, al cabo de unos días, impulsado por el tedioso ocio de la vida a bordo, decidí confiar en la memoria y retomé la tarea. Si mi tiempo fue mal o bien empleado, o si esto se admite como una justificación adicional, dependerá en gran medida de los sentimientos particulares del lector. Sea como sea, al menos puedo mirar hacia atrás a las horas así empleadas sin arrepentimiento, y hacia adelante a sus probables consecuencias sin aprensión.

Queda por decir algo sobre la calidad bajo la que recorrí países enemigos acérrimos de Gran Bretaña. La natural renuencia a hablar de mi historia personal me impidió mencionar esta circunstancia en el cuerpo de la obra; pero consideraciones posteriores me han convencido de la conveniencia, e incluso, en cierto grado, de la necesidad de explicarlo. Aunque educado en Inglaterra, soy estadounidense de nacimiento, y habiendo residido además seis años en ese país, tengo justo derecho a los privilegios de un ciudadano del mismo. Es cierto que amo a Inglaterra y que derramaría gustosamente mi sangre por ella. Es cierto que no respeto a aquel estadounidense que no respeta también a la madre de sus propios Estados, y a la fuente de sus libertades y leyes. Pero no viajé bajo algún carácter ficticio; y el temor de ser considerado capaz de hacerlo es la única causa de la presente disculpa.

Robert Semple
Londres, 25 de marzo de 1807.

Capítulo I
Lisboa

Salí de Londres el 26 de junio de 1805 con la intención de llegar a Madrid lo más pronto posible, para un asunto de cierta importancia. Al llegar a Falmouth, encontré el paquebote con destino a Lisboa a punto de zarpar, y apenas tuve tiempo de trasladar mi equipaje del coche de correos a bordo antes de que el barco levara anclas. La tarde del 29, con una brisa suave y luz de luna, disfruté todo lo posible de una vista difuminada de la costa inglesa. Al amanecer del 30, ya no se veía tierra.

Nada es más monótono que un viaje de ocho días en verano desde Falmouth a Lisboa. Pasamos el cabo Finisterre de noche y no avistamos tierra hasta el 5 de julio, cuando divisamos los Burlings, un grupo de rocas en la costa oeste de Portugal. A la mañana siguiente, estábamos cerca del cabo *da Roca*, un terreno elevado que forma el lado norte de la entrada del Tajo. Se ve en la altura el pintoresco pueblo de Sintra, y un convento, que dicen está construido de corcho, destaca cerca de la cima de las montañas. En este convento, todo lo que puede hacerse de corcho, lo está. Incluso los platos son de ese material.[1]

Al acercarnos a la costa, el inglés comienza a notar algo novedoso. Pesadas barcas de pesca con grandes velas latinas se abren paso entre el mar agitado y superan al paquebote. Si se acercan lo

[1] El convento franciscano, fundado en 1560, tenía algunas partes revestidas de corcho, puertas, ventanas y las pequeñas celdas de los monjes.

suficiente, su atención se dirige hacia los marineros de tez oscura, rostros demacrados y ropas harapientas, que anuncian de inmediato una raza distinta a la de sus homólogos ingleses. Disparamos un cañonazo, y uno de ellos vira hacia nosotros para embarcar a un práctico. Como el mar está agitado, la maniobra es difícil, y nos sorprende el bullicio y los gritos de la gente en la barca, que todos, desde el timonel hasta el grumete más joven, dan instrucciones sobre cómo hacerlo. Finalmente, nuestro práctico agarra una cuerda y sube a cubierta. Va harapiento y es delgado, pero bien formado; en lugar de botas, lleva dos manojos de paja enrollados en las piernas. Sin embargo, parece muy consciente de la dignidad de su posición y de que es un hombre de cierta importancia en la sociedad. Da sus órdenes con precisión y, para mostrar su autoridad, reprende sin motivo al marinero del timón, que, a su vez, le pregunta dónde compró sus botas. Con la marea y el viento a favor, navegamos rápidamente por el estuario del Tajo y, tras ser inspeccionados por el bote de sanidad, echamos anclas esa misma tarde frente a Lisboa.

Esta ciudad nunca dejará de ser un lugar importante mientras en Europa florezca el comercio. De no ser por eventos y consideraciones políticas, probablemente habría sido la capital de España, ya que no hay otra ubicación con ventajas similares en toda la península, o incluso al sur de los Pirineos. Está construida sobre varias colinas, cuyo número es difícil de precisar entre tantos edificios, aunque los locales dicen que son siete, como las de la antigua Roma. Más que sobre el Tajo, podría decirse que se asienta sobre un brazo de mar donde desemboca el río, ya que este no es navegable ni siquiera para botes en la mayor parte de su recorrido, excepto en las últimas doce o catorce leguas antes de Lisboa. El agua frente a la ciudad es salada y a menudo tan agitada

que pone en peligro a los barcos anclados. Sin embargo, los habitantes, celosos del honor de su río, afirman que esta es una distinción baladí, pues en época de lluvias, una inmensa cantidad de agua dulce baja por el río, causando a veces más daño a los barcos que el viento y la marea del mar.

Sea como fuere, la ubicación es admirable, y la ciudad, llena de iglesias, palacios, cúpulas y chapiteles, que se elevan desde el borde del agua hacia las colinas, ofrece desde la bahía una de las vistas más imponentes que puedan imaginarse, quizá superior a la de cualquier otra ciudad del mundo. Nos impresionó desde cualquier ángulo durante nuestra aproximación, pero al desembarcar, la ilusión se desvanece. Las calles están mal pavimentadas y llenas de suciedad; las casas, con alguna que otra ventana enrejada, tienen un aspecto melancólico, y los habitantes, algunos harapientos y el resto vestidos de ropas oscuras, contribuyen a la atmósfera sombría.

La poderosa influencia del clima se hace evidente. Los portugueses son en general morenos y delgados, de pelo negro, irascibles, de temperamento vengativo, y exaltados en sus gestos ante trivialidades. También se dice que son indolentes, engañosos y cobardes; pero son moderados en su dieta, lo que puede considerarse su principal virtud, si es que tienen alguna otra. Hablan de los españoles con gran desprecio, como si fueran quizá la nación más despreciable después de ellos mismos. Carecen de espíritu público y, por tanto, de carácter nacional. Un inglés o francés puede distinguirse en el extranjero por un aire y modales peculiares de su nación, que intentaría en vano ocultar; pero cualquier hombre delgado y moreno podría pasar por portugués.

El gobierno tiene toda la debilidad del despotismo en su etapa final. El príncipe es el jefe ignorante y supersticioso de un pueblo

igualmente ignorante y supersticioso. Su marina depende de Inglaterra para sus mejores oficiales, y su ejército es, en todos los aspectos, despreciable, pero lo encabeza una procesión de monjes superior a cualquiera en Europa, y si los franceses pudieran ser vencidos con cirios, los portugueses podrían obtener la paz al mundo.

En consonancia con esta disposición, las iglesias, conventos y monasterios son magníficos, generalmente llenos de ricos ornamentos, mármoles finos, mosaicos y pinturas. Ningún hombre bueno se burlará del sincero intento de rendir tributo al Ser Supremo, pero en Portugal observará con tristeza las numerosas y miserables supersticiones mezcladas con tales actos. Pero no juzguemos por las primeras impresiones al comparar este país con Inglaterra, comparémoslo con otros. Desde que comenzamos el viaje, y antes de terminarlo, hemos encontrado otras naciones de la órbita de la Iglesia Romana igualmente sometidas. Podemos afirmar con seguridad que los portugueses son profundamente supersticiosos, pero queda por ver si lo son más que cualquier otra secta cristiana.

Para la construcción de nuevas iglesias y casas religiosas, el gobierno concede ciertos impuestos, y como estos se mantienen hasta que las obras se completen, es asombroso cuánto tiempo tardan en terminarlas. El hombre piadoso que ha contribuido, quizá voluntariamente, una suma anual para la construcción de una iglesia, se resiste a que, por falta de un año más y una contribución adicional, tan buena obra quede inconclusa. Así que sigue contribuyendo hasta el final de su vida y, al morir, asegura su alma con una donación en su testamento a la iglesia de la Madre de Dios o del Corazón de Jesús. Mientras tanto, los monjes, que

administran estos fondos, prosperan y son, de hecho, las únicas personas gordas en Portugal.

La parte de Lisboa que merece más atención es la que sufrió gravemente en el terrible terremoto de 1755.[2] No solo se ha reconstruido de manera ordenada y bien pavimentada la zona llana al pie del anfiteatro de colinas circundantes, sino que las ruinas de grandes edificios que aún permanecen en las alturas, en el corazón de una ciudad populosa, tienen un efecto singular y llamativo. Otras naciones erigen monumentos costosos para conmemorar batallas, terremotos o incendios devastadores, pero nada habla tan directamente al corazón como estos restos imponentes, que sirven de perpetuo recordatorio a los habitantes de Lisboa de lo ocurrido y de lo que podría volver a ocurrir.

Pero pase lo que pase, y a pesar de los prejuicios heréticos, debemos ir esta noche a la ópera, porque es domingo y canta Catalani.[3] Esta encantadora cantante no podría ser sostenida solo por las recaudaciones del teatro, pero el gobierno le otorga una pensión anual de doce mil dólares para asegurar tan valiosa adquisición para Portugal. La multitud fluye en oleadas desde las iglesias hacia los teatros, que los domingos están mucho más llenos que cualquier otra noche de la semana. Allí conversan, pero cuando

[2] La historia recuerda el terremoto del 1 de noviembre de 1755, uno de los desastres naturales más devastadores de Europa, que destruyó gran parte de la ciudad. Miles murieron al quedar aplastados bajo los escombros; minutos después, el mar se retiró de la costa, dejando el puerto seco, y de repente un tsunami con olas de hasta quince metros de altura arrasó la ciudad, y los que habían huido hacia la orilla del río Tajo murieron ahogados.

[3] Angelica Catalani (1780-1849), la soprano italiana más célebre de su tiempo, realizó giras por toda Europa y era conocida por su increíble rango vocal y su virtuosismo en la ópera.

Catalani canta, es costumbre guardar silencio. En cuanto termina, estallan en elogios: ¡Dios mío, qué gusto! ¡Qué expresión! ¡Qué dominio de la voz! Realmente está divina esta noche. Es imposible escucharla sin emocionarse, y cualquier emoción general se convierte en una moda universal. Realmente encanta oírla.

In notes with many a winding bout,
Of linked sweetness long drawn out;
With wanton heed and giddy cunning,
The melting voice through mazes tunning;
Untwisting all the chains that tie,
The secret soul of harmony.[4]

Las iglesias y los teatros atraerán naturalmente al extranjero, y las ruinas no dejarán de provocar reflexiones serias. Si desea continuarlas, puede ascender a una de las colinas, donde, rodeado por un alto muro y densamente arbolado, se encuentra el cementerio inglés. Siempre hay algo conmovedor en la tumba de un compatriota en tierra extranjera; más aún cuando están tan apiñadas. Entre los muchos que vinieron aquí en busca de salud y

[4] Fragmento del poema de John Milton *L'Allegro*.
En notas con muchos giros serpenteantes,
de dulzura entrelazada y largamente extendida;
con descuidado ardor y vértigo astuto,
la voz melodiosa que en laberintos fluye;
desenredando todas las cadenas que atan
el alma secreta de la armonía.

encontraron una tumba, yace Henry Fielding,[5] un incomparable retratista de la vida y costumbres humanas, cuyo nombre será recordado mientras se aprecie el verdadero humor en Inglaterra. Podría llenar páginas con largas inscripciones sobre los muertos una vez ilustres, pero, querido lector, tenemos un largo viaje por delante, así que dejaremos esa tarea a quienes hacen libros.

Al salir del cementerio y manteniéndonos en las alturas, pronto llegamos a las afueras de la ciudad, compuesta de casas muy humildes y habitadas por gente ajena al cuidado de la limpieza, y frente a cada puerta, cerdos y perros miserables tendidos sobre montones de basura. Afortunadamente, esto no dura mucho, y pronto llegamos a los campos abiertos al noroeste de la ciudad. El campo, en esta época del año, parece seco y árido, sin cercados, aunque varias casas de campo, rodeadas de árboles y entremezcladas con viñedos, deben formar un hermoso paisaje después de la temporada de lluvias. En las alturas, a la izquierda, hay una hilera de molinos de viento, similares a los usados en España, lo que ilustra un pasaje del Quijote. A juzgar por los que están a orillas del Támesis y en toda Inglaterra, siempre había considerado hasta ahora el relato de la batalla con los molinos de viento como demasiado extravagante, incluso para ese caballero extravagante. Pero los de este país, siendo pequeños, redondos, robustos y de unos tres o cuatro metros de altura, podrían pasar por los fantasmas de gigantes, incluso para un sobrio campesino inglés en una noche de luna.

[5] El novelista inglés Henry Fielding (1707-1754), viajó a Portugal en busca de un clima cálido para aliviar sus problemas de salud, ya que sufría de gota, asma y cirrosis, pero su estado empeoró y falleció poco después de llegar.

Continuando, llegamos a un valle profundo y estrecho, sobre el que se extiende el acueducto más noble construido en Europa desde la época de los romanos.[6] Es, quizás, el último erigido con el único propósito de transportar agua para usos comunes; el descubrimiento de que los fluidos, cuando se conducen por tuberías, ascienden casi hasta su nivel ha hecho que el uso de estructuras tan grandiosas quede obsoleto. Consta de treinta y cinco arcos, siendo el central de una altura inmensa, pero son demasiado estrechos en proporción cuando se observan desde cierta distancia. Los habitantes de Lisboa se enorgullecen de que son los arcos individuales más altos del mundo, lo que puede ser cierto; pero una fila doble o triple habría sido igualmente útil y mucho más elegante.

Un camino noble atraviesa la cima, bordeado por un muro de bloques macizos de piedra, casi al mismo nivel que el agua, que emite un sonido constante al correr por el interior. Este sonido resuena a lo largo del techo abovedado de piedra del acueducto y provoca una sensación placentera en la mente del viajero, que, al girar hacia el otro lado y mirar por encima del parapeto, contempla a gran profundidad el lecho pedregoso de un considerable arroyo bajo el arco central, el cual, en invierno, debe correr con toda la furia de un torrente de montaña. Sobre este arroyo se extiende un puente, y un camino atraviesa el valle; los viajeros

[6] Los acueductos de Amoreira, una impresionante obra de ingeniería hidráulica, comenzaron a construirse en 1537 y se completaron en 1622. Con una longitud de 7,9 kilómetros, se extienden desde la fuente de Amoreira hasta el centro de la ciudad de Elvas. En ciertos tramos, alcanzan una altura de 31 metros, sostenidos por cuatro niveles de arcos superpuestos. Su diseño no solo responde a necesidades de abastecimiento de agua, sino que también fue concebido para resistir posibles ataques enemigos, al ser Elvas una ciudad fortificada.

que lo recorren, vistos desde arriba, parecen reducidos en tamaño hasta el punto de que solo se distingue el contorno de sus sombreros. En su conjunto, este acueducto es entre los portugueses, con razón, un orgullo nacional; y en un país donde se llevan a cabo con perfección tan pocas obras grandes ajenas a la religión, se erige como un gigante entre pigmeos. Es curioso que la misma nación haya erigido en América el, quizás, único gran acueducto que existe en todo el continente. Se encuentra cerca de la ciudad de Río de Janeiro y se extiende a lo largo de un valle más ancho que el de Lisboa. Solo lo vi desde cierta distancia, pero no puedo evitar pensar que ambos fueron construidos con poca diferencia de tiempo entre sí, y que, cualquiera que haya sido el primero, sirvió de modelo para el segundo.

No es mi intención describir largamente todas las ciudades por las que pase, y Lisboa ya ha sido descrita a menudo. Sin embargo, cabe mencionar que muchas aldeas cercanas han sido absorbidas por la ciudad, como ocurre con Londres. Belém, considerado un pueblo distinto río abajo, es en realidad un suburbio de Lisboa, conectado por edificios a lo largo del agua, aunque a siete millas del centro. Allí hay un excelente jardín botánico y un gabinete de historia natural dignos de visita por todos los que vienen a Lisboa. Dos antiguas estatuas militares se alzan a la entrada del jardín, y debo confesar que las contemplé con gran satisfacción. Después de haber quedado casi saturados por Grecia y Roma, encontramos placer incluso en los vestigios más insignificantes de aquellas valientes naciones que, quizá, existieron antes que ambas, pero sucumbieron más ante las artes que ante las armas de estas últimas. Estas estatuas resultan interesantes incluso para los artistas, ya que ilustran los primeros intentos de la escultura entre un pueblo aún primitivo en las artes, con sus escudos y es-

padas en relieve, como si estuvieran incrustados en la piedra en lugar de desprendidos de ella. Fueron desenterradas hace no mucho tiempo en Montalegre,[7] donde habían permanecido enterradas durante siglos, y no cabe duda de que muchas otras riquezas arqueológicas yacen ocultas bajo la superficie de la tierra, sin que quizás vuelvan jamás a ver la luz del día.

En Belém hay un castillo y una batería que se extiende hacia el agua, cuyos cañones, en las circunstancias actuales, dominan suficientemente la entrada del puerto. Sin embargo, su alianza con Inglaterra es el mejor baluarte de Lisboa contra un ataque por mar. Aun así, hablan de su armada como la segunda después de la británica, si no en número, al menos en valentía y maniobras. El mérito no puesto a prueba, cuando se presume demasiado de él, siempre puede ser cuestionado, y de todas las naciones que he visto hasta ahora, los portugueses parecen tener la menor razón para jactarse. No obstante, hay que reconocer que sus fragatas están elegantemente diseñadas y presentan, en su exterior, toda la apariencia de excelencia.

Entre los campesinos que llegan del campo, especialmente los domingos, es fácil observar rasgos de origen celta en su vestimenta y costumbres. En lugar de sombreros, a menudo usan gorros o bonetes; el antiguo plaid,[8] demasiado caliente para usarse como capa en este clima, se convierte en una faja de colores que llevan alrededor de la cintura y en la que portan invariablemente una daga o cuchillo largo. Su instrumento musical favorito es la gaita, adornada con cintas, similar a la de las *highlands* de Esco-

[7] Montalegre, en la región de Trás-os-Montes.

[8] Es *plaid* la tradicional tela de lana escocesa con un patrón de cuadros, usada como manto o prenda de abrigo.

cia. Al sonido de este antiquísimo instrumento, dos o tres de ellos bailan juntos una especie de reel,[9] o, si la melodía es lenta y solemne, el gaitero camina de un lado a otro en medio de una multitud silenciosa y atenta. En sus danzas animadas, levantan las manos por encima de la cabeza y marcan el ritmo con sus castañuelas. Los montañeses escoceses siguen exactamente la misma práctica, y estoy completamente convencido de que su enérgico chasquido de dedos es una imitación del sonido de las castañuelas. Pero quizás encontremos más sobre esto a medida que avancemos en nuestro recorrido.

Ahora, lector, debemos decidir cómo llegar a Madrid. Sentado cómodamente, deja toda la carga sobre mis hombros, y como he prometido llevarte allí, debo apresurarme. Tras indagar, me informan que hay tres modos de viajar: primero, a caballo con postas, pero debemos conocer el español, que aún entiendo imperfectamente; segundo, alquilar una calesa y acordar con el arriero que nos lleve a Madrid por un precio fijo; o tercero, esperar a que algún viajero llegue de esa ciudad y regresar en su mismo carruaje. También advierten que viajar por España es peligroso, con robos y asesinatos frecuentes en los caminos, por lo que los viajeros suelen formar grupos grandes, bien armados. Esta información me desconcierta, pero tras esperar varios días, me entero de que dos caballeros están a punto de ir a Madrid en postas: un suizo que domina el español y las costumbres del país, y un joven de buena familia, nacido en Madrid pero educado en Irlanda, que fue mi compañero en el paquebote, y me uno a ellos. Cada uno se

[9] Se conoce como *reel* un tipo de danza tradicional de origen escocés e irlandés, caracterizada por movimientos rápidos y enérgicos, generalmente acompañada por música de gaitas o violines.

provee de una montura, un baúl y un estuche para sus pistolas, y el 18 de julio, el día acordado, nos reunimos en el muelle, embarcamos nuestro equipaje y nos despedimos de Lisboa cruzando el Tajo.

Capítulo II
Viaje de Lisboa a Madrid

Cruzamos el mar en diagonal de Lisboa a Aldea Gallega [Montijo] provistos de una orden del jefe de postas. El panorama durante la travesía es encantador: la orilla occidental del río, mucho más alta que Lisboa, está formada por una sucesión de colinas redondeadas, cubiertas de verdor hasta sus cimas y salpicadas de granjas y casas de campo. Aldea Gallega es un pueblo miserable de cincuenta o sesenta casas o chozas, situado al comienzo de una pequeña ensenada en la orilla sureste del Tajo, a unas diez millas de Lisboa. Es la primera parada de postas, y aquí, tras cierta demora mientras inspeccionaban nuestras órdenes, nos montamos y preparamos para iniciar el viaje. El postillón o guía carga al menos cincuenta libras de nuestro equipaje delante de él, en la silla de montar y, una vez que todo está listo, nos da órdenes estrictas de no adelantarlo. Luego, con un fuerte chasquido de su largo látigo, partimos todos juntos al galope.

Apenas hemos salido del pueblo cuando el camino se convierte en una arena blanca y profunda que, aunque el sol ya está en descenso, refleja el calor con gran intensidad. Poco después, llegamos a una gran llanura, limitada al sur por las colinas que conducen a Setúbal, pero que se extiende ante nosotros en una vasta perspectiva. El suelo es en general arenoso, en algunas partes pedregoso, y cubierto de arbustos, matorrales y pequeños pinos, pero apenas se divisa una casa en ninguna dirección.

Como acabamos de iniciar el viaje y aún no sentimos fatiga, acusamos a nuestro guía de ir demasiado lento, pero él nos asegura que la primera parada desde Aldea Gallega está a cinco leguas de distancia, y una legua de postas española equivale aproximadamente a cuatro millas inglesas. Por lo tanto, ya era mucho después de la puesta del sol cuando llegamos a los Pegoes. No es más que una pequeña aldea, y en la casa de postas tuvimos el primer indicio de las condiciones de hospedaje que nos esperaban en el camino; solo pudimos conseguir un poco de vino agrio con agua, y tuvimos la opción de sentarnos en el suelo o sobre la paja en el establo; pero no permanecimos allí por mucho tiempo. Nos esperaban un nuevo guía y nuevos caballos, se reorganizaron nuestras sillas de montar y equipaje, y con sonoros chasquidos del látigo de nuestro postillón, como si estuviera en el centro de una ciudad populosa en vez de en medio de unas pocas chozas, partimos nuevamente al galope. A lo largo de un buen tramo el camino continuó siendo llano; no habíamos avanzado mucho cuando la noche se tornó oscura del todo, impidiéndonos cualquier nueva observación del paisaje circundante.

Desde los Pegoes hasta a las Vendas Novas hay tres leguas españolas, o más de doce millas inglesas, y llegamos allí a las diez de la noche. En medio de un conjunto de chozas pobres se alzaba un granero largo, que resultó ser la casa de postas. Todos dormían, pero el sonido del látigo de nuestro guía pronto nos permitió entrar. Se avivó un fuego casi extinguido y, tras muchas dificultades, nos trajeron un poco de vino, tan agrio que apenas era bebible. Sentados alrededor de las brasas, decidimos acostumbrarnos a todas las incomodidades y recordamos la historia del viajero que se quejaba a su posadero español de que su vino era más agrio que su vinagre. «Me extraña», respondió el anfitrión indife-

rencia, «porque ambos provienen del mismo barril». Convencidos, por lo tanto, de que en estos países otros habían sido tratados al menos tan mal como nosotros, pasamos la botella y, a pesar de las muecas, apagamos la sed con grandes tragos de aquel miserable licor. Tras una hora de espera, los caballos estaban listos y partimos del granero a las once en punto, con tanto alboroto como habíamos al salir de los Pegoes y Aldea Gallega.

Para nuestra satisfacción, ahora había luz de luna, pero una ligera niebla nos impidió aprovechar mucho la circunstancia, más allá del simple placer de no viajar en total oscuridad. Lamenté no haber podido distinguir desde las llanuras la forma y dirección de las colinas que ahora comenzábamos a ascender. No eran de gran altura, pero se sucedían unas tras otras con caminos accidentados y descensos muy empinados, lo que requería precaución para evitar que los caballos cayeran. Mientras tanto, el guía, que había partido con tanta prisa, se quedó profundamente dormido y, aunque se balanceaba de un lado a otro, se aferraba por instinto a la silla de montar; confiamos en nuestros caballos y, tras muchos resbalones, llegamos hacia las dos de la madrugada a Montemoro-Novo.

Aun a la luz de la luna, este lugar tenía más aspecto de ciudad que cualquier otro por el que hubiéramos pasado desde que dejamos Lisboa. Se encuentra a cuatro leguas de las Vendas Novas, está decentemente construido y pavimentado, y se asienta en la primera elevación de una colina de altura moderada, en cuya cima se hallan los restos de un antiguo castillo moro. A pesar de todo el ruido que hicimos, tardamos bastante en conseguir que nos dejaran entrar en una venta o posada. Cuando finalmente una puerta se abrió de mala gana, vimos a dos hombres tendidos sobre paja y cubiertos con mantas raídas. Uno de ellos nos dejó en-

trar, pero se negó rotundamente a hacernos sitio; al final, una anciana que se despertó por el ruido apareció con una lámpara y nos condujo a una habitación.

Después de una breve deliberación y considerando que estábamos a sesenta millas de Lisboa, decidimos tomar unas pocas horas de descanso. Desenrollamos tres colchones de paja en el suelo y, apenas dándonos tiempo para quitarnos los abrigos o desearnos buenas noches, en cinco minutos estábamos profundamente dormidos. Antes de las seis de la mañana ya estábamos de pie, y nuestra amable dueña nos trajo conserva de miel, vino y fruta, con lo que nos fortalecimos para las fatigas del día que teníamos por delante. Desde Montemor-o-Novo hasta Arraiolos la distancia está marcada de tres leguas, pero encontramos que eran al menos catorce millas, pues los cálculos de las postas son inexactos, ya que no están medidos. El paisaje era agradable y variado con colinas y valles, pero estaba mal arbolado y aún peor cultivado hasta que nos acercamos a Arraiolos, un pueblo pequeño situado en la cima de una colina. Aquí encontramos, con diferencia, la mejor casa de postas que habíamos visto hasta el momento; la familia era decente y vestía con limpieza y dignidad; el dueño parecía considerarse un caballero rural portugués y nos trató con gran cortesía.

No pudimos salir de Arraiolos antes de las diez de la mañana, y el sol ya comenzaba a ser muy caluroso. Descendimos la colina y, tras recorrer unas pocas millas, el paisaje adquirió un aspecto diferente al que habíamos visto hasta entonces. Las montañas tomaban formas más redondeadas y comenzaban a estar cubiertas de árboles hasta la cima. Pasado el mediodía, llegamos a la Venta do Duque, tras recorrer una distancia de tres leguas. Descubrimos que consistía en una única casa, sin aldea ni caserío cerca,

situada a más de una milla de la casa de postas, que también se encontraba aislada en la cima de una colina. Dado que el calor era ahora extremo y no corría la más mínima brisa, decidimos quedarnos allí unas horas y entramos en la casa, que describiré. La planta baja consistía en una única sala o vestíbulo sin suelo, que servía de refugio tanto para la familia como para sus aves de corral, que estaban posadas por todas partes. En un extremo, había un banco a lo largo de la pared y, frente a él, una mesa baja similar a las que suelen representarse en cuadros de ermitaños, pero hecha de ladrillo y argamasa en lugar de parterre. En el lado opuesto a esta mesa fija, grandes trozos de corcho servían de taburetes, y al intentar levantarlos, nos sorprendieron por su ligereza. En una gran chimenea abierta se encontraban dos o tres pequeños cántaros de barro de cuello estrecho, que componían todo el menaje de la cocina. El espacio superior estaba dividido en varias habitaciones, amuebladas con esteras y uno o dos colchones para los viajeros; además, había una habitación cerrada con llave donde se guardaban las riquezas de la familia.

Expresamos nuestro deseo de comer, y al instante sacrificaron dos gallinas, las desplumaron, las cortaron en pedazos y las metieron en uno de los cántaros de barro con un poco de agua y otros ingredientes. El cántaro se colocó en el hogar, rodeado de brasas calientes, y ese fue todo el proceso de cocción. Mientras tanto, nos acostamos y cuando nos llamaron para la comida encontramos todos los tesoros de la casa dispuestos ante nosotros. Nuestra mesa estaba cubierta con un mantel limpio, dos platos de barro, una cuchara de plata, algunas cucharas de madera y un cántaro de vino aceptable. El hambre hizo que apreciáramos la cocina portuguesa más de lo que quizás lo habríamos hecho en otras circunstancias, pues terminamos el contenido del cántaro y

coincidimos en que estaba excelente. Cuando pasó el calor del día, nos preparamos para montar y, animados por una comida satisfactoria y un buen trago de vino donde habíamos esperado encontrar poco o nada, continuamos nuestro viaje hacia Estremoz.

Poco después de dejar la Venda do Duque, divisamos Estremoz en la cima de una alta colina, a unas doce millas de distancia. El paisaje circundante ofrecía numerosas vistas de profundos valles y montañas coronadas de bosques; sin embargo, se considera la zona más peligrosa de Portugal para los viajeros debido a los frecuentes robos que allí ocurren. Los portugueses afirman que estos robos en general los cometen españoles, que encuentran fácilmente la manera de escapar a su frontera con el botín, donde están a salvo de cualquier persecución. Sea como fuere, nos mantuvimos alerta y ciertamente atravesamos muchos lugares sombríos, ideales para actos de villanía, en el fondo de barrancos y en estrechos pasos entre los bosques.

El sol ya se había puesto cuando llegamos a Estremoz, pero aún teníamos suficiente luz para distinguir sus fortificaciones y darnos cuenta de que era, con diferencia, la ciudad más grande que habíamos visto desde que salimos de Lisboa. Aquí fue necesario visitar al gobernador, que nos recibió con cortesía, nos habló en francés y, entendiendo nuestro deseo de continuar viaje la misma noche, ordenó que nos permitieran salir por las puertas de la ciudad. Aprovechamos esta oportunidad y avanzamos tres leguas más hasta Aloraviça, donde encontramos una posada miserable, en la que con gran dificultad conseguimos un frugal refrigerio sin vino y dos jergones de paja como camas. Cuando se viaja se aprende rápidamente a adaptarse a cualquier circunstancia, y aunque ese día no habíamos recorrido más de cuarenta mi-

llas, estábamos lo suficientemente fatigados como para haber dormido en el suelo si hubiera sido necesario.

Al amanecer, nos alegró la perspectiva de estar fuera de Portugal antes de la noche. Aunque todo el territorio al sur de los Pirineos había sido en el pasado un solo reino, esperábamos encontrar notables diferencias en las costumbres y maneras; incluso imaginábamos que las montañas y los árboles de España tendrían un carácter distinto a los que nos rodeaban. Estas expectativas, por sí solas, habrían hecho más llevaderas las cuatro leguas hasta Elvas, la ciudad fronteriza de Portugal con España, incluso sin la adición del variado paisaje de colinas, valles, extensas llanuras y bosques de robles y alcornoques.

Hacia las nueve de la mañana llegamos a Elvas, situada en la cima de una empinada colina, desde la que se contempla un delicioso panorama de la fértil franja de tierra que bordea el río Guadiana y marca la frontera entre ambos reinos. Mientras admiraba desde las alturas de Elvas la vasta extensión de montañas, bosques y fértiles llanuras, no pude evitar compararla con la frontera entre Inglaterra y Escocia, donde la larga e inveterada hostilidad entre ambas naciones, ahora estrechamente unidas, ha dejado como legado vastas extensiones de colinas desoladas y páramos estériles.

Portugal parece haber concentrado todos sus esfuerzos en hacer de Elvas una plaza fuerte, dotándola de sus mejores tropas, como si con esta coraza exterior pudiera ocultar la debilidad de su interior. Aparte de su posición estratégica y sus fortificaciones, la ciudad en sí tiene poco de notable, salvo un acueducto morisco de varios pisos de arcos en algunos tramos, que aún sigue abaste-

ciendo de agua a la ciudad.[10] Para nuestra gran satisfacción, descubrimos una cafetería donde nos sirvieron un excelente café con leche y deliciosos higos, con los que desayunamos. Repuestos, nos despedimos de Elvas sin ningún pesar y nos preparamos para abandonar el dominio portugués.

Poco después de descender la colina, entramos en una llanura que, sin embargo, no respondía a la imagen de fertilidad que habíamos concebido al observarla desde lo alto; el suelo era arenoso y estaba pobremente cultivado, y eso solo en algunos puntos aislados. A unas nueve millas de Elvas llegamos a una llanura arenosa donde, a la derecha del camino, se alzaban algunas tiendas de campaña bajo cuya sombra una docena de soldados, tendidos a lo largo, formaban la guardia avanzada de Portugal. A poca distancia, un arroyo que desemboca pronto en el Guadiana marcaba la línea divisoria entre los dos reinos.[11] En ese momento casi no llevaba agua, así que cruzamos su lecho a todo galope, agitando nuestros sombreros y compitiendo por ver quién ponía primero los pies en suelo español. Nos felicitamos mutuamente, pero, como era de esperar, aún no encontramos ninguna diferencia en la tierra ni en su cultivo. Sin embargo, a juzgar por una primera impresión, los españoles parecen tener un desprecio tan grande por

[10] Los acueductos de Amoreira, una impresionante obra de ingeniería hidráulica, comenzaron a construirse en 1537 y se completaron en 1622. Con una longitud de 7,9 kilómetros, se extienden desde la fuente de Amoreira hasta el centro de la ciudad de Elvas. En ciertos tramos, alcanzan una altura de 31 metros, sostenidos por cuatro niveles de arcos superpuestos. Su diseño no solo responde a necesidades de abastecimiento de agua, sino que también fue concebido para resistir posibles ataques enemigos, al ser Elvas una ciudad fortificada.

[11] El río Caya.

sus vecinos que ni siquiera se molestan en colocar unos espantapájaros disfrazados de soldados en su lado del arroyo.

A medida que nos acercamos a Badajoz, el país se vuelve más fértil y mejor cultivado, lo que es natural cerca de una ciudad populosa y en las riberas del Guadiana, uno de los grandes ríos de España. Cruzamos este hermoso río, aunque aún no navegable, por un excelente puente de piedra [12] y pasamos inmediatamente bajo las puertas de Badajoz, donde revisaron nuestros pasaportes y, tras el trámite de pagar una pequeña suma a los oficiales de aduanas, quedamos libres para recorrer todo el reino. Badajoz es la ciudad fronteriza de España en este paso, al igual que Elvas lo es para Portugal, y por ello está fuertemente fortificada y guarnecida. Los soldados españoles que vigilan sus puertas son más corpulentos y tienen un porte más marcial que los que acabamos de dejar atrás; sin embargo, busco en vano en ellos la honesta franqueza que distingue al soldado inglés.

Como uno de mis compañeros tenía asuntos que atender en la ciudad, pasamos allí el resto del día, lo que nos permitió observar que, incluso en las ciudades fronterizas, se traza una clara línea de distinción entre ambas naciones. El español es más decidido en su andar y en sus maneras; la capa echada sobre los hombros le confiere cierto aire de valentía, mientras que esa misma costumbre en el portugués solo le da el aspecto de un asesino. Pero

[12] El puente de Palmas, que atraviesa el río Guadiana, tiene sus orígenes en la época romana y fue construido en 1596 durante el reinado de Felipe II, reemplazando a un puente medieval anterior que fue arrasado por una inundación. A lo largo de su historia, ha sido objeto de múltiples reconstrucciones debido a las crecidas del río Guadiana y a los daños causados por conflictos bélicos. Este puente cuenta con 32 arcos y una longitud aproximada de 582 metros.

si hay diferencias entre los hombres, estas se hacen aún más evidentes en las mujeres de ambos países. El porte, el vestido y el andar de las damas españolas no solo superan a las de sus vecinas, sino quizás a las de cualquier nación europea. La parte inferior de su atuendo es negra, con amplias franjas; la superior consiste simplemente en un velo blanco de muselina que, sin cubrir el rostro, cae a ambos lados de la cabeza, cruza sobre el pecho y se ata en la espalda. Caminan con gracia, sus ojos son oscuros y expresivos, y sus rostros tienen ese aire encantador que a un inglés le gusta ver en cualquier mujer, excepto en su esposa, su hermana o aquella a la que verdaderamente ama y respeta.

Después de pasar la tarde explorando Badajoz, nos preparamos para partir temprano a la mañana siguiente. Antes del amanecer ya estábamos a caballo y llegamos a la puerta que conducía al campo justo en el momento en que la abrían. Una multitud de campesinos con sus caballos, mulas y asnos cargados de frutas y verduras, que habían estado esperando largo tiempo, se precipitó hacia la ciudad como una avalancha, y casi nos arrastraron con ellos. No tuvimos más remedio que espolear nuestros caballos y abrirnos paso a la fuerza, no sin causar algún daño a más de un canasto de higos y albaricoques.

Tras dejar atrás Badajoz, el camino se estrecha por un tiempo, pero pronto llegamos a extensas llanuras incultas rodeadas de montañas en la lejanía, salvo por unas pequeñas colinas de suave pendiente a nuestra derecha. A lo lejos, en medio de la llanura, se encontraba Talavera la Real, a tres leguas de Badajoz y nuestro próximo destino. Estas llanuras se mantienen sin cultivar por la intervención expresa del gobierno en beneficio de las ovejas españolas, que ciertamente obtienen de estos pastos la excelencia superior de su lana. No solo Extremadura, sino también todas las

provincias del interior, están repletas de estos terrenos comunales, sobre los que los habitantes tienen arraigados prejuicios. «¿Por qué no aráis estos fértiles desiertos?» le pregunté a un español. «Fomentad la agricultura, la verdadera base de la grandeza de los reinos, y vuestro país podría aún figurar entre los primeros de Europa». «Veo», me respondió, «que tenéis el prejuicio común a la mayoría de los extranjeros. Estos desiertos, como los llamáis, son la gloria de España, pues de sus pastos se obtiene la mejor lana del mundo». Es innecesario exponer la ignorancia de este razonamiento, que, sin embargo, aquí es universal, y no deja de ser con pesar que un inglés contempla las mejores llanuras de Europa abandonadas e incultas.

Talavera la Real, aunque distinguida con el nombre de Real, no ofrece nada digno de mención; a menos que quizás una o dos cruces de piedra al final del pueblo puedan atraer la atención por un momento. Poco después de dejar Talavera, nuestro camino nos lleva cerca del Guadiana; aquí, sus orillas son altas y hundidas, con grandes porciones de tierra que han caído hace poco y aún no han sido arrastradas por la corriente. Donde el suelo es de esta naturaleza, el lecho del río es ancho e irregular, con bancos de arena y grava en el centro. Por el contrario, cuando la naturaleza del terreno ofrece más resistencia, el cauce es más estrecho, pero la corriente más rápida. El campo cercano al río está cultivado, pero de manera miserable; no hay casas de campo, árboles ni cercados en sus orillas. El Guadiana presentaba una imagen muy diferente a la que las descripciones españolas me habían ofrecido; y sus aguas tranquilas, en lugar de transmitir frescura, parecían reflejar el calor del sol como un espejo reluciente.

Continuamos nuestro viaje a Perales, a tres leguas de Talavera la Real, situado aún más cerca del río. Es solo una casa de postas

donde cambiamos los caballos, y desde allí partimos hacia Mérida, otra etapa de tres leguas.[13] El terreno comienza a adquirir un aspecto diferente, elevándose en pequeñas colinas con montañas al este. Las ruinas de un acueducto marcan la aproximación a Mérida, la antigua *Merita Augusta*, situada muy cerca del Guadiana, sobre el que pasamos por un magnífico puente romano en admirable estado de conservación. Además del puente, Mérida contiene muchos monumentos del poder romano, como un anfiteatro casi completo, un circo o pista de carros, y una naumaquia o teatro acuático. También hay restos de un arco triunfal; un pasaje subterráneo que conduce al río, para abrevar al ganado en tiempos de asedio; un pequeño templo dedicado a Marte, y varias columnas y arcos rotos. Es agradable saber que este templo ahora está limpio de todas sus impurezas por agua bendita, velas benditas y sacerdotes santos; y una imagen de madera de la Santa Virgen ha reemplazado al ceñudo dios de la guerra. Todo esto está atestiguado por una clara inscripción en la fachada del edificio, que, como para burlarse de los Manes del fundador hace mucho tiempo fallecido, está en latín. Las paredes también parecen ser de construcción romana, aunque antes se extendían más hacia el río, como lo demuestran grandes masas de ruinas en su lecho.

En la plaza del mercado, los españoles han erigido un singular monumento a su ignorancia. Tres altares antiguos están apilados uno sobre otro para formar una columna; una piedra con una inscripción en latín que declara que está dedicada a la Concordia sirve de base; y una estatua moderna de una santa femenina se alza en la cima. Cuando examinamos estos altares, cuya hermosa

[13] La casa de postas de Perales, ahora con la ermita de Nuestra Señora y sus tres campanas al viento.

artesanía muestra la mano de un escultor griego, nos vemos tentados a lamentarnos de esta barbarie que ha pervertido su uso, hasta que reflexionamos que quizás este haya sido el medio de preservarlos para una empresa más noble, y aún podrían adornar algún día una colección nacional o los museos de príncipes.

Rodeados de tantos objetos interesantes, escuchamos sin mucho pesar que era imposible conseguir caballos ese día, y después de terminar nuestro *olio* español,[14] pasamos la tarde examinándolos. Por la noche nos bañamos en el Guadiana, un lujo que no puede concebirse excepto por aquellos que han cabalgado muchas horas bajo un sol abrasador.

Hemos caminado por debajo del pueblo sobre lechos de piedras lisas, como la playa de guijarros de Sussex, aunque incluso aquí encontramos algunos arbustos pequeños, desde cuya espesura nos sumergimos en el río. Formaba una amplia cuenca, con fondo de arena pura y vadeable en toda su extensión, para nuestra gran sorpresa, ya que no superaba los cinco pies de profundidad en el centro. Arriba y abajo de esta noble cuenca, el río, más estrecho, corría con un murmullo sobre su lecho de grava, y este era el único sonido que escuchábamos. Perdóneme, lector; los viajeros han descrito con entusiasmo incluso las ruinas de antiguos baños, ¿por qué entonces debería pasar en silencio por un baño natural que los supera a todos?

[14] Joseph Hager en su viaje a España el año 1790 relata una cena: «el plato esencial de los españoles, y el único entre el pueblo llano: judías, garbanzos, carne de res, verduras, embutidos, carne de carnero y tocino, son sus ingredientes, y toda esta olla podrida se encuentra mezclada en una sola cazuela. La gente de clase baja no usa tenedor, pues la costumbre, que aún proviene de los árabes, es comer con los dedos».

Eran las ocho de la mañana siguiente cuando nos despedimos de Mérida y de las orillas del Guadiana. Hasta ahora habíamos viajado desde Lisboa en dirección casi al oeste, pero ahora nuestro camino giró hacia el norte y se volvió más variado e interesante, aunque ya no teníamos vista del río. Un viaje de dos leguas nos llevó a San Pedro de Mérida, un pueblo pequeño y trivial situado en una llanura, donde cambiamos de caballos y avanzamos tres leguas más hasta la venta de la Guía.[15] Este es un pueblo pequeño y contiene uno de los pocos albergues buenos, o al menos tolerables que se pueden encontrar en todo el camino. Aquí pasamos dos o tres horas durante el tiempo de calor, y cuando por la tarde nos preparábamos para partir, uno de mis compañeros recibió una coz del caballo del postillón, lo que nos obligó, aunque a regañadientes, a permanecer allí toda esa tarde y noche. Al amanecer, nuestro amigo pudo montar nuevamente a caballo, y tomamos el camino a Miajadas, a tres leguas de distancia. Este es un pueblo pequeño que no contiene nada digno de mención, y de allí un viaje de seis leguas nos llevó a Trujillo, otro pueblo pequeño situado en una colina y famoso por ser el lugar de nacimiento de Pizarro.

A la entrada del pueblo se encuentran un gran número de cruces de piedra, como en las bifurcaciones de la gran sierra Morena, pero no pudimos averiguar las causas particulares de su erección. Como muchas son de fecha muy antigua, quizás fueron construidas para propiciar al cielo por aquellos aventureros a quienes el éxito de sus conciudadanos atrajo a Sudamérica. Actualmente,

[15] Las ruinas de la que fuera famosa y concurrida venta de la Guía se encuentran en el llamado camino viejo de Madrid a Badajoz, debajo de los embalses de la Parrilla, al oeste de Conquista del Guadiana.

Trujillo está en un estado de gran decadencia, y la entrada es a través de calles estrechas, casi obstruidas por la suciedad. Comimos aquí en honor a Pizarro, y esa misma tarde continuamos el viaje seis leguas más, pasando por Carrascal[16] y Jaraicejo hasta Miravete. El país, entre Trujillo y Miravete, es considerado favorable para los bandidos, ya que está lleno de bosques profundos, valles cubiertos de árboles y terrenos elevados desde los que se puede observar la llegada de los viajeros. Sin embargo, estas circunstancias tienden a hacer del recorrido uno romántico, especialmente entre Jaraicejo y Miravete, donde el camino cruza una alta montaña, acercándose a una cadena de colinas.

Las ruinas de un antiguo castillo moro coronaban la cima de una colina distante, que teníamos constantemente a la vista. La idea del peligro, por leve que fuera, al mantenernos en silencio y, por así decirlo, ahogar nuestros pensamientos, daba un doble interés al paisaje romántico que nos rodeaba. Estaba casi oscuro cuando llegamos a la cima de la montaña, cuya empinada pendiente fue en su día uno de los pasos más difíciles de España. Sin embargo, ahora un excelente camino sinuoso conduce hasta el fondo, donde encontramos algunas casas y una pequeña posada, honrada con el nombre de las Casas del Puerto de Miravete, y donde acordamos pasar la noche de buena gana. Una familia, compuesta por una matrona decente y varias chicas guapas, se dedicó de inmediato a preparar nuestra cena, a la que sus sonrisas y bromas mientras nos atendían le dieron un mayor sabor.

[16] El lugar del Carrascal el siglo XIX ya se había convertido en un despoblado, con sus edificios arruinados. Ahora queda como principal vestigio el palacio del Carrascal, que fue residencia del noble Juan de Orellana Pizarro, y las ruinas de la iglesia del pueblo.

Una jarra de buen vino coronó la cena; nos reímos de las fatigas del día, y hablamos de los placeres del hogar. Para nuestro gran consuelo, encontramos camas limpias donde descansar; y un pequeño crucifijo de metal, y una imagen de la Virgen María en la cabecera de cada una, protegían eficazmente nuestro sueño nocturno.

Abandonamos Miravete antes del amanecer. El camino continuó escarpado y desigual durante un tramo, hasta que llegamos a una excelente carretera por la que no habíamos avanzado mucho antes de toparnos con el Tajo, que pronto cruzamos por un puente magnífico.[17] Este río discurre aquí en el fondo de un valle empinado y estrecho, característica que mantiene a lo largo de todo su extenso curso. Siempre fluye con considerable rapidez, lo que indica un constante descenso desde su nacimiento en las montañas de los límites de Aragón. Desde Miravete hasta la posada de Almaraz hay una distancia de dos leguas, y otras dos leguas nos llevaron a Navalmoral de Plasencia [de la Mata], un pueblo pequeño y bastante próspero, donde desayunamos. Desde Navalmoral, otra etapa de cuatro leguas nos condujo a la Calzada de Oropesa, un pueblo pequeño donde nuevamente nos vimos retenidos el resto del día por falta de caballos, ya que varios correos del gobierno, que viajaban por diferentes rutas, se habían reunido allí poco antes de nuestra llegada.

[17] En 1552 se terminó la obra del celebrado puente de Albalat. Comenta Pedro de Rojas que la ciudad de Plasencia «hizo a su costa esta puente, que puede competir con las obras de romanos: y es tradición que costó cien mil ducados, tiene a los lados dos mui fuertes passamanos, y dentro della una ermita». Poco después lo cruza el pasajero Caverel: «uno de los más bellos que se puede ver, aunque solo tiene dos arcos, pero admirablemente altos y anchos».

A diferencia de Mérida, no tuvimos el consuelo de pensar que nuestra demora estaba compensada por la visita a objetos curiosos e interesantes, pues este lugar contenía tan poco digno de atención que apenas nos sentimos tentados a salir. Al día siguiente, temprano, una etapa de cuatro leguas nos llevó a la venta de Pedrobanegas, compuesta por dos o tres casas en medio de un bosque, por el que habíamos cabalgado la mayor parte de la mañana.[18] Allí solo pudimos conseguir un poco de pan seco, que habría sido nuestro desayuno de no ser por el chocolate que llevábamos y que nos prepararon. Estos bosques abundan en caza, como pudimos observar por varios campesinos que llegaban con sus escopetas cargadas de liebres, conejos, perdices y palomas salvajes. Desde esta solitaria venta, cabalgamos cuatro leguas hasta Talavera de la Reina, una ciudad que en otro tiempo fue muy poblada y famosa por su manufactura de seda, y que aún conserva un número considerable de telares. Está bien situada a orillas del Tajo y muestra en sus edificios públicos las huellas de su pasada prosperidad. Cerca del pueblo, el camino hacia Madrid discurre bajo hermosas avenidas de árboles, pero pronto el paisaje se abre y se vuelve arenoso, por lo que, al ser la hora calurosa, nuestros caballos avanzaban con lentitud.

No lejos de Talavera, cruzamos el lecho arenoso de un gran río (el Alberche) por un magnífico puente de piedra de varios arcos, bajo los que solo fluía lentamente un pequeño arroyo. Nada pue-

[18] El nombre de esta venta se encuentra en la documentación antigua escrito como: Pedro Venegas, Pedrobanegas y Pelavanegas. Campomanes (1778) la llama de Pelay Venegas; creo que acierta por la categoría del personaje y algunos antecedentes. Pelay Venegas es un personaje histórico del siglo catorce propietario de haciendas en el municipio de Calera, donde está la venta. Seguramente la construyó un descendiente suyo.

de parecer más ridículo a primera vista para un extranjero que estos puentes, abundantes en España, que parecen colocados para demostrar que allí debería haber un río. Sin embargo, aunque casi secos en pleno verano, estos cauces, tras las lluvias, arrastran inmensos torrentes de agua, y es entonces cuando el viajero percibe su utilidad y bendice el nombre de sus constructores.

Al llegar a la posada de Sotocochinos,[19] a dos largas leguas de Talavera, el calor se volvió tan intenso que acordamos quedarnos allí unas horas, y con dificultad conseguimos una comida escasa. Al caer la tarde, volvimos a montar y cabalgamos cinco leguas hasta Maqueda, tras detenernos para cambiar de caballos en el pequeño pueblo del Bravo.[20] Maqueda es solo un pueblo pequeño, pero ya se perciben síntomas de nuestra aproximación a la capital. En nuestra posada, notamos más atención a la limpieza y pequeños detalles de cortesía, muebles más cuidados y una mesa mejor servida en un amplio salón.

Temprano en la mañana, reanudamos nuestro viaje. Tras cambiar de caballos en Santa Cruz del Retamar, cinco leguas más nos llevaron a Valmojado, un pueblo miserable donde con dificultad conseguimos un poco de chocolate para desayunar. Cuatro leguas más adelante llegamos a Móstoles, después de pasar por el pueblo de Navalcarnero, donde cambiamos de caballos. Como ya

[19] La casa de postas de Sotocochinos, también llamada Casa Blanca.

[20] El Bravo es un despoblado; era un conjunto de alquerías, ventas y mesones al lado del camino real. Alexander Laborde escribe el año 1809: «es pueblo de una sola calle, pero hermosa, ancha, larga y recta, también es cómoda la posada y bien provista». Madoz a mediados del siglo diecinueve dice que está «en un llano formando solo una calle dividida por la carretera general de Estremadura [...] tiene nueve casas en las que se cuentan y posadas, sin ningún otro edificio público».

estábamos a tres leguas de Madrid, decidimos no entrar en la ciudad hasta el anochecer. Pasamos el calor del día en Móstoles, y alrededor de las seis de la tarde partimos. Una fuerte tormenta de truenos y relámpagos, que cubría todo el paisaje al norte, añadió interés a nuestra aproximación a la capital. No habíamos avanzado mucho desde Móstoles cuando divisamos sus cúpulas y agujas, pudiendo apreciar su extensión exacta, que no se correspondía en absoluto con las ideas que nos habíamos formado de la metrópolis de un reino tan grande.

Las lámparas ya estaban encendidas cuando llegamos a las puertas de la ciudad, a las que accedimos por un hermoso puente de piedra sobre un riachuelo arenoso llamado río Manzanares. Todas las capitales de Europa se asientan junto a grandes ríos o brazos de mar, por lo que el Manzanares puede pasar por río, aunque en invierno no sea más que un torrente y en verano un lecho de arena. Sea como fuere, la entrada a Madrid es majestuosa. Pasamos bajo un gran arco de piedra adornado con trofeos militares y entramos directamente en una calle ancha flanqueada por los palacios de los grandes de España. Tras varios rodeos, llegamos a la plaza del mercado, donde las cruces de piedra, las numerosas luces y un millar de sonidos distintos nos confirmaron que habíamos llegado por fin a una metrópolis. En poco tiempo llegamos a la Cruz de Malta, una de las posadas más famosas de Madrid, donde pedí al postillón que nos detuviéramos. Cada uno de mis compañeros de viaje tenía casas y amigos a los que acudir, pero al ser un extraño y estar solo, me dirigí a la Cruz de Malta.

Tras un viaje de cuatrocientas millas a caballo bajo un sol tan intenso, era natural desear una noche de descanso sosegada. Pero en mis primeros momentos de tranquilidad, comencé a reflexio-

nar sobre la región que habíamos atravesado y las costumbres de la gente que habíamos visto. Como Lisboa se encuentra en la desembocadura del Tajo, y las fuentes de este río están aún más al noreste de Madrid, es lógico que hayamos ascendido gradualmente desde las costas occidentales de Europa hasta casi el centro de España. Cada vez que cruzamos el Tajo, su corriente fluía con rapidez hacia el Atlántico. Pero, independientemente de esto, el ascenso fue evidente en todo momento. No solo el Tajo, sino cada río menor o arroyo que encontramos —por así decirlo— corría hacia el Tajo por un lado o, por el otro, hacia el Guadiana, para unirse al Atlántico al sur, entre el cabo de San Vicente y el estrecho de Gibraltar.

Desde el golfo del Tajo, viajando hacia el noreste, primero encontramos grandes llanuras arenosas bordeadas por montañas de poca altura. Al acercarnos a Montemor-o-Novo, el paisaje se vuelve más montañoso, aunque no es hasta llegar a la frontera de Portugal que podemos hablar de verdaderas montañas, y aún así con reservas. Desde estas alturas, las montañas de España se hacen visibles, junto con la vasta extensión de terreno entre ellas, cubierta en su mayor parte por bosques y surcada por el Guadiana y los arroyos que desembocan en él. Al llegar a Mérida, miramos hacia atrás, hacia las colinas, y pensamos en lo que debieron sentir los romanos al comparar estas murallas naturales de los lusitanos no conquistados con sus propias murallas de piedra y el ancho río que los separaba.

Al alejarnos de las orillas del Guadiana, nos acercamos a una elevada ramificación de la sierra Morena, y tras cruzar esta zona, pronto llegamos al profundo cauce del Tajo. Estas montañas, al separar los dos ríos, determinan sus direcciones distintas, pues puede observarse que corren casi paralelos durante más de dos-

cientas millas, hasta que el Guadiana llega a Badajoz, donde gira bruscamente y continúa su curso hacia el sur. Desde las orillas del Tajo, el terreno asciende constantemente en terrazas hacia Madrid. Las pendientes ocasionales no compensan los ascensos, un hecho que nunca perdimos de vista, aunque a veces el camino atravesaba inmensas llanuras o espesos bosques. Al llegar a Madrid, asentada sobre varias colinas de piedra arenisca, aún divisamos al norte la alta cresta de las montañas de Guadarrama, cuyas cumbres se cuentan entre las más elevadas de España.

Repasando nuestro recorrido, notamos que los caminos en Portugal están muy descuidados, mientras que en España, apenas cruzamos la frontera, son excelentes desde Badajoz hasta Madrid. Los portugueses no ocultan su razón para no solo abandonar los caminos hacia España, sino incluso trazarlos por los terrenos más difíciles y rocosos: «No queremos hacer una carretera hacia Lisboa para los españoles», dicen. Los españoles, por el contrario, construyen caminos excelentes en todas las direcciones, desde su metrópolis hasta las fronteras, incluso hacia Francia.

Un espíritu generoso, desdeña deber su seguridad al ocultamiento; al contrario, despeja el camino hacia su interior y desafía a sus enemigos a golpear. Con el mismo espíritu, los españoles no ocultan sus fortificaciones ni sus puertos: cualquiera puede obtener en Madrid planos excelentes de Cádiz, Ferrol, Barcelona, etc., publicados por el gobierno y muy superiores en precisión a los realizados en otros países. Los franceses, por el contrario, son extremadamente celosos en estos aspectos. Como aún nos queda viaje por hacer por España hasta partir, por ahora no diré nada sobre el modo de viajar hasta que lleguemos al puerto de embarque, sea cual sea. Mientras tanto, volvamos la atención hacia esta ciudad, que, a pesar de todas sus desgracias, sigue siendo

quizás la metrópolis de uno de los mayores imperios, en cuanto a extensión, que existen.

Madrid, al igual que San Petersburgo, debe su origen a consideraciones políticas; su ubicación está casi en el centro de España, y por lo tanto se considera la más adecuada para la fundación de una capital. Sin embargo, no posee otras ventajas locales, y sirve para mostrar la idea española de grandeza de espíritu, que consiste en elegir puntos matemáticos ventajosos, sin tener en cuenta otras circunstancias, y luego forzar a la naturaleza a someterse a sus puntos de vista. Yendo solo treinta y cinco millas hacia el sur, podrían haberse elegido muchas ubicaciones ventajosas y hermosas a orillas del Tajo, ya sea en las hermosas llanuras cerca de Aranjuez o en las colinas de Toledo. Como si fuera en desprecio de este noble río, Madrid está construido a orillas del Manzanares, que es solo uno de sus afluentes, y que en verano presenta un riachuelo que serpentea por un lecho ancho de arena. Sin embargo, si pasamos por alto este absurdo, muestra una apariencia imponente, con casas altas y construidas en piedra; calles bien pavimentadas y limpias, y los edificios públicos, al no estar ennegrecidos por el humo como en Londres, parecen recién construidos.

Los grandes adornos de Madrid, además de sus palacios e iglesias, son sus puertas, que se asemejan a arcos de triunfo, y el paseo público del Prado. La construcción de estas puertas fue la gloria o la debilidad de Carlos III, que encargó grabar su nombre en ellas con largas inscripciones; pero olvidó añadirles murallas, lo que, en mi opinión, habría aumentado mucho el efecto. Estas hermosas puertas, están colocadas aquí y allá en una muralla miserable, que unos pocos cañones de tres libras derribarían en una hora, y es extraña como se mezcla la magnificencia y la pobreza.

El Prado, por el contrario, es admirable en todas sus partes; es un paseo ancho, adornado con hermosas fuentes y dividido en avenidas por hileras de árboles; limita a un lado de la ciudad, terminando en cada extremo por una de las puertas. Las calles que descienden hacia el Prado son las más anchas y hermosas de Madrid, y en el lado opuesto están los jardines, terrenos de recreo y el palacio del Retiro, dignos de la residencia de un príncipe, aunque actualmente solo son utilizados por el rey como terreno de caza durante su estancia en la ciudad.

En general, las fuentes del Prado siguen modelos antiguos, y el agua de una de ellas es la más pura de toda la ciudad, y la única que bebe el actual rey, siendo el agua su única bebida.[21] Un paseo muy ancho, adornado con estas fuentes, se llena todas las tardes de buen tiempo con la mejor sociedad, y los domingos, el rey, la reina y la familia real pasean en carruaje por el camino y al pasar saludan constantemente a la gente. En el Prado el extranjero puede estudiar con ventaja el vestido, el aire y el andar de los españoles, pues todos desfilan aquí, desde el príncipe hasta el mendigo. El noble baja de su carruaje y pasea entre la multitud, aparentemente indiferente a su elegante vestido y a los adornos de su ojal, aunque nadie los mira tan a menudo como él mismo; el ciudadano viste a la moda general de Europa de hace treinta años; mientras que las clases bajas que se aventuran en el Prado

[21] La fuente del Berro, colindante con la quinta de Miraflores, al lado del camino real, conocida por la abundancia y calidad de sus aguas. Muy apreciada por sus propiedades, era utilizada habitualmente en la corte, y los aguadores la recogían para el disfrute del palacio. Cabe recordar que, durante la estancia de la corte en Sevilla, en tiempos de Felipe V, se transportaba esta agua hasta aquella ciudad. Considerada un auténtico manjar líquido, era distribuida por aguadores, que la ofrecían a razón de cuatro reales por un porte de cuatro cántaros.

aún llevan sus ropas echadas sobre el hombro, preservando así los últimos vestigios de la antigua toga. Todos los hombres llevan sombreros de tres picos, y todos fuman cigarros; para este último propósito, niños corren de un lado a otro con una especie de antorcha lenta, que arde sin llama y sirve para encender los cigarros. También, los aguadores, con sus vasijas porosas de barro y sus copas, venden el agua fresca de las fuentes cercanas; y se escuchan los gritos de *fuego, fuego* y *agua fresca, agua*, por encima del murmullo de la multitud. Pero son las mujeres las que atraen principalmente la mirada del extranjero. Su vestido simple y elegante, sus velos, que sirven para cualquier propósito excepto para ocultar sus rostros, la libertad de su andar y sus miradas atractivas, pero no inmodestas, hacen que un inglés olvide por un momento que son muy inferiores en cuanto a belleza real a las mujeres de su propio país.

Hay una costumbre que me agradó mucho, y que en ningún lugar produce un efecto tan llamativo como en el Prado. Exactamente al atardecer, las campanas de las iglesias y conventos dan la señal para repetir la oración de la tarde a la Virgen. En un instante, la bulliciosa multitud se silencia y se inmoviliza, como por arte de magia. Los carruajes se detienen, las mujeres cubren sus rostros con sus abanicos; los hombres se quitan los sombreros, y todos emiten, o se supone que emiten, una breve oración al poder protector que los ha llevado al final de otro día. Después de una pausa breve, solemne y no desagradable, los hombres se inclinan y se ponen los sombreros, las mujeres descubren sus rostros, los carruajes continúan su camino, y toda la multitud vuelve a estar en movimiento como antes. Esta es una de las pocas costumbres católicas que parece participar de la piedad sin superstición, y despojada de altares, candelabros, velas e imágenes. No

sentí ninguna reticencia a descubrir mi cabeza entre la multitud bajo un dosel tan noble como la bóveda del cielo, donde algunas estrellas ya comienzan a aparecer. Los que me rodean murmuran una petición o una acción de gracias a su santo favorito, o a la Madre de Dios; y yo, aunque hereje, solo tengo una oración sincera que ofrecer por aquellos que están lejos de mí: un padre, un hermano, una hermana o un amigo.

El Manzanares, aunque en verano no es más que un riachuelo, es de gran importancia para una gran ciudad situada en medio de un país árido y en un clima cálido. A medida que aumenta el calor del verano, sus aguas se aprovechan cuidadosamente y se canalizan en estrechos cauces, donde cientos de lavanderas trabajan constantemente. En uno de estos canales se cavan hoyos cuadrados y se levantan pequeñas chozas cubiertas con esteras. Estos son los baños de Madrid, y como la corriente, aunque pequeña, fluye continuamente a través de ellos, bien pueden sustituir a edificios más elegantes. En el mes de septiembre, estos baños desaparecen uno tras otro, a menos que alguno solitario permanezca hasta que las fuertes lluvias en las colinas conviertan el Manzanares en un torrente en una sola noche, arrastrando todo rastro de estas estructuras estivales. Sin embargo, estas lluvias rara vez llegan sin aviso. Durante varios días, grandes nubes se acumulan en las cumbres de las montañas de Guadarrama y anuncian, con su oscuridad espesa y sus vívidos relámpagos, las fuertes lluvias que caen cerca de las fuentes del río. El trueno lejano resuena débilmente entre los valles, y algunas gotas de lluvia incluso llegan hasta Madrid. Pero por la mañana, el aire, que durante varios días ha sido opresivo, se vuelve fresco y reconfortante, y los habitantes, con cierta satisfacción, invitan a los forasteros a ir a ver su río, el Manzanares.

El campo alrededor de Madrid presenta en verano un aspecto reseco y árido. Inmediatamente después de cruzar la mayoría de las puertas de la ciudad, entramos en lo que parece un desierto, donde es en vano buscar bosques o incluso árboles, excepto cerca del Manzanares o en las inmediaciones de residencias señoriales, casas de campo o agradables pueblos. De estos, se ven algunos a lo lejos en distintas direcciones, pero con un aspecto sombrío y melancólico.

Las ciudades y pueblos de España, en general pueden compararse con islas en medio del océano, donde se viaja de uno a otro sin ver ningún objeto intermedio que recuerde la idea de habitación humana. Desde Lisboa hasta Madrid, exceptuando dos o tres castillos lúgubres, no se ve una sola residencia señorial en el camino. Los antiguos períodos de guerra interna y rapiña parecen haber dejado una huella profunda en la mente y las costumbres de la gente, hasta el punto que muchos prefieren vivir agrupados para protegerse mutuamente; por eso apenas hay paseos agradables en los alrededores de Madrid. El más interesante es el del lado norte, pues aunque el campo está completamente abierto, la cadena de las montañas de Guadarrama, cuyas cumbres más cercanas están a unas veinte millas de distancia, presenta en todo momento un espectáculo grandioso. Si el cielo está despejado, contemplamos con placer sus contornos audaces, las sombras profundas que marcan sus valles y sus prominentes acantilados lejanos, iluminados por el sol. Su apariencia es aún más interesante cuando están envueltas, casi hasta sus pies, en nubes y tormentas rodantes; y en invierno, sus cumbres están cubiertas de nieve.

De diferente naturaleza es un paseo de unas pocas millas a lo largo de los bordes de un canal plantado con árboles, que no me-

recería ser mencionado si no fuera por ser el único de su tipo cerca de la ciudad. Este canal se comenzó con entusiasmo y magnificencia; y estaba destinado a abrir una comunicación entre la capital y las provincias orientales, pero especialmente con los ríos que nacen en las montañas de los límites de Aragón: el Tajo, que fluye hacia el oeste, y el Guadalaviar y el Júcar, que desembocan en el Mediterráneo, frente a las islas de Ibiza y Mallorca. Se diseñaron represas entre las montañas de Guadarrama para re-colectar y preservar las lluvias invernales; varios kilómetros del canal fueron excavados, equipados con dos o tres esclusas y bordeados de árboles; pero por alguna fatalidad, el proyecto sigue incompleto, o más bien ha sido abandonado por uno nuevo. El viajero que se dirige a San Ildefonso o Segovia contempla las ruinas de inmensos terraplenes a través de los valles, destinados a ser represas, o si está en Madrid, puede caminar unos kilómetros bajo la sombra de los árboles, junto a las orillas de un canal estancado, y entonces habrá visto todo lo que existe de este ambicioso proyecto, cuyas ventajas para España habrían sido incalculables.[22]

Un tercer paseo es a lo largo de la gran carretera que conduce a San Ildefonso y el Escorial. Corre una buena distancia junto al Manzanares, sombreada por árboles, y después de caminar unos kilómetros, llegamos a un pequeño bosque, el único cerca de Madrid. Aquí, los ciudadanos, tanto hombres como mujeres, acuden en sus días festivos en gran número, formando alegres grupos

[22] El canal del Guadarrama fue un proyecto impulsado por Carlos III, como parte de un ambicioso plan para crear una red de canales navegables que conectaran Madrid con los grandes ríos como el Tajo y el Guadalquivir. Nunca se terminó por dificultades técnicas, económicas y geográficas. Quedan algunos vestigios: restos de presas, canales artificiales y estructuras de contención.

bajo la sombra de los árboles, donde vienen a comer con mejor apetito que en casa. Como las mujeres españolas de todas las clases carecen por completo de discreción, cantan, ríen y bromean con el extraño que pasa, a quien nunca dejan de ofrecer una parte de su comida.

El aire de Madrid es muy puro y saludable, debido a que está situado a una altura mucho mayor sobre el nivel del mar que cualquier otra capital europea. Nada supera la deliciosa frescura de las mañanas o el brillo de las estrellas; las noches de luna, sobre todo, son deliciosas, casi más de lo que podemos imaginar, incluso comparándolas con las mejores noches heladas de Inglaterra. Es en este momento cuando el alma del extranjero se llena de un placer secreto, mientras contempla una luz tan suave y respira un aire tan puro; cuando el amante se coloca bajo la ventana de su amada y, acompañado de su guitarra, canta sus esperanzas y temores, los dolores de los celos o las alegrías del amor mutuo. Si a ella no le desagrada, la ventana se abre y se cierra a intervalos, para mostrar que es escuchado, y hasta esta pequeña prueba de atención lo deleita.

Toda la población de Madrid, que consta de unos doscientos cincuenta mil habitantes, puede decirse que es un apéndice de la corte, cuya ausencia se siente inmediata y sensiblemente. Para romper, o más bien para evitar el resurgimiento del antiguo espíritu feudal, la corona insiste en que toda la nobleza española resida en la capital, y lo que al principio fue una institución política se ha convertido ahora en una moda tal que el destierro al campo se considera un castigo muy grave. Debido a esta gran concentración de nobleza, incluso las clases bajas adoptan modales urbanos, aunque en algunos aspectos mezclados con una atención a los formalismos. Si dos porteros se encuentran, no dejan de salu-

darse con el título de señor y caballero, y todas las clases son celosas de ceder el lado de la acera al caminar por las calles, y no son raros los duelos por este motivo. Sin embargo, a pesar de la numerosa población, los asesinatos son menos frecuentes, que en la mayoría de las grandes ciudades de España.

En su dieta, los ciudadanos son moderados y parecidos. El plato universal y regular para todas las clases es el *puchero*, una especie de estofado de carne y una excelente variedad de guisantes grandes que crecen con la máxima perfección cerca de San Ildefonso; para la gran mayoría, esto constituye toda la comida, y es un auténtico plato nacional, que se sirve regularmente todos los días tanto en la mesa del rey como en la del mecánico más pobre. El aceite que se usa en los otros productos de su cocina, es en general de una calidad muy mediocre; de hecho, usan el mismo para sus cocinas que para quemar en sus lámparas. El de Valencia es excelente, pero nunca se encuentra en los caminos, y un inglés se sorprende al descubrir que, excepto en Madrid, no puede obtener, a ningún precio, un aceite tan bueno como el que se usa comúnmente en Londres. Hay algunos posaderos que sacan su vino y su vinagre del mismo barril, y todos sacan el aceite para sus lámparas y sus guisos del mismo tarro; con tal aceite, agua, vinagre, ajo y pan, cortados en trozos pequeños y mezclados fríos, un español prepara un plato con el que calma su hambre durante todo el día. En el camino de Lisboa, el hambre, la sed y la fatiga nos hicieron apreciar este tipo de ensaladas de pan y agua, pero cuando nos las servían en Madrid, aunque hechas con mejores ingredientes, apenas nos dignábamos a mirarlas. Otros dos grandes ingredientes en la cocina española son el tomate o *manzana de amor*, y el pimiento verde. El primero guisado y el segundo hervido, y comidos con pan, forman cuando es temporada, productos

muy importantes en la alimentación de las clases bajas. El tomate es de hecho de uso general en todos los países del Levante; aunque pulposo, con muy poco valor nutritivo, y en general, desagradable al gusto para los extranjeros.

Puede observar que los mercados de Madrid están escasamente abastecidos de carne, pero abundantes de verduras y frutas; de estas, las uvas, melones, melocotones y cerezas son deliciosos. En sus grandes banquetes, les gusta servir un plato tras otro; reservando lo que consideran el mejor para el final, como si se deleitaran en sorprender a sus invitados, atrayéndolos y en cierto modo obligándolos a comer más, después de estar ya satisfechos. Durante la cena, beben abundantemente vino diluido con agua, y algunas botellas de vinos franceses terminan el banquete. Después de levantarse de la mesa, se sirve café y la reunión se dispersa. La mayoría de los invitados se retiran a su siesta o sueño vespertino, universal en toda España; y por la noche se forman nuevas reuniones, ya sea para jugar a las cartas, pasear por el Prado o ir al teatro.

Así como el *puchero* es la cena general, el desayuno universal de los españoles es una taza de chocolate con un poco de pan, después del cual beben un vaso o dos de agua fría. Cuando viajan, llevan chocolate consigo, y cuando no pueden conseguir nada más, con un poco de agua tibia y algo de pan, preparan una especie de comida con la que se contentan. Sin embargo, he tenido muchas ocasiones para observar que su templanza es quizás, en general, más forzada que voluntaria. En todas las mesas públicas que he visto, un español come tanto como el extranjero que tiene al lado. En el uso del vino, ciertamente son moderados, y rara vez se ve a un español ebrio por las calles de Madrid entre la clase más baja.

Para compensarlo, fuman de manera inmoderada y a todas horas, desde que se levantan hasta la hora de acostarse. No usan pipas, sino que fuman la hoja de tabaco enrollada o cortada en trozos pequeños y envuelta en una cubierta ligera, como papel o las finas hojas de maíz. Grandes cantidades de tabaco así preparado se importan de la Habana, bajo el nombre de cigarros, en cajas ligeras de cedro o caoba, que contienen mil cada una. Los envueltos en hojas de maíz se llaman *pachillos* [pitillos], o pajitas pequeñas, y las fuman principalmente las mujeres, para cuyo uso también se hacen otros de papel blanco, adornados con una especie de alambre dorado. He visto mujeres de cierta categoría jugando a las cartas y fumando estos *pachillos*. La gran duquesa de Alba, una de las mujeres más sensatas y de noble espíritu que España ha producido en muchos años, era aficionada a usarlos.

Los entretenimientos son ahora muy similares a los de otras partes de Europa y contienen poco que sea nacional, desde la supresión de las corridas de toros por el actual rey. La humanidad fue el motivo alegado para esta supresión, pero se dice que fue ocasionada por el descontento expresado en voz alta por el pueblo ante algunas órdenes dadas por él relativas a la gestión de una corrida en la que estuvo presente. El murmullo fue llamado motín: el despotismo se alarmó; y ya sea para mostrar su poder o sus temores, el rey prohibió de inmediato este divertimento favorito de un gran pueblo.

El calor del clima desalienta los ejercicios atléticos; pasear por el Prado, pasear en carruajes, jugar a las cartas, fumar y jugar al billar son, por lo tanto, los principales entretenimientos de los habitantes de Madrid. Sus teatros rara vez están llenos, excepto cuando se representa una obra nueva; y el gusto público aquí ciertamente no es muy refinado, ya que a menudo aplaude no solo

bufonadas, sino también indecencias. Las traducciones de Kotzebue[23] y los dramaturgos alemanes también han llegado a los escenarios españoles y, aunque recibidas favorablemente, no han sido coronadas con esa locura de aplausos que hace algunos años deshonró el gusto público de Inglaterra.

Aficionado a los dramas tomados de su propia historia, he visto al público español encenderse en un entusiasmo repentino ante la representación de las hazañas de un Cortés o un Pizarro; o derretirse en lágrimas al ver a Colón encadenado, mientras relataba lo que había hecho por su país y reprochaba a una corte ingrata por sus servicios no recompensados y sus sufrimientos inmerecidos. La obra suele ir seguida de un baile de una o dos personas, ya sea el fandango o el bolero; el primero no es muy decoroso, pero el segundo, en el que los bailarines marcan el ritmo con sus castañuelas, es agradable. El pueblo es asombrosamente aficionado a ambos, y aunque el baile dura muy poco tiempo, a menudo parece obtener más placer de él que de toda la obra. El vestuario de las bailarinas es el de las mujeres andaluzas, llevado al exceso en adornos, lentejuelas y flecos, pero produciendo un efecto exquisito y seductor.

Con respecto a los edificios públicos de Madrid, no entra en el plan de este apresurado diario enumerarlos. Basta con observar

---

[23] August von Kotzebue (1761-1819) fue un dramaturgo, novelista y diplomático alemán que gozó de una inmensa popularidad en su época, eclipsando incluso a figuras como Goethe y Schiller en cuanto a éxito teatral. Sus obras exploraban temas tan diversos como la vida cotidiana, la moral, las pasiones humanas y la política. A pesar de su gran acogida por el público, muchos críticos lo consideraban un autor superficial, dedicado al entretenimiento fácil.

que apenas hay una iglesia o un convento que no contenga alguna peculiaridad arquitectónica, algún cuadro, estatua o columna digna de ser vista. El palacio del Retiro, y más aún el palacio nuevo, alberga muchas curiosidades y pinturas valiosas. Este último, como muchas grandes empresas españolas, sigue inacabado; si se completara, sería sin duda el palacio más magnífico de Europa, y su ubicación en la ladera de una colina, frente al Manzanares, añade un efecto aún más imponente.

Sobre todo, no debe pasarse por alto el museo real: aquí no se necesitan entradas ni dinero para entrar; está abierto ciertos días de la semana y a horas establecidas, durante las cuales se admite a toda persona de apariencia medianamente decente. La colección de animales, aves, minerales, espato y otros artículos de historia natural quizás no sea superior a la de muchos otros países; pero las curiosidades de Sudamérica, que se exhiben por separado, son únicas en el mundo. No solo se conservan las pieles de animales y aves peculiares de ese continente, sino también las armas, vestimentas y utensilios de los antiguos peruanos. Entre ellos se pueden observar su gran estandarte, la copa para beber de Moctezuma, tallada en una sola piedra preciosa, y su cetro de oro. La vista de estos trofeos, obtenidos a costa de tanta sangre inocente, despierta profundas reflexiones en la mente.

Las procesiones religiosas se llevan a cabo con gran magnificencia y pueden considerarse uno de los principales entretenimientos del pueblo. A veces es la reliquia de un mártir, a veces de una santa, e incluso de un apóstol o un padre primitivo de la iglesia. El invaluable cráneo, brazo o dedo es llevado por las calles en un relicario de oro, cubierto con un dosel, y la gente se arrodilla mientras se acerca. Pero la alegría es mayor cuando el cuerpo completo de un santo, o una bolsa entera de huesos sagrados, es

el objeto de la procesión. Se anuncia públicamente las calles por donde pasará la procesión, y los habitantes cuelgan de sus balcones ricos tapices y cortinas de terciopelo, al mismo tiempo que estos se llenan de mujeres vestidas con sus mejores galas. Primero avanza una banda de música tocando melodías solemnes; luego cantantes que entonan himnos, seguidos por una larga doble fila de monjes con cirios encendidos, generalmente vestidos de blanco. Finalmente aparece la reliquia sagrada, llevada por seis u ocho robustos sacerdotes sobre un relicario de plata maciza, protegida del aire nocturno por un rico dosel de seda. Un sacerdote la precede, balanceando un incensario de plata que desprende nubes de perfume, y caminando hacia atrás para no parecer que muestra falta de respeto a los sagrados huesos. Una compañía de soldados con bayonetas caladas cierra la procesión; y son felices los elegidos para este servicio, no solo por la santidad del oficio, sino también porque se les paga un cuarto de dólar a cada uno. Una multitud de ambos sexos, de todas las edades y condiciones, sigue el cortejo con la cabeza descubierta.

Vi las reliquias de Santa Bárbara llevadas de esta manera y con este acompañamiento. Era el mismo día y hora que hace unos mil años, como todos saben, fue transportada al cielo, al ser una favorita particular de la Virgen María. Afortunadamente, dejó atrás toda su ropa, incluso los zapatos que llevaba puestos y las joyas de su cabello, que sin duda han sido escrupulosamente preservadas desde entonces. El lugar del cuerpo lo ocupaba la imagen de una hermosa joven, ricamente vestida, reclinada sobre un lecho de plata, con su cabeza rodeada de rayos dorados; y me sorprendió descubrir que la moda femenina había cambiado tan poco en España durante los últimos mil años. Santa Bárbara podría haber ido a la corte sin llamar la atención, e incluso sus zapatos, de cue-

ro rojo marroquí, me habrían parecido fabricados unos días antes, de no ser por las dos largas filas de cirios, la banda de soldados y la multitud arrodillada, que demostraban claramente que no podían tener menos de un milenio de antigüedad.

Una iglesia había sido iluminada y preparada para su recepción, y se lanzaron cohetes sin interrupción hasta que fue depositada con seguridad ante el altar mayor. Allí permaneció en capilla ardiente hasta que al menos una cuarta parte de la población de Madrid había desfilado por la iglesia y rendido sus devociones ante su relicario. Alcé a una niña en mis brazos para que pudiera ver por encima de las cabezas de la multitud, y durante ese tiempo algún piadoso español aprovechó para robarme la cartera, bajo las mismísimas narices de Santa Bárbara. Fue el precio que pagué por presenciar las mascaradas representadas ante esta gran muñeca de madera. No fui mucho más afortunado en otra ocasión. Al regresar a casa una noche, noté una multitud en la esquina de una calle escuchando a un fraile que arengaba desde el alero de una puerta; lleno de curiosidad, me mezclé entre ellos y escuché un discurso serio, pronunciado con solemnidad. Sin embargo, hacia el final de su sermón, golpeó la puerta tras de sí; se abrió una pequeña ventanilla, y le entregaron un crucifijo y un cirio encendido, que levantó con vehemencia, acompañado de gestos y exclamaciones, y en un instante todos los presentes cayeron de rodillas, excepto yo, que permanecí de pie unos momentos, sorprendido por lo inesperado de la maniobra. Sin embargo, un fuerte tirón de mi abrigo fue suficiente aviso, y me vi obligado a arrodillarme en el suelo entre los demás. Pero después de esto, me cuidé mucho de evitar tales multitudes piadosas.

He relatado todo lo que me impactó en particular durante mi estancia en Madrid. Como capital, la admiro por ser el centro del

reino, con un aire claro y saludable, bien construida, abundantemente abastecida de agua pura y adornada con varias obras públicas que reflejan un carácter nacional que aspira a la grandeza. Pero me entristece ver nuevos palacios construyéndose mientras los canales quedan inconclusos bajo las murallas de la ciudad, en un clima donde podrían ser de gran utilidad. Valoro los modales de sus habitantes, pero lamento que sus conversaciones más privadas estén limitadas por el miedo a decir algo que pueda llegar a los oídos de un gobierno celoso. Me siento, como todos los demás, un mero apéndice, uno más de los esclavos de la corte. Espías envueltos en largas capas se apostan en las esquinas de todas las calles. Los hombres conversan aquí en susurros y con encogimientos de hombros, y estoy cansado de que mis amigos me recuerden constantemente que no debo hablar con tanta libertad. La corte está a punto de abandonar Madrid, y los objetivos de mi viaje hacen conveniente que la siga. Veamos si la atmósfera de esclavitud se extiende también a las residencias de campo y jardines de recreo del rey.

Capítulo III
San Ildefonso, Segovia, el Escorial y Toledo.

Aunque Madrid sea la capital del reino, podría considerarse más la sede del gobierno que la sede real, porqué la corte se traslada regularmente según las diferentes estaciones del año a San Ildefonso, el Escorial y Aranjuez. El 10 de septiembre tomé el camino hacia el primero de estos lugares, donde entonces se encontraba la corte.

Está situado a unas cincuenta millas al norte de Madrid, al otro lado de la sierra de Guadarrama. A diez o doce millas de esta ciudad comenzamos a ascender por las bases de aquellas altas montañas, que aquí forman la línea natural de separación entre Castilla la Nueva y Castilla la Vieja. Parecen consistir principalmente de granito, del que vemos inmensos bloques sueltos a medida que nos acercamos al pequeño pueblo de Guadarrama, a treinta millas de Madrid. Al dirigirnos hacia las cumbres, encontramos algunas partes desnudas y otras cubiertas de bosques de robles, hayas y alcornoques. Algunas zonas se distinguen por bosques de pinos, que, aunque se mezclan con otras especies de árboles, están tan claramente separados que marcan una diferencia radical en el suelo. Después de alcanzar la cumbre, vemos abajo un valle asombrosamente profundo, cuyas laderas serían casi demasiado empinadas incluso para las cabras, si no estuvieran cubiertas de pinos y arbustos bajos.

Este valle tiene toda la apariencia de un enorme cráter. El camino que conduce al fondo está cortado en forma de zigzag y sostenido en muchas partes por muros de piedra o terrazas. También hay varias fuentes hermosas cerca del camino, donde el viajero puede detenerse para refrescarse bajo la sombra de los árboles. Era mi intención realizar este viaje a pie, pero este plan me fue presentado como muy peligroso, por lo que adopté el modo común, que consiste en una calesa o una especie de carruaje pesado y abierto tirado por un caballo o mula; o en un coche con tres o cuatro. En este último caso, el arriero espera hasta reunir un número suficiente de pasajeros con los que hace el mejor trato posible por separado. Estos coches también son pesados y tan incómodos no caben a gusto cuatro hombres. Salimos de Madrid a las cuatro de la mañana y, después de pasar la noche en el camino, llegamos a San Ildefonso al día siguiente alrededor de las once. Pagué siete dólares españoles; tal es la tarifa de este modo de viajar, sin incluir los gastos necesarios en una o dos posadas miserables en el camino.

San Ildefonso, o como a veces se le llama, la Granja, es una especie de villa real, que ha cobrado importancia porque uno de los reyes de España eligió este lugar para formar una residencia campestre. Está situado al pie de una colina muy alta y empinada de forma cónica, cubierta de árboles y conectada con las aún más altas montañas de Guadarrama. El palacio real, las oficinas públicas y los cuarteles de la guardia forman tres lados de un rectángulo, del cual el palacio es la cabecera. El extremo inferior está cerrado por una hermosa verja de hierro con puertas, y el terreno aquí es aún lo suficientemente alto como para dominar una vista sobre todas las llanuras que se acercan a Segovia. Dentro de estas puertas se encuentran las manufacturas reales de vidrio y otros

artículos diversos, que el rey intenta monopolizar. Las consecuencias de este plan tonto, de un rey convertido en fabricante y vendiendo copas de vino por docenas, son tales como podrían esperarse. Los establecimientos se mantienen a un costo inmenso y con una gran pérdida anual. Exceptuando los espejos, los artículos en general no son mejores, ni siquiera iguales a aquellos fabricados en otros países; y los individuos son efectivamente disuadidos de emprender especulaciones rentables para su país, mientras su monarca puede entrar en el mercado y vender magnánimamente sus productos por menos de lo que le cuestan. Este, entre mil otros ejemplos, puede servir para mostrar cuán poco se entienden los principios elementales de la economía política en este país.

Dejando las manufacturas, visitemos los grandes ornamentos de San Ildefonso, a saber, los jardines y las fuentes, estas últimas se dice que son iguales o superiores a las de Versalles. Los primeros son formales, divididos en parterres y adornados con estatuas y jarrones de plomo; pero las segundas, cuando están en funcionamiento, son ciertamente magníficas. Una, llamada la fuente de la Fama, lanza una columna considerable de agua a una altura de cincuenta pies, y entonces es claramente visible desde Segovia, a una distancia de diez millas. Para abastecer las diferentes fuentes, se forma un depósito en la cabecera de los jardines, que se encuentran en una pendiente continua. Este depósito recibe el pomposo nombre de el Mar, aunque no es superior en extensión a muchos estanques artificiales en las fincas de caballeros en Inglaterra. A pesar de la profundidad, que es considerable, no proporciona agua suficiente para hacer funcionar todas las fuentes más de dos o tres veces al año, una de las cuales siempre se fija para la gran fiesta de San Juan.

Un arroyo de agua muy clara surge entre las montañas, o más bien brota inmediatamente de ellas, y cae en el depósito, que se mantiene a una altura regular mediante compuertas. Esta agua, aunque pura, resulta muy perjudicial para los extranjeros; probablemente porque, al estar tan cerca de la fuente y correr entre orillas empinadas y oscuras, siempre sombreadas, no se purifica lo suficiente por la exposición al sol y al aire; y, como dicen los médicos españoles, llega cruda al estómago. Inmediatamente por encima del depósito, la colina se eleva extremadamente empinada y alta, hasta una cima afilada y cónica. En los bosques que crecen cerca de la base de esta colina, se han hecho grandes cercados para confinar la caza, en cuya captura el rey encuentra gran placer. También se destinan considerables extensiones de terreno para este propósito en diversas direcciones. El prado o paseo público de San Ildefonso es parte del gran camino que conduce a Segovia y está sombreado a ambos lados con árboles. También hay un teatro pequeño y elegante, al que acuden los mejores artistas de Madrid; pero no objeto de mi curiosidad.

El 15 de septiembre, por la tarde, mientras los españoles dormían, ascendí las montañas en cuyas bases se encuentra este lugar. Llevé mis pistolas temiendo ser atacado, sobre lo que recibí frecuentes advertencias. Un sendero serpenteante conduce hacia arriba por la ladera, pero no lo seguí, sino que subí directamente, y de esta manera encontré el ascenso muy empinado y difícil. En dos horas y media llegué a la cima, y desde allí pude discernir un poco más sobre la dirección de esta cadena montañosa de lo que es visible desde abajo, a poca distancia de su base. A mis ojos, todo muestra claros rastros de origen volcánico, de los que la empinada colina cónica inmediatamente detrás del Sitio o residencia real no es el menor. Entre estas montañas, al este de San Ildefon-

so, surge el agua que se conduce por el acueducto romano a Segovia. Cuando estaba a mitad de la montaña, tuve una excelente vista de esa antigua ciudad situada en medio de grandes llanuras a unas nueve millas del Sitio.

Se dice que las montañas de Guadarrama son una rama de los Pirineos e incluso que se extienden hacia el oeste más allá de las fronteras de Portugal. ¿Es esto cierto? En cualquier caso, están a gran altura sobre el nivel del mar, y la nieve permanece en ellas durante ocho meses al año, es decir, desde octubre hasta mayo. Desde su cima también ofrecen muchas vistas singulares que bien valen la pena del esfuerzo de ascenderlas. Al atardecer descendí y alrededor de las ocho llegué a mi posada o fonda, habiendo empleado en total entre cinco y seis horas.

Estar tan cerca de Segovia y no haberla visto habría sido imperdonable, así que aproveché una oportunidad temprana para visitarla. Era pasado mediodía cuando partí, y después de un paseo tranquilo llegué a las dos por un buen camino ancho, bordeado al principio con árboles, pero a través de un campo abierto y mal cultivado. Segovia conserva más rastros de los moros que cualquier otra ciudad que haya visto en España. La posada donde nos alojamos sin duda había sido en el pasado una magnífica residencia, construida en forma de un cuadrado hueco, con una arcada alrededor del interior, sostenida por pilares al estilo morisco, o quizás, para ser más exactos, al estilo oriental. La catedral tiene poco más de doscientos cincuenta años, pero está construida en estilo gótico, con una simplicidad y grandeza que muestran claramente que la raza de arquitectos que erigió similares y singulares estructuras por toda Europa no se había extinguido en ese período. Sus decoraciones internas tampoco carecen de interés, especialmente una hermosa estatua de mármol de San Juan y

un grupo de figuras talladas en madera de manera admirable. En una pequeña habitación o capilla hay un techo tallado con gran gusto y adornado con blanco puro y oro bruñido. Me pareció que nunca había visto nada más elegante, ni oro mejor empleado.

Al salir de esta capilla, eché un último vistazo a los altos arcos de la catedral y desde allí me dirigí al alcázar o castillo. Está construido sobre una roca, rodeado por un foso natural profundo, excepto donde se une, si puedo decirlo así, a tierra firme por una calzada, en la que se corta un foso profundo con un puente levadizo. La situación se asemeja mucho a la del castillo de Edimburgo, y no dudo que debe su origen a las mismas causas naturales. Aquí se mantiene una escuela militar para jóvenes destinados a ser oficiales de artillería, y una colección de planos de fortificaciones, modelos de máquinas de guerra y los mejores libros relacionados con el arte de la guerra. Los techos de muchas de las cámaras donde se guardan estos están adornados de la misma manera que el de la capilla de la catedral, con labrados en oro. También estaban bordeados con inscripciones en caracteres que me parecieron muy similares a los de los antiguos sajones; pero que eran igualmente ininteligibles para mi guía y para mí; sin embargo, él afirmó que el embajador ruso, cuando estuvo allí, descifró los caracteres, aunque no entendía el idioma en que estaban escritos. Nos mostraron una ventana que daba a la parte más empinada de la roca, desde la cual, en tiempos pasados, cayó un joven príncipe de España y se hizo pedazos. Sin duda, esta narración aumentó aún más el efecto producido al mirar hacia el precipicio; pero también sentí otra causa que intensificó para mí el efecto de todo el Alcázar. Fue en una habitación en la parte su-

perior de esta torre donde mi viejo amigo Gil Blas[24] estuvo confinado, y donde pasó tantas horas tristes de prisión. Al reflexionar, me pareció extraño que incluso una ficción conocida pudiera añadir interés a un lugar así.

Habiendo visitado el interior del Alcázar, antes de abandonar Segovia, fui a echar un último vistazo al acueducto romano, que todavía lleva agua a la ciudad. Se ve primero a la izquierda del camino real desde San Ildefonso; pero no inspira idea de grandeza hasta que llegamos al centro de Segovia. Allí se extiende a través de un valle empinado; en el fondo y a lo largo del costado del cual se construye parte de la ciudad, y consiste en dos hileras de arcos, uno sobre otro, que suman en total ciento setenta y cinco en número, el estilo de estos arcos es el mismo que el del puente de Mérida, y resulta asombroso cómo semejante masa de piedras ha permanecido unida, por así decirlo, en el aire durante tantos siglos. La grandeza de esta inmensa estructura contrasta con las calles estrechas y las casas oscuras que se agrupan alrededor de las bases de los arcos. Para merecer una obra así, Segovia debió ser un lugar de gran importancia en los ojos de los romanos. Sigue siendo una ciudad grande, considerando el tamaño general de las del interior de España, y sin duda fue ubicada aquí debido a la fuerte posición del castillo, que debió ser casi inexpugnable antes del uso de la artillería. En tiempos modernos, su principal sustento es el comercio de lana. El pequeño arroyo que nace en las montañas de Guadarrama y corre en el fondo del valle junto a la ciudad posee la propiedad de limpiar la lana mejor que cual-

[24] Referencia al protagonista de la novela de Alain-René Lesage *Histoire de Gil Blas de Santillane* (Paris, 1715).

quier otra agua en España. De ahí que el Lavadero, o gran lugar de lavado, sea el más notable de Europa.[25]

Al regresar a mi posada, noté la figura de un animal, aparentemente un gran jabalí, formado de piedra basáltica y que se asemeja, en el estilo de tallado, a las dos figuras militares que fueron desenterradas en Montalegre y ahora se encuentran a la entrada del jardín botánico de Belém, cerca de Lisboa. Esta figura antiquísima, que claramente no es obra ni griega, ni romana, ni morisca, es muy probablemente una reliquia de los cartagineses o de los antiguos españoles. En cualquier otro país de Europa habría sido colocada sobre un pedestal, honrada con inscripciones y profundas conjeturas sobre su origen. En Segovia, está medio enterrada en la tierra y sirve de asiento público y común. Sin embargo, quizás algún día se eleve de su estado degradado y dé origen a disertaciones tan eruditas como las del sarcófago-abrevadero de Alejandro.

En mi camino de regreso, en medio del frescor de la tarde, me encontré con toda la procesión real de carruajes, caballos y acompañantes. Mientras cabalgaban de un lado a otro, la familia real repetía el mismo ceremonial de inclinaciones y sonrisas que en el Prado de Madrid. Pronto comprendí que la corte era siempre la misma, en todas partes.

---

[25] En Segovia se concentraban cuarenta esquileos y doce lavaderos de lana merina, que a mediados de siglo llegaban a esquilar alrededor de 750.000 ovejas, lo que representaba una quinta parte del ganado trashumante de la Mesta. Entre todos ellos, Villacastín destacaba como el enclave más importante, con siete esquileos. A día de hoy, aún se conserva el lavadero de Perella, conocido como las Balsas. Ángel García Sanz, *Antiguos esquileos y lavaderos de lana en Segovia*, Segovia, 2001.

Hacia el final de septiembre, la sede del gobierno fue nuevamente trasladada y fijada en el Escorial. Es bien sabido que este gran edificio fue erigido por Felipe II como consecuencia de un voto hecho durante, o antes de, la batalla de Pavía, que ganó contra los franceses, en gran parte gracias a la ayuda de sus auxiliares ingleses. Es una estructura cuadrangular, situada a unas treinta millas de Madrid, al pie suroeste de altas colinas que forman una rama de la cadena de Guadarrama. Dentro del mismo edificio se encuentra un palacio lo suficientemente espacioso para albergar a toda la corte de España; una gran iglesia con una noble cúpula, todo un convento de los monjes de San Lorenzo, con todos los anexos de tres instituciones de este tipo, en la escala más grandiosa. La biblioteca del convento es magnífica y contiene muchos manuscritos antiguos españoles y árabes de gran valor. Permítanme observar que considero a España como una mina literaria rica en estas dos ramas, hasta ahora apenas explorada.

La iglesia es, en cierto modo, un anexo del convento, donde los monjes realizan sus ritos religiosos; sin embargo, si estuviera separada, formaría un edificio impresionante y podría clasificarse entre las grandes iglesias de Europa. Tuve la suerte de estar presente el día de San Lorenzo, cuando, por supuesto, se exhibía toda la magnificencia de la institución. El coro, el solemne órgano, la multitud de sacerdotes y monjes, de los cuales conté más de doscientos, con velas encendidas en sus manos; los pilares de mármol, los techos pintados, en fin, todo conspiraba para formar un gran conjunto, en comparación con el cual toda ceremonia religiosa que había visto hasta entonces parecía de poco interés. No sé qué viajero ha opinado que el edificio era espléndido en sus decoraciones interiores, pero extremadamente pesado como conjunto. Nunca he visto un edificio tan simple sin la menor pesadez.

La piedra de la que está construido, y que se trae de las montañas vecinas, conserva su frescura de tal manera que, aunque han transcurrido más de doscientos diez años, parece recién construido. Aunque el plano del conjunto se asemeja en cierta medida a la forma de una parrilla, en la que se dice que San Lorenzo fue asado hasta la muerte, esta idea fanática no se le ocurriría a nadie al verlo, si no se le hubiera informado previamente de que ese era el plan, e incluso entonces de manera muy imperfecta. Dos enormes parrillas de piedra también están talladas en la fachada principal cerca de la entrada, y el mismo adorno se repite en varios lugares del interior. Sin embargo, este pequeño absurdo se pierde en la grandeza del conjunto. El techo del coro está pintado con figuras cantando y tocando mil instrumentos diferentes, y desde abajo casi parecen formar un solo cuerpo con los monjes ocupados en la parte musical de la ceremonia. Sin embargo, al hacercarse, se percibe que todo resulta de un gusto pésimo, y la monstruosa e impía osadía de intentar esbozar una figura del Ser Supremo se exhibe aquí y en varios otros rincones de la iglesia. Este es un ejemplo de la locura humana que me saca de quicio cada vez que lo veo, aunque el propio Rafael haya caído en él. Debo admitir que, en cierta medida, estaba predispuesto a formarme una buena opinión sobre las ceremonias religiosas del Escorial.

Por la mañana, temprano, ascendí a las colinas a una altura considerable, desde donde, poco después del amanecer, escuché el repique de las campanas del convento, que tocaban varias melodías agradables entonces populares en Madrid. El efecto de estos sonidos entre montañas tan salvajes y áridas era indescriptiblemente placentero. Cuando me acerqué por primera vez al Escorial, no pude evitar condenar sin piedad el miserable gusto y la perversión de pensamiento que pudo concebir la idea de erigir tal

estructura en un lugar tan árido y abandonado por la naturaleza. Pero ahora, tras una reflexión madura, especialmente después de escuchar sonidos tan dulces y solemnes surgiendo como por arte de magia entre rocas y desiertos, cambié de opinión y no pude menos que considerar el conjunto como una obra digna no solo de un rey, sino de un gran rey. En menos de una hora se puede ascender desde el convento hasta la cima de esa rama de los Pirineos en cuya ladera más baja está construida ¿Qué reflexiones no surgen de tal paseo?

El agua que brota entre estas colinas es aún más desagradable en sus efectos para los extranjeros que la de San Ildefonso, pero los buenos padres del convento no parecen sufrir mucho, probablemente por costumbre, o porque algunos lugares al pie de la colina producen un tipo de vino muy bueno, que, para no estar ociosos, cultivan con gran cuidado. Estos monjes son muy atentos con los extranjeros, mostrándoles con esmero todas las riquezas del lugar, que en cierta medida pueden decirse que les pertenecen. Esta especie de hospitalidad, real o afectada, es una de las pocas virtudes generalmente asociadas a la profesión monástica. Desde una de las ventanas del convento hay una hermosa vista de todo el campo hacia Madrid, y se distinguen con claridad sus torres.

Mientras estuve en el Escorial, recibí información que podía considerarse concluyente sobre los objetivos de mi viaje, y en consecuencia regresé a Madrid. Sin embargo, como quedaban algunos días libres antes de la llegada del correo, los empleé en una visita a Toledo. Para trasladarme allí, utilicé un vehículo común en los caminos de España; se trataba de una pesada calesa, tirada por una mula, que avanzó todo el camino desde Madrid a Toledo, y de Toledo de vuelta a Madrid, con una eficaz uniformidad de

paso, a pesar de los fuertes golpes que a intervalos regulares caían sobre su grupa. Era tan tedioso que caminé la mayor parte del trayecto, e incluso entonces me vi obligado a detenerme con frecuencia hasta que mi vehículo me alcanzaba. De esta manera, tardé veinticuatro horas en llegar a Toledo, incluyendo tres o cuatro para descansar en una miserable posada en el camino.

Esta antigua ciudad se alza sobre una colina cónica, dentro de un meandro del Tajo, a unas cincuenta millas al suroeste de Madrid. El camino, durante casi toda esta distancia atraviesa un campo abierto, que en muchas zonas muestra signos de gran fertilidad, aunque solo hay cuatro o cinco pueblos entre las dos ciudades; entre ellos, Getafe, Illescas y Cabañas [de la Sagra] son de cierta importancia. Al acercarnos a Illescas, se divisa a cierta distancia a la izquierda de la carretera una montaña singular, empinada y aislada, con una cima plana. Cerca de Toledo, el camino desciende constantemente hasta que nos aproximamos a la ciudad, que entramos bajo antiguos portales y entre estatuas de santos y reyes. Toledo muestra todas las marcas de una grandeza caída. Está construida, como ya se ha mencionado, sobre una empinada colina cónica, alrededor de cuya base el Tajo serpentea de tal manera que forma una especie de pequeña península, al cruzar el istmo aún se conservan los restos de altos muros. En tiempos antiguos, su situación y fortificaciones debieron hacerla casi inexpugnable. El Alcázar o castillo es un gran edificio sencillo de piedra, y contiene poco digno de mención.

Cerca, y en el exterior de varias de las puertas, hay estatuas de los antiguos godos, reyes españoles que durante algunos siglos hicieron de Toledo la metrópoli de su imperio. En los pedestales hay inscripciones grabadas que relatan sus hazañas heroicas contra los moros, y generalmente terminan con la historia del pia-

doso monarca que, tras todas sus conquistas, dejó sus vestiduras reales para convertirse en monje y, por supuesto, en santo.[26] Pero el principal ornamento de Toledo es la catedral, que sigue siendo la iglesia metropolitana de Madrid y, en consecuencia, de todo el imperio. Sin embargo, debo confesar que este edificio me decepcionó un poco y no cumplió con la imagen que tenía de él, a pesar de lo mucho que se ha descrito y celebrado. La mayor parte es ciertamente muy antigua; pero hace unos trescientos años fue reparado, y como dice una inscripción en las paredes, embellecido y reconstruido parcialmente. Reconstrucción y embellecimiento realizado por alguien ignorante de los principios y verdadera belleza de la arquitectura gótica, de modo que ahora presenta, al menos a mis ojos, una mezcla de estilos que la hacen inferior a la abadía de Westminster o a la catedral de York. Sin embargo, el techo de la catedral de Toledo es simple y elegante; pero le quitan por completo su apariencia antigua y venerable al embadurnar todo el interior con cal, además de cargar las paredes con estatuas, santuarios, reliquias, pinturas y crucifijos dorados. Estos, si se hubieran empleado con moderación y criterio, podrían haber sido verdaderos ornamentos; pero están en tal profusión que disminuyen enormemente el efecto simple y majestuoso que un edificio de esta clase está calculado para producir. Además de la catedral, hay varias otras iglesias antiguas, particularmente la de San Juan de los Reyes, una hermosa iglesia gótica más pequeña, no culpable de los mismos defectos que la catedral.

[26] Fernando III de Castilla y León (1199-1252) fue canonizado por su devoción y su papel en la Reconquista contra los moros; es uno de los pocos reyes españoles oficialmente declarados santos.

Por arriba de la ciudad, las orillas del Tajo son muy empinadas y pintorescas, compuestas por rocas de granito que en algunas partes se elevan desde el agua sin interrupción hasta una altura de doscientos pies. En otras partes, grandes masas han caído, y el suelo que se ha acumulado en sus cavidades está cubierto de arbustos y árboles pequeños. Sin embargo, la apariencia general de ambas orillas es la de una roca gris, desnuda y rugosa. A poca distancia debajo de la ciudad, por el contrario, las orillas se vuelven casi planas, y desde las calles altas de Toledo podemos contemplar los meandros del río durante muchas millas. Hay dos puentes tendidos de tal manera que, al cruzar uno y seguir por la orilla opuesta, se tiene una hermosa vista de toda la ciudad, a la que volvemos a entrar cruzando el otro. Frente al más bajo de estos puentes están las ruinas de un castillo fuerte sobre una altura, que en este lado forma una defensa avanzada.

Me despedí de Toledo con pesar. Fue durante mucho tiempo la sede de los monarcas godos en España y, por su situación, ciertamente está mejor adaptada que Madrid para ser la capital del imperio. Antes del uso de la artillería, sus ventajas eran muchas y valiosas; y a pesar de su actual estado de decadencia, cuando pensamos que Livio ya la menciona como una ciudad en un período de su historia de hace más de dos mil años, no es improbable que aún exista cuando Madrid, mera creación del capricho y el poder despótico, se haya reducido a un pueblo o se alce, como Palmira, como un hito en el desierto.

Capítulo IV

Ruta de Madrid a Cádiz y Algeciras

Esta mañana, tras mi regreso a Madrid, llegaron las cartas inglesas; como no esperaba nada más, me preparé para tomar el camino hacia Algeciras, continuando con los objetivos de mi viaje. En España, la mejor forma de viajar para alguien que no esté cargado con mucho equipaje es hacerlo en posta. Este sistema está estrictamente regulado y se realiza ya sea a caballo o en una calesa baja de cuatro ruedas, generalmente tirada por tres mulas. Antes de partir, es necesario obtener una licencia del maestro de postas, que otorga al viajero el derecho de exigir el cumplimiento de las regulaciones establecidas a lo largo de toda su ruta. Por esta licencia, debe pagar dos dólares españoles, y por la primera posta, el doble del precio habitual. A caballo, el costo es de aproximadamente 3/5 de dólar por legua, y si se incluyen las propinas al guía o postillón en cada posta, así como todos los demás gastos del camino, el costo de viajar de esta manera puede calcularse en un dólar por legua. Es mejor llevar tu propia silla, especialmente para los ingleses, ya que su forma de montar difiere de la mayoría de las demás naciones. Las sillas de montar que se usan comúnmente en España son como las de los moros, de quienes sin duda fueron conocidas, siendo voluminosas y altas tanto por detrás como por delante, para dar al jinete una posición más firme. Los estribos son una especie de cajas de madera abiertas, capaces de recibir el pie, siendo una mera variación de los utilizados por la ca-

ballería turca y asiática, que también son anchos y planos, hechos de hierro y afilados en una esquina para servir como espuelas. Si el equipaje no excede las cuarenta libras de peso, el postillón lo carga delante, pero no son escrupulosos al aceptar más; y como los caballos de posta son generalmente muy buenos, no hay un modo de viajar más placentero cuando hace buen tiempo.

Partí de Madrid el 22 de octubre por la tarde. El guía llevaba mi maleta y blandía un largo látigo, con el que podría decirse que iba armado; tal es la fuerza con la que parece usarlo. Desde que dejé Lisboa hasta ahora, apenas había visto una gota de lluvia; pero precisamente ese día el cielo comenzó a cubrirse de nubes pesadas, y parecía que me esperaba un viaje lluvioso. Sin embargo, si hubiera necesitado un incentivo adicional, las noticias del día habrían sido suficientes. Durante la semana pasada, se había dicho que habían llegado órdenes positivas del gobierno francés para que las flotas combinadas zarparan de Cádiz y presentaran batalla a los ingleses. Un nuevo almirante francés, que había llegado a Madrid, había partido para reemplazar al actual al mando; y se esperaba que, inmediatamente después de su llegada a Cádiz, las flotas zarparan. Si los ingleses están cerca del puerto, quizás yo pueda llegar a tiempo para ver la batalla, o al menos para escuchar el estruendo de los cañones. Me despedí de Madrid con esta intención, y no puedo evitar notar que a la ciudad le falta bullicio y vida, ya que el ruido del látigo de mi postillón y el golpeteo de nuestros caballos sobre las piedras fueron suficientes para atraer a gran cantidad de personas a las ventanas y puertas de las calles por las que pasamos. Esto sería difícil de comprobar incluso en un pueblo pequeño.

Desde Madrid hasta los Ángeles, la primera casa de postas, hay dos leguas y media, o diez millas inglesas. Las leguas postales rara vez están medidas, ya que generalmente se marcan por estimación, de modo que, al preguntar sobre distancias, el guía responderá que son tantas leguas cortas o tantas largas. Sin embargo, en promedio, son plenamente cuatro millas inglesas, siendo rara vez menos, pero a menudo más. Los Ángeles no es más que dos o tres casas; pero una iglesia vecina, en un terreno elevado, tiene alguna historia monástica relacionada con ángeles, de donde proviene el nombre. El campo no presenta nada digno de mención entre Madrid y los Ángeles, ni siquiera hasta Espartinas, la siguiente posta a tres leguas. Sin embargo, desde Espartinas hasta Aranjuez, una distancia de diez millas, nos acercamos a las orillas del Tajo, y el paisaje adquiere un aspecto agradable; aparentemente mejor cultivado y diversificado con bosques.

El camino, que corre durante varias millas bajo avenidas de árboles, anuncia la aproximación a esta residencia favorita de la corte. Es, con mucho, el pueblo o ciudad, como quiera llamársele, más agradable que he visto hasta ahora en este país, y no me sorprende que los habitantes de Madrid lo llamen el jardín de España. El Tajo, que en este momento estaba crecido por la lluvia que ya había comenzado a caer en las montañas cerca de su fuente, fluía con un sonido rugiente bajo el puente por el que entramos al pueblo. El palacio del rey está situado cerca de las encantadoras orillas de este río, que son llanas y fértiles, totalmente diferentes de la forma romántica que adoptan en Toledo, más al suroeste. Sin embargo, no puedo pretender dar una descripción de esta residencia real con solo pasar por ella. Incluso el placer temporal que disfruté al verla se vio muy disminuido por la noche que se acercaba, oscura y amenazante; y antes de que mi nuevo postillón

estuviera listo, ya habían comenzado a caer gruesas gotas. Me alegré de encontrarme bien montado, y partimos como de costumbre a todo galope.

Inmediatamente después de dejar Aranjuez, ascendimos una colina bastante empinada; pero el camino era excelente, como sucede universalmente cerca de todas las residencias reales. Sin embargo, no tuvimos mucho tiempo para disfrutarlo, pues una violenta tormenta de viento y lluvia, que se había estado gestando durante varias horas, estalló sobre nosotros y pronto aumentó con tal intensidad que el guía sugirió regresar. Me negué, así que no le quedó más remedio que avanzar como pudiera bajo la lluvia, que caía a torrentes y continuó así hasta que llegamos a Ocaña, un pueblo en la cima de una colina empinada, a dos leguas de Aranjuez. Como ya estaba completamente oscuro y la tormenta no cesaba, decidí quedarme allí hasta el amanecer.

Como no tenía expectativas, no me molestó encontrar una posada española con tan pocas. Estaba empapado hasta los huesos, incluso mis botas se habían llenado de agua, pero no había un fuego acogedor, ni una habitación limpia, ni un sirviente solícito. A cada lado de una gran chimenea, una anciana y su hija se acurrucaban sobre dos o tres haces de leña húmeda y humeante; una silla, una mesa y una pequeña lámpara parpadeante completaban el mobiliario. Era todo el consuelo que podía esperar para pasar la noche. Sin embargo, la anciana me recibió con amabilidad y me mostró una habitación que, aunque también tenía el suelo de tierra como la cocina, estaba mejor amueblada y contaba con una cama.

Mientras me cambiaba de ropa, preparó mi cena: huevos fritos en aceite de lámpara, que junto con pan duro y ajo formaban un plato que supe apreciar gracias al ayuno prolongado y a un viaje

de cuarenta millas. Justo cuando sentía que me ahogaba de sed, mi amable anfitriona reapareció con una pequeña jarra de vino para ayudar a tragar aquel manjar. Este fue mi único compañero hasta que decidí ir a descansar. Pero entonces, ¡he aquí un suceso alarmante digno de una novela romántica! Al mover una estera junto a la cama, descubrí que cubría un agujero: la entrada, como pude ver a la luz de mi lámpara, a una bóveda larga y oscura. Esto, pensé, sirve para dos propósitos: primero, que los asesinos sorprendan al pobre durmiente, y luego, arrojar su cuerpo allí dentro. Tras un momento de reflexión, cubrí el agujero como antes y apilé todas las sillas de la habitación sobre él, de modo que el menor movimiento las haría caer. Luego, aseguré el cerrojo de la puerta, coloqué mis pistolas, ya amartilladas, bajo la almohada y, así protegido contra dagas y asesinos de rostro pálido, me dormí profundamente.

Nada me molestó hasta el amanecer, cuando el postillón me llamó a la hora acordada. Entonces aproveché para examinar aquella caverna terrible y descubrí, ¡oh amable lector!, que no era más que una bodega de vino excavada bajo la casa, cuyo techo, sostenido solo por vigas de madera, se había deteriorado en algunos lugares y se había derrumbado. ¡Cuán infundados son a menudo nuestros temores!

De nuevo a caballo, un viaje de tres leguas y media (unas quince millas) nos llevó al pueblo de la Guardia, situado en la cima de una serie de terrenos escarpados que, a la distancia, parecen fortificaciones naturales con obras exteriores regulares. Esta zona está separada al norte del país que acababa de atravesar por un valle profundo y fértil, donde se alzan varias montañas aisladas de cumbres afiladas. La Guardia es un pueblo miserable, pero los alrededores merecen la atención de cualquier naturalista.

Desde la Guardia, dos leguas a través de un campo abierto nos llevaron a Tembleque, un pequeño pueblo situado en la llanura, cerca de un lago formado por las lluvias que en invierno descienden de las colinas cercanas. Este lago disminuye constantemente a medida que avanza el verano, aunque ahora estaba cubierto de grandes bandadas de aves acuáticas atraídas por las recientes lluvias. También observé, al cruzar las llanuras entre la Guardia y Tembleque, que los arados estaban en movimiento por todas partes, aprovechando que la tierra se había ablandado con las primeras lluvias.

Desde Tembleque, avancé catorce leguas más ese día, llegando a Manzanares. En todo ese trayecto, Madridejos, a cuatro leguas de Tembleque, era el único lugar destacable; las demás postas eran meramente grupos de dos o tres casas. Durante gran parte del día, tuve una vista distante de Sierra Morena, llamada así por su aspecto aserrado y escarpado, y por el color pardo de sus montañas, y crucé algunos arroyos que forman las fuentes del Guadiana.

Manzanares es un pueblo pequeño y pulcro, con un comercio considerable con las provincias interiores vecinas. Esto, sumado a los numerosos transportistas que emplea, le da cierta apariencia de actividad. Se ubica junto a un pequeño arroyo que desemboca en el Guadiana no lejos de su nacimiento. Sin embargo, a mi llegada, no tenía mucho ánimo para profundizar en estos detalles habiendo cabalgado más de ochenta millas ese día, pero me alegré ante la perspectiva de una cena decente y buen vino, algo que la apariencia de la posada parecía prometer. No me decepcionó: pronto me sirvieron un plato de salchichas guisadas en aceite con tomates y pimientos verdes. Acompañaban este manjar pan excelente, una buena ensalada, fruta y vino; y en tal situación,

¿qué hombre, estando solo, podría ser más feliz que yo? Para coronarlo todo, me retiré a una cama decente y, a la mañana siguiente, bendecí Manzanares.

Entre Manzanares y Valdepeñas hay dos etapas de dos leguas cada una. Valdepeñas es un pueblo pequeño y pulcro, rodeado de colinas bajas de suelo rojizo cubierto de viñedos. El vino que aquí se produce está entre los mejores de España, aunque poco o nada conocido en Inglaterra. Cuando se conserva adecuadamente, su sabor recuerda a un intermedio entre el Borgoña y el Burdeos; y de no ser por el sabor que las pieles donde los españoles guardan sus vinos le impregnan, pocos en Europa lo superarían. ¿Cuándo entenderán Inglaterra y España la verdadera relación que deberían mantener? ¿Y cuánto tiempo más sacrificará la primera las conexiones grandiosas y nobles que podría establecer con este país, por el comercio con un aliado astuto y desagradecido? Para sentar las bases de estas conexiones, Inglaterra debería fomentar los vinos y productos de España, y no exclusivamente los de Portugal. Pero de esto quizá hablemos más adelante.

De Valdepeñas a Santa Cruz de Mudela hay otra etapa de dos leguas. Este tramo transcurre principalmente entre colinas bajas hasta acercarnos a Mudela, cuyos alrededores son bastante llanos. No puedo evitar notar que los pueblos por los que he pasado últimamente son, en general, más cuidados y mejor construidos que los del camino entre Lisboa y Madrid. En Mudela no pude conseguir caballos hasta después de esperar casi cuatro horas. Mientras tanto, mi anfitriona me preparó un guiso de conejo con alubias, tomates, ajo y hierbas —yo nunca interfiero en su cocina—. Como había llovido gran parte de la mañana, colocó un taburete con mi comida cerca del fuego, mientras ella y sus tres

hijas me rodeaban, haciéndome infinitas preguntas sobre Inglaterra.

A las dos de la tarde, estaba de nuevo a caballo, listo para adentrarme en Sierra Morena, antaño tan temida por los viajeros debido a los robos y asesinatos que allí ocurrían, hasta el punto de que nadie salía de Mudela sin agruparse en caravanas. Estas montañas marcan la división entre la Mancha y Andalucía, y a pocas millas de Mudela ya nos vimos tan rodeados de las alturas que perdimos todo rastro de habitación humana. Nada supera su aspecto árido y desolado: cubiertas de brezo marrón, salpicadas de masas rocosas y laderas montañosas fracturadas que revelan sus estratos más profundos. Pero es al ascender hacia el corazón de estas montañas cuando se aprecia toda su grandeza, especialmente entre la venta de Cárdenas (a cuatro leguas de Mudela) y el pequeño pueblo de Santa Elena (dos leguas más allá). Aquí, avanzando por caminos excelentes, vemos a nuestra izquierda un valle profundo sembrado de enormes bloques de piedra, mientras que, al lado opuesto, las rocas se proyectan con imponente grandiosidad, elevándose casi verticalmente hasta setecientos u ochocientos pies. Su superficie gris oscura contrasta con los altos árboles que visten su base. En el fondo del valle, un pequeño arroyo que en verano apenas serpentea entre las rocas, se había convertido ahora en un torrente imparable, arrastrando piedras y estrellándolas con violencia. Solo faltaba un elemento para completar la sublimidad de la escena, y no por mucho tiempo. Nubes oscuras se acumularon rápidamente en las cumbres, los relámpagos comenzaron a brillar, los truenos rodaron por los valles, y la lluvia cayó a torrentes. El aullido del viento y el agua era tal que el rugido del torrente en el valle se escuchaba más débil, como si estuviera más lejos. ¡Se necesitaría el pincel de un Salvator Rosa

para retratar el paso de Sierra Morena![27] ¿Cómo habría sido antes de que se construyeran estos caminos, cuando bandas de bandoleros infestaban las montañas?

El pequeño pueblo de Santa Elena se alza en la cima del paso, donde este puede decirse que termina. Desde aquí, hay una vista extensa en todas direcciones, y el viajero recuerda con placer su primera entrada en las montañas, poco después de dejar Mudela, hasta que un ascenso constante de casi seis leguas lo pone a la altura de sus cumbres. Todo este camino es excelente, especialmente donde serpentea por las laderas más empinadas. Desde Santa Elena, descendemos continuamente hacia el sur o suroeste por un camino igual de bueno hasta llegar a la Carolina, un pueblo pequeño pulcro a dos leguas de distancia. Estas dos leguas aún deparan algo sorprendente al viajero en España: casas de campo blancas con huertos, un efecto doblemente grato después de paisajes tan áridos.

Un hombre, un solo hombre bueno, produjo todo este cambio. Era un médico, un hombre de ciencia, que durante mucho tiempo sintió indignación ante la existencia de una barrera tan vergonzosa como la temida Sierra Morena entre la capital y las provincias del sur. Estudió los obstáculos, formuló un plan para eliminarlos y lo presentó a su gobierno. Afortunadamente, fue escuchado: se abrieron caminos, se establecieron postas y, sobre todo, se invitaron a España colonias de alemanes laboriosos, que se asentaron

[27] El pintor italiano Salvator Rosa (1615-1673), se caracterizó por su alejamiento de los paisajes idealizados comunes en su época. Atraído por los aspectos salvajes e indómitos de la naturaleza, representando a menudo terrenos escarpados, mares tormentosos y escenas pobladas por bandidos, soldados, brujas y figuras mitológicas, sus obras exploraron lo esotérico, lo macabro y lo filosófico, distinguiéndolo de muchos de sus contemporáneos.

en las montañas, donde conservan muchas de sus costumbres, e incluso gran parte de su lengua y características físicas. No solo los pueblos de Santa Elena y la Carolina, sino varios otros, así como casas aisladas, están enteramente poblados por estos colonos.[28]

Al llegar a la posada de la Carolina, me alegró notar la diferencia en las costumbres y el orden doméstico. Todas las paredes estaban encaladas, y cada utensilio brillaba limpio. Toda la familia atendió mis necesidades; y en la cena, en lugar de un guiso de ajo y aceite, me sirvieron un plato alemán de tocino frito, huevos y repollo fresco. Que el cielo guarde el alma de aquel médico patriota que estableció a estos honestos alemanes en las montañas de Sierra Morena, pues desde que llegué a España no había disfrutado de una cena tan buena como la de esta noche.

[28] Entre los ingenieros que diseñaron y ejecutaron las obras del *Camino de las Nuevas Poblaciones* o *Camino de Andalucía*, destaca el ingeniero francés Carlos Lemaur, a quien se atribuye el trazado del camino que superaba las enormes dificultades orográficas del desfiladero de Despeñaperros, cuyas obras comenzaron en la década de 1770 y se prolongaron durante varios años. La colonización de Sierra Morena, fue ideada por Pedro Rodríguez de Campomanes, un influyente ilustrado y ministro del rey Carlos III. Campomanes propuso el plan al monarca como una forma de poblar y asegurar una zona estratégica que hasta entonces era un vasto territorio despoblado y peligroso, frecuentado por bandoleros. Si bien Campomanes fue el principal promotor político del proyecto, el encargado de su ejecución y planificación fue Pablo de Olavide. Nombrado superintendente de las Nuevas Poblaciones de Andalucía y Sierra Morena en 1767, llevó a la práctica este plan, supervisando la llegada de colonos (principalmente alemanes y suizos), la fundación de nuevos pueblos como La Carolina, Guarromán o Carboneros, y el establecimiento de una nueva organización social y económica en la región.

25 de octubre. Esta mañana monté a caballo antes del amanecer, y apenas despuntaba cuando llegamos a Guarromán, que parece ser el último pueblo construido para los colonos alemanes, donde alcancé a un oficial español de alto rango que viajaba sin ceremonias, acompañado por un solo sirviente. Era un hombre mundano, que lamentó cortésmente que, aunque íbamos por el mismo camino, su silla de posta nos impidiera viajar juntos.

Una cabalgata de dos leguas nos lleva a Bailén, un pequeño pueblo en una colina que, por el bullicio que reinaba, parece dedicado al comercio interno; aquí, al no conseguir caballos frescos, continué con el mío. Tras dejar Bailén, entramos en una zona boscosa y quebrada, frecuentada por bandoleros, que se extiende hasta casi llegar a la Casa del Rey, una posada solitaria a dos leguas y media de distancia, donde de nuevo me retuvieron por falta de caballos hasta que llegó el correo. Entonces encontraron mulas para el servicio postal y me dieron para acompañarlo un rocín cojo. Las bolsas de correo se transportan en un carromato de dos ruedas, tirado por tres mulas, donde a veces viajan dos o tres pasajeros con su equipaje, tendidos y sin poder sentarse debido a lo bajo del techo. Al viajar de manera continua de día y noche, los españoles se asombran de su velocidad. Seguí este vehículo durante dos leguas y media hacia Andújar, pero avanzaba tan lentamente que muchas veces tuve que detener mi caballo para luego galopar y alcanzarlo.

Andújar es una ciudad considerable situada en una llanura junto al Guadalquivir, que fue mucho más importante en el pasado y probablemente decayó tras la expulsión de los moros. Aquí el río serpentea, pero al carecer de árboles en sus orillas y estar la zona miserablemente cultivada, pierde mucho de su belleza. Mientras almorzaba, pues no había probado bocado en todo el día,

varios funcionarios revisaron mis papeles y pasaportes con gran respeto. Fue la primera y única vez que me interrogaban en todo el viaje.

Al salir de Andújar, entramos en una llanura que se extiende hasta donde alcanza la vista, limitada a la izquierda por el Guadalquivir y pequeñas colinas en la otra orilla. Como el río rara vez es visible hasta Aldea del Río a dieciséis millas, marcadas como tres leguas y media, este tramo resulta árido y monótono. Lo más agradable es volver la vista hacia Andújar y las montañas lejanas de Sierra Morena. De Aldea del Río al Carpio, otra etapa larga de tres leguas y media, el terreno se vuelve más variado, pero igualmente inculto.

A unas dos leguas de Aldea del Río, mientras ascendíamos una pequeña colina, vi a dos hombres con largos mosquetes corriendo como si quisieran alcanzar la cima antes que nosotros. Mi guía gritó que eran bandoleros, lo que me pareció muy probable, lo dejé avanzar unos cincuenta metros por delante y me preparé para recibirlos. Pensé que los bandidos no atacarían al guía al verme a mí, bien montado, armado y listo para actuar si fuera necesario atacarlos. Si hubiéramos estado juntos, dándoles la oportunidad de alcanzarnos a ambos, sin duda habrían disparado. Pero así, se detuvieron con total compostura y se apoyaron en sus largos mosquetes mientras yo pasaba. Mantuve mi mano derecha sobre la pistola en la funda y los miré con firmeza. Mi guía ya estaba tan adelantado con el equipaje que habría sido inútil atacarme. Su aspecto era salvaje: vestidos principalmente con pieles de oveja, y además de sus mosquetes y cuchillos largos, sus cinturones estaban repletos de pistolas. Estos fueron los únicos bandoleros que vi en España, y si algún viajero se encuentra en circuns-

tancias similares, recomiendo el plan que adopté, y que había decidido seguir de antemano.

Tras esta aventura, llegué a la posada, ubicada a las afueras del pueblo, empapado hasta los huesos. La noche era oscura e incómoda, con una lluvia incesante, así que decidí detenerme. La posada estaba casi llena de gente de toda clase, y conseguí una habitación sin problema; una silla, una mesa y una lámpara eran lujos por los que bien valía la pena esperar. Al fin, mi ángel guardián en todas las posadas españolas se me apareció en su forma habitual: una anciana con una lámpara en la mano. La colgó de la pared, sin preocuparse por ennegrecerla, donde, tras parpadear una hora, me proporcionaron además una silla de mimbre, un tablón sobre dos palos cruzados llamado mesa, un colchón de paja y una manta. Para mayor satisfacción, la anciana también me trajo un plato de sopa con trozos de carne y huesos rotos, guisados en aceite rancio y ajo, seguido de una ensalada, pan moreno y vino no muy agrio. Con tan suntuoso trato, habría sido culpa mía no cenar bien; pero gracias a un viaje de treinta millas, hasta comida más basta habría soportado.

Después de cenar, mientras fumaba un cigarro en soledad, dos o tres damas españolas y un oficial entraron en mi habitación con la poca ceremonia que la mayoría de las naciones, excepto los ingleses, usan al entrar en dormitorios ajenos. Las damas me informaron que, como dormían en la habitación contigua, comunicada con la mía por una puerta, y al saber que había un extraño tan cerca, no podrían dormir sin asegurarse de que la puerta estuviera bien segura. Tras examinarla superficialmente, me pidieron disculpas por sus temores, y tras pasar mucho más tiempo mirando mis pistolas, silla de montar y maletín, y haciendo numerosas preguntas, sus gentiles pechos se liberaron de toda alarma

respecto a mí. Me desearon cortésmente buenas noches y se retiraron. Esto puede servir como ejemplo de la libertad de las costumbres españolas.

26 de octubre. Esta mañana temprano volví a montar a caballo y, tras un viaje de dos leguas y media por un terreno irregular y aún miserablemente cultivado, llegué a Casablanca del Rey (la Casa Blanca del Rey), una posada solitaria que no merece tan pomposo nombre. Otras dos leguas y media me llevaron a la antigua ciudad de Córdoba, junto al Guadalquivir; otrora capital de los moros, aún conserva muchos rasgos de ese pueblo, especialmente en su catedral con sus numerosas torres en forma de aguja. Su aproximación es agradable: desde suaves colinas se divisan sus murallas, torres y los meandros del río. Además, puede notarse que el cutis de la gente comienza a cambiar perceptiblemente, no solo aquí sino también en Andújar, volviéndose más moreno, ya sea por el clima cálido o por la ascendencia distinta de los españoles del interior y las provincias del norte. En Córdoba cruzamos el Guadalquivir por un hermoso puente antiguo; al mirar atrás, se ve el río fluyendo junto a las murallas de la ciudad, con los minaretes de la catedral sobresaliendo por encima de todo. Esta ciudad merece dos o tres días de exploración; ¿qué puedo decir yo, que estuve solo dos o tres horas?

El Guadalquivir, después de dejar Córdoba, desaparece de vista y pronto entramos en una zona más abierta e inculta, que se extiende hasta la solitaria posada del cortijo de Mangonegro, a tres leguas de distancia. Otras tres leguas nos llevan a la Carlota, un pueblo muy pulcro, situado en una altura, con una calle ancha en el centro y una biblioteca pública, la primera que veo en España. Mientras paraba a comer, escuché que correos de la costa ha-

bían pasado apresurados hacia Madrid. Hablaban confusamente de una gran batalla naval con los ingleses, pero los rumores sobre el resultado variaban. Esto solo aumentó mi ansia por llegar a la costa.[29]

A cuatro leguas de la Carlota llegamos a Écija cruzando un paisaje variado y agradable. Este también es un pueblo fundado por los moros, bien construido y situado en un valle por donde corre el río Genil, que tras unos veinte kilómetros al oeste desemboca en el Guadalquivir y lo engrosa considerablemente. Se dice que Écija es refugio de muchos bandoleros, que aquí encuentran un amparo poco molestado por las autoridades. Sea como fuere, las riberas del río son fértiles y bien cultivadas, y el lugar tiene un aspecto próspero.

Desde Écija avancé tres leguas más hasta Luisiana, un pequeño pueblo con una buena posada, donde recibí más atenciones que en ningún otro lugar del camino, excepto en la Carolina. En el patio había varios naranjos cargados de fruta, la primera señal clara de mi aproximación a un clima más cálido. Durante todo el día había notado varios árboles y arbustos que solo florecen en tierras cálidas, además de setos de aloe y euforbio. En Lusiana, nuevos correos traían detalles frescos sobre la gran batalla naval, aunque ahora se murmuraba que los ingleses habían ganado ventaja, aunque con la pérdida de la mitad de su flota. Se decía que

[29] La Batalla de Trafalgar, que tuvo lugar el 21 de octubre de 1805, enfrentó a la alianza franco-española contra el Reino Unido, y resultó en una aplastante victoria británica. La flota combinada de Francia y España fue prácticamente aniquilada, consolidando el dominio naval británico. Para España, la derrota supuso un grave debilitamiento militar, afectando su capacidad para mantener el imperio colonial, y marcando el inicio del declive de su poder naval.

Cádiz estaba llena de heridos. Apenas pude dormir esa noche, y conforme a mi deseo, me despertaron antes del amanecer.

27 de octubre. Por la noche nos avisaron que había bandoleros en el camino, lo que nos retrasó hasta el alba. A tres millas de Luisiana, encontramos a las víctimas de un robo en un pequeño desfiladero: campesinos que iban al mercado, a quienes no solo les habían quitado el grano que transportaban, sino también sus mulas y caballos, dejándolos atados de pies y manos. Acababan de ser liberados cuando llegamos al lugar, y nos contaron su triste historia.

Una cabalgata de tres leguas y media, principalmente por llanuras arenosas, nos llevó a la venta de la Portuguesa, una posada solitaria en medio de un país llano e inculto. Allí me detuve por falta de caballos, pero el contratiempo se compensó al reencontrarme con el oficial español que había visto en Guarromán. Como viajaba en una calesa cubierta, había avanzado sin detenerse a pesar de las lluvias. Comimos juntos cómodamente, aunque solo eran las once; él aportó un excelente jamón, y la posadera huevos y sus habilidades culinarias. Al partir, me dio su tarjeta, pidiéndome que reservara caballos o mulas para él en el camino. Desde la venta de la Portuguesa, cabalgamos dos leguas por terreno llano, y media legua más ascendiendo una colina empinada donde se alza Carmona, cuyas murallas y torres delatan su pasado como plaza fuerte de importancia. En la posta, examiné la tarjeta del oficial y descubrí que era un general de ascendencia irlandesa. Supieron decirme que se dirigía a Cádiz para tomar el mando del ejército español que se reunía en el noreste, destinado a unirse a los aliados franceses en Italia. No pude evitar pensar que un ge-

neral español que viajaba con tan poca pompa era digno de su cargo.

De Carmona, dos leguas me llevaron a Mairena, un pueblo pequeño cerca de un arroyo que desemboca en el Guadalquivir por Sevilla. Otra etapa de dos leguas llega hasta Alcalá de Guadaíra, situado en un valle rodeado de colinas y junto al mismo arroyo que fluye pasado Mairena. Desde Alcalá, el camino postal a Cádiz hace un desvío de dos leguas a Sevilla y luego regresa a Alcalá. Así que visitar Sevilla habría supuesto un rodeo de cuatro leguas. ¿Debo confesar que mi ansia por llegar a la costa me impidió demorarme siquiera para ver una de las ciudades más célebres de España, donde residían los Reyes Católicos cuando Colón regresó encadenado de las Indias? Ya estaba montado cuando un caballero español, tomándome por francés, se dirigió a mí en ese idioma y preguntó si en mi ruta había visto al General ___. Tras satisfacer su curiosidad, exclamó: «¡Qué desgracia!» «¿Cómo?», dije yo. «¿No ha oído de la desgracia de nuestra flota?», continuó, aún creyéndome francés. «Hubo una gran batalla con los ingleses. Vuestro almirante Villeneuve está prisionero, Magon murió, y el pobre Gravina llegó a Cádiz gravemente herido». «¡Pobre Gravina!» repetí, apenas disimulando la emoción, y proseguí adelantándome a mi guía. Tres leguas por un camino llano y excelente, aunque arenoso y entre setos, me llevaron a Utrera, donde pasé la noche.

28 de octubre. De mañana, temprano, de nuevo a caballo. Tras tres leguas y media y un rodeo considerable a causa de un pequeño arroyo convertido en torrente por las lluvias, llegué al ventorillo de las Torres de Locaz, una posta solitaria junto a una torre antigua. Otra posta a tres leguas y media es la Real Casa del

Cuervo, también aislada en medio de un paisaje agreste. Allí me detuve otra vez por falta de caballos; para pasar el tiempo y con gran dificultad conseguí una tortilla de dos huevos fritos en aceite de lámpara, un pan negro y vino agrio. Tras tres horas de espera, acepté pagar por un caballo que encontré en los establos el coste de dos, así llevaría mi maleta conmigo. Partí solo, arriesgándome a perder el camino, que serpenteaba por colinas y valles de suelo arcilloso y calcáreo.

Al fin, el terreno se abrió, y las agujas de Jerez de la Frontera aparecieron a lo lejos sobre las llanuras, aunque el suelo cercano al camino seguía siendo arenoso e inculto. Esta ciudad, situada en un paisaje abierto entre jardines y viñedos, se alza junto a un arroyo que pronto se une al Guadalete, río que desemboca en la bahía de Cádiz. Los vinos de Jerez, conocidos en Inglaterra bajo la palabra corrupta de *sherry*, dan a todo el lugar un aire próspero. Setos de aloe y euforbio, naranjos y limoneros, y algunas palmeras altas anunciaban la proximidad de un clima cálido y la llanura costera. Sin guía, dejé que mi caballo encontrara el establo, lo que hizo sin necesidad de espuelas, llevándome por medio de las calles de Jerez.

Desde Jerez, cabalgamos dos leguas y media hasta el Puerto de Santa María. Este camino está empedrado en toda su extensión. A la izquierda se extiende una inmensa llanura pantanosa cruzada por zanjas, que sugiere que la bahía de Cádiz antiguamente se extendía muchas millas más tierra adentro, hasta el pie de las colinas vecinas. Sin duda, estos pantanos son la causa principal de las terribles fiebres que asolan periódicamente Cádiz. Al anochecer, y tras sufrir varias lluvias torrenciales, llegué al Puerto de Santa María, un pueblo pintoresco al noroeste de la bahía de Cádiz. Aquí el viajero puede elegir entre continuar por tierra

bordeando la bahía a través de la Isla de León, una distancia de seis leguas, o cruzar en barca directamente a Cádiz, en la parte opuesta del Puerto. Al ser una distancia de dos leguas, opté por lo segundo, pero la noche era tan tormentosa que ninguna barca se aventuraba a zarpar. Encontré una posada decente, y durante la cena uno de los concurrentes me relató con tristeza la reciente batalla que acababa de tener lugar: «El enemigo nos engañañó. Al principio mostraron pocos barcos, pero cuando la batalla comenzó llegaron veinticinco más. Piese en esto, veinticinco barcos de refresco. Por mar los ingleses son incontables y luchan bien, *Oh no, par tierra no valen nada*». Con este consuelo, que los ingleses, aunque invencibles en el mar, eran inútiles en tierra, cené en paz, pero mi impaciencia por llegar a Cádiz se incrementó, y esta noche dormí poco.

A la mañana siguiente, día 29, encontré varios botes preparándose para cruzar a Cádiz, y me embarqué en uno de ellos con mi silla de montar y mi baúl de viaje. No llevaba mucho tiempo cuando varios marineros, algunos con bultos pequeños, otros sin nada más que un par de pantalones y una camisa, y otros con los brazos o la cabeza vendados, comenzaron a saltar uno tras otro al bote hasta que estuvo bastante lleno, y partimos. Eran marineros franceses que habían escapado de su barco naufragado en la costa, y de los mil cien hombres que componían la tripulación en la mañana de la batalla, sólo noventa y cuatro, según su propio testimonio, habían logrado alcanzar la costa. Poco después de dejar la pequeña ensenada en la que se encuentra el Puerto de Santa María, salimos a la bahía, y se hicieron visibles algunos de los terribles efectos de la reciente batalla.

En el lado noroeste, entre el Puerto y Rota, yacía un gran barco español, el San Rafael, de setenta y cuatro cañones, encallado

de costado sobre las rocas, con las olas rompiendo sobre él. Al fondo de la bahía había un gran barco francés, cuyo nombre he olvidado, encallado pero en posición vertical. En el centro, hacia Cádiz, yacía un grupo de cinco o seis embarcaciones destrozadas, perforadas por disparos de cañón; algunas con sólo dos mástiles inferiores en pie, otras con solo uno y un trozo de bauprés, y una sin un solo vestigio de proa a popa. «Ese», dijeron los marineros franceses, «era el barco del valiente Magon, y murió a bordo. Poco antes de morir, pidió que llamaran a uno de sus oficiales sobrevivientes, y estrechándole la mano, dijo: 'Adiós, amigo mío,' y expiró». Sentí la fuerza de este homenaje rendido a la memoria de un hombre valiente por sus compatriotas; pero recordando algunas de sus narraciones sobre los ingleses en las páginas del *Moniteur*, no pude evitar pensar que un mejor conocimiento de esos enemigos podría haberle enseñado, si su alma era verdaderamente generosa, a estimarlos y respetarlos.

Como el viento era contrario a nuestra trayectoria, el bote tuvo que hacer varias viradas. En una de ellas nos acercamos tanto a la orilla que distinguimos claramente dos cadáveres que el mar había arrojado. Al poco tiempo, uno de varios hombres a caballo, que patrullaban la playa con este único propósito, se acercó y, habiendo observado los cuerpos, hizo una señal a otros que estaban a pie entre los arbustos. Varios de ellos bajaron y de inmediato comenzaron a cavar un hoyo en la arena, en el que arrastraron a los muertos. Tal es un escueto relato de las escenas observadas en la bahía de Cádiz ocho días después de la batalla.

Al acercarse a Cádiz por mar, la vista es grandiosa e imponente. Sus elevados baluartes de piedra, coronados por casas y las torres de las iglesias, parecen surgir del mar, como en efecto podría

decirse que lo hacen; la ciudad está construida en el extremo de una larga isla arenosa, que se extiende hacia el sureste y se comunica con tierra firme por medio de un puente. Dentro de esta isla, que se asemeja mucho a un istmo, y entre ella y la tierra firme, hay agua profunda, que forma el puerto, hacia cuya cabecera se encuentra la Carraca o arsenal donde se guardan la pólvora y los suministros navales. Así, Cádiz está rodeada por agua en todos sus lados, excepto hacia el sureste, donde está muy fortificada; y se justifica por su admirable posición el acierto de los fenicios, que se dice que la fundaron. Las calles están trazadas con regularidad, bien pavimentadas, mantenidas muy limpias, y las iglesias ornamentadas ricamente. Sin embargo, al ser una ciudad mercantil y los principales habitantes comerciantes, la guerra con Inglaterra y el bloqueo del puerto la habían convertido en un lugar apagado, y un aire de tristeza lo invadía todo. En tiempos de paz, cuando sus puertos están llenos de barcos y sus calles con naturales de todos los países, Cádiz debe de ser un lugar muy favorable para observar el carácter español cuando se pone en actividad, así como un cuadro animado e interesante.

Parecería que toda ciudad importante en España debe tener su paseo público. Los baluartes forman el Prado de Cádiz, y es aquí donde se dice que las mujeres caminan con una gracia superior, incluso a las de Madrid. Esto, imagino, se debe a que muchos forasteros desembarcan primero en Cádiz, y desde allí proceden a la capital, donde, suponiendo que las costumbres sean iguales en este aspecto, siempre quedará una diferencia a favor de las primeras impresiones. Sin embargo, debe observarse que los propios españoles de todas las provincias, celebran las maneras graciosas de las mujeres de Andalucía. Sea como sea, el paseo por los baluartes es encantador, ofreciendo de un lado la vista de la bahía

y las costas opuestas, con diversos pueblos pequeños, aldeas y fortalezas, en particular el Puerto y Rota, esta última situada en el extremo noroeste de la bahía. Hacia el sureste, la vista solo recorre el istmo y la costa que termina en un punto distante, donde se encuentra un faro; pero hacia el oeste y suroeste la vista es ilimitada, alcanzando hasta donde la vista puede llegar sobre el Atlántico, donde diariamente se ven barcos a gran distancia navegando hacia otros puertos, y generalmente con destino hacia o a través del Mediterráneo.

En esta parte de los baluartes se reunía cada tarde un grupo de oficiales franceses y españoles, que lanzaban muchas miradas melancólicas hacia el océano. Pero para ellos la vista no era en absoluto sin límites. Nueve barcos de guerra ingleses interceptaban el horizonte, revelando que al menos ese número de su flota estaba tan poco dañado como para mantenerse en el mar y aún bloquear el puerto de Cádiz.

Entre los edificios públicos, la nueva catedral será, con diferencia, cuando esté terminada, la más destacada; pero parece incierto cuándo llegará ese momento. Me informaron que los cimientos se colocaron hace casi veinte años. Las mismas causas operan aquí como en Lisboa para retrasar la finalización, es decir, los fondos que pasan por las manos de los monjes o sacerdotes. Esto, con la desgracia ocasionada por las recientes guerras con Inglaterra, explica suficientemente su estado inconcluso. Aunque aún no está totalmente techada, el interior ya está cargado de columnas y pilastras demasiado ricas y llenas de ornamentos para agradar a un gusto imparcial; pero todo esto sirve para mostrar ese rasgo característico del carácter español, una disposición a emprender grandes empresas y una impaciencia por apresurar su conclusión. De ahí que en varios de los nichos a lo largo de las pa-

redes de esta iglesia a medio techar, que no tiene puertas ni ventanas, y donde tropezamos con montones de escombros, vemos las estatuas de mármol de santos y ángeles que han sido colocadas con una ansiedad infantil. Después de todo, si alguna vez se termina según el plan que ahora presenta, será una de las estructuras modernas más magníficas de Europa.

Ya he mencionado algunos de los efectos de la gran batalla de Trafalgar, visibles al cruzar la bahía de Cádiz. Allí, la vista es sobrecogedora: un gran buque encallado y ladeado se asienta sobre las rocas; cerca, otro varado ha perdido todos sus mástiles. Otros, aunque milagrosamente indemnes del fuego de los cañones británicos, muestran las cicatrices de la batalla. Todo infunde un horror palpable. Pero en Cádiz, las consecuencias, aunque igualmente evidentes, fueron de una naturaleza muy diferente. Diez días después de la batalla, aún estaban ocupados desembarcando a los heridos. En las dársenas y a lo largo de las calles se presentaban sin cesar escenas para conmover el corazón de cualquiera que no estuviera endurecido ante los espectáculos de sangre y sufrimientos humanos. Cuando, por la negligencia de los barqueros y el oleaje del mar, las balsas chocaban contra los muelles de piedra, surgía de los desgraciados mutilados a bordo un grito horrible, que atravesaba el alma. Muchos caballeros españoles ayudaron a traerlos a tierra, con gran compasión; sin embargo, como estaban vestidos elegantemente, había algo ostentoso en su comportamiento, si es que podía haber ostentación en un momento así. No se puede dudar de que un inglés ayudó con gusto a llevar a los heridos en sus literas, y al más ligero paso en falso daban un grito, y aún hoy me estremezco al recordar el sonido.

En lo alto del muelle, la escena era desgarradora. Los heridos eran trasladados a los hospitales en un estado de absoluta miseria

humana, mientras que multitudes de españoles o ayudaban u observaban con signos de horror. Mientras tanto, sus compañeros que habían escapado ilesos, caminaban arriba y abajo con los brazos cruzados y la mirada baja, mientras las mujeres se sentaban sobre montones de brazos, muebles rotos y equipajes, con la cabeza inclinada entre las rodillas. No tenía ganas de seguir las camillas de los heridos; sin embargo, me enteré que todos los hospitales de Cádiz ya estaban llenos, y que conventos e iglesias fueron obligados a ser utilizados para recibir a los restantes.

Al salir del puerto pasé por el cabo, y seguía viendo los terribles efectos de la batalla. Tan lejos como alcanzaba la vista, la orilla arenosa del istmo, bordeando el Atlántico, estaba cubierta de mástiles y aparejos, los restos de barcos, y aquí y allá los cuerpos de los muertos. Entre otros, noté un mástil superior marcado con el nombre del *Swiftsure*, y la ancha flecha de Inglaterra, lo que aumentó mi ansiedad por saber cuánto había sufrido Inglaterra. Los españoles continuaban afirmando que habían perdido a su almirante en jefe y a la mitad de su flota. Mientras estaba rodeado de estos restos, subí al crucero de un mástil que había sido arrojado a la orilla, y dirigiendo la mirada sobre el gran espectáculo, vi a cierta distancia flotando varios mástiles y partes de naufragios. Como el mar estaba ahora casi en calma, con un ligero oleaje, la presencia de estos objetos producía una melancolía sublime, despertando en el alma el recuerdo de las tristes vicisitudes de los asuntos humanos. Las partes del naufragio flotantes eran visibles desde las murallas, pero ni un solo bote se atrevía a aventurarse a examinarlas o intentar remolcarlas, tal era el temor que aún ocupaba las mentes con respecto al enemigo.

Finalmente, fue interesante, aunque desde un punto de vista diferente al que hasta ahora he tocado, observar el efecto produ-

cido por una calamidad común en los españoles y los franceses. El español, más grave y serio de lo habitual, sumido en una profunda melancolía, parecía debatirse entre buscar en su alma nuevos recursos contra los enemigos involuntarios, o volcar su ira contra sus pérfidos aliados. Los franceses, por el contrario, comenzaban a mezclar amenazas y juramentos indecentes con ataques ocasionales de melancolía, que las repetidas pruebas de derrota continuaban imponiéndoles, a pesar de sus esfuerzos en sentido contrario. Ninguno dejaba de afirmar que, si cada barco hubiera luchado como el suyo, los ingleses habrían sido completamente derrotados. Contiguo a mi pequeño apartamento en la posada había un salón, donde un grupo de veinticinco o treinta soldados franceses se reunía todos los días a una hora temprana para cenar.

El comienzo de su reunión era generalmente silencioso; pero a medida que la comida avanzaba y el vino circulaba, se volvían ruidosos en sus discursos y alardes. Uno había matado a cinco ingleses con su propia mano, otro siete, y algunos ni siquiera podían decir cuántos habían eliminado del mundo. Uno más modesto que el resto, solo había matado a tres; pero ¿cómo sucedió esto? Un barco inglés se preparaba para abordar el barco en el que él estaba. «¡*A l'abordage*!» era el grito universal de los franceses. Mientras tanto, un inglés desafortunado apareció listo para saltar a bordo, cuando los barcos estaban casi unidos; este héroe lo derribó como a un cuervo. Un segundo ocupó su lugar, y compartió el mismo destino. Por extraño que parezca a la posteridad asombrada, un tercero le sucedió, e inmediatamente fue enviado a seguir a sus compañeros al profundo abismo. «Después de esto», gritó con un fuerte juramento, «ya no volvieron a aparecer allí». «*Non, non*», exclamaron sus compañeros: «*après cela ils ne s'y*

sont plus montrés»; e inmediatamente diez de ellos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

Después de rendir un tributo silencioso e involuntario de respeto a este valiente francés, que solo había matado a tres ingleses porque solo tres se le habían enfrentado, casi comencé a dudar de si mis ojos me habían engañado ante los terribles síntomas de derrota que imaginaba haber observado por parte de los aliados. Pero la conversación de los oficiales navales en la mesa donde cené, sirvió para contrarrestar estas narraciones de muerte y para elevar mi opinión sobre el carácter francés, degradado por fanfarronadas tan inútiles y fuera de lugar. Discutieron con calma las maniobras de las dos flotas y la causa de su derrota. Un barco no había cumplido con su deber, otro había sido sobrepasado en número, y algunos los habían abandonado por completo. Se alegaron estas y muchas otras causas; «*Mais, après tout, leur feu etoit terrible*». En dos cosas, y solo en dos, los franceses y españoles coincidían: en culparse mutuamente y en valorar los eventos desde antes o después de la batalla. Lo ocurrido sucedió tantos días antes del combate o tantos días después de él: este era el modo universal de expresarse. La batalla de Trafalgar parecía marcar una nueva época a partir de la que se calculaban los eventos, aunque aún no estaba registrada en el calendario nacional, como la coronación de un emperador o el nacimiento de un príncipe.

Los motivos de mi viaje me detuvieron solo unos días en Cádiz, por donde, en realidad, había pasado simplemente por ser la ruta más conveniente hacia Algeciras. En el puerto había varias embarcaciones grandes pertenecientes a este último lugar, pero ninguna se aventuraba a zarpar a menos que yo les garantizara el valor de la embarcación en caso de captura. Por lo tanto, volví a

montar a caballo, ya que el camino era absolutamente intransitable para cualquier tipo de carruaje. Había acordado el alquiler de dos caballos y un guía para ir a Algeciras, por lo que me obligaron a pagar por adelantado dieciocho dólares. Sin embargo, al partir, descubrí que mi guía no era otro que el cartero de San Roque y que, en consecuencia, había pagado el precio de dos caballos cuando en realidad solo me proporcionaron uno, a costa de mis contratistas. Como el cartero llevaba mi maletín y no podía ser rechazado como guía, insistieron en que no tenía derecho a quejarme, y como ya habían cobrado, llevaban la mejor parte en la discusión.

Desde Cádiz, el camino avanza por la llanura arenosa ya mencionada, con el mar a la derecha y el puerto a la izquierda, hasta llegar a la Isla de León, un pueblo notablemente pulcro situado al fondo de la bahía de Cádiz y que consiste principalmente en una calle larga y elegante. Como el mar se adentra profundamente en la llanura que hay detrás, me sorprendió ver embarcaciones de gran calado ancladas como si estuvieran en medio de los prados. Por lo tanto, la ubicación de la Isla para el comercio es muy poco inferior a la de Cádiz; pero al estar ubicada en el fondo de una bahía, sobre una cresta baja entre marismas, nunca puede igualar la majestuosa apariencia de esta última ciudad, que se adentra en el mar desde un estrecho istmo bajo. Poco después de dejar la Isla de León, cruzamos el brazo de mar que se adentra tras ella por un buen puente; luego viajamos durante un trecho por una calzada elevada que atraviesa las marismas, donde se han erigido pirámides a intervalos para marcar los canales de navegación cuando la zona se inunda.

Al dejar esta extensa llanura, que se adentra tierra adentro siguiendo casi exactamente los contornos actuales de la bahía, lo

que no deja duda de que el mar llegó hasta aquí en el pasado, ascendemos por elevaciones muy graduales, donde el suelo sigue siendo arenoso, aunque en algunos lugares cubierto de pinos. El viaje continúa así durante cuatro leguas desde la Isla, hasta llegar a una casa solitaria llamada posada, en medio de una gran llanura cubierta de arbustos. Era completamente de noche cuando llegamos a este lugar miserable, donde lo único que pude conseguir fue un poco de vino malo; pero antes de reanudar la marcha, la luna comenzó a filtrar una tenue luz entre las nubes. Las siguientes dos leguas hasta Benalup transcurrieron por un terreno diverso, con valles y pequeñas colinas que se acercaban gradualmente a las montañas. Benalup está situada en la cima de una colina muy empinada, al pie de la cual se encuentra la posada donde los viajeros suelen detenerse, ya que es la única decente entre Cádiz y Algeciras. Aquí, las colinas se elevan en masas escarpadas que parecen dominar la posada, y cerca, un torrente embravecido por las lluvias fluía por un cauce sembrado de rocas enormes.

En esta posada decente, conseguí con dificultad un plato de tocino guisado con tomates, acompañado de una botella de vino miserable, del cual, y de la cena, participó mi guía generosamente, sentándose a mi lado sin ningún protocolo. Partimos antes del amanecer cruzando el torrente por un pequeño puente, y luego continuamos nuestro camino descendiendo junto a sus orillas, con una empinada colina a nuestra izquierda. El camino, que desde la Isla de León había sido poco atractivo, se volvía ahora más y más interesante con cada paso. Ante nosotros se alzaban colinas cubiertas de bosques, y en los valles intermedios fluían mil pequeños arroyos formados por las recientes lluvias, que cruzábamos continuamente. Más allá de las colinas, adornadas con ár-

boles, se elevaban montañas en largas cadenas, con cumbres desnudas y aparentemente inaccesibles.

Antes de comenzar a cruzar esta elevada cadena, que se interpone entre nosotros y el mar y la bahía de Gibraltar, atravesamos una hermosa llanura verde, rodeada por montañas por todos lados. Toda esta región merece la atención detallada del naturalista; y ningún inglés debería intentar dar un relato geológico de Gibraltar sin antes examinarla, ya que están íntimamente conectadas por las grandes leyes de la naturaleza, aunque separadas por disposiciones políticas.

La montaña de esta cadena por la que pasamos se llama la Trocha, y en una parte es tan irregular, con un profundo valle muy cerca a la izquierda, que el viajero se ve obligado a bajarse, a menos que tenga un caballo en el que pueda confiar plenamente. Las laderas de este valle, aunque cubiertas de robles, pinos, alcornoques y hayas, son tan empinadas que, al ascender por el borde de la montaña, la abrupta pendiente apenas se disimula. El sendero parece haber sido formado solo por el paso de animales salvajes, con muy poca ayuda del hombre, ya que está construido de manera tan precaria, serpenteando entre espesos bosques, sobre rocas, árboles caídos y pequeños torrentes, casi desde la base hasta la cima. Sin embargo, cuando llegué a este punto y comencé a descender, entonces disfruté la recompensa de este viaje arduo, realizado en su mayor parte bajo fuertes lluvias, y no pensé más en sus fatigas.

Debajo de mí se extendía el pueblo de Algeciras; a la izquierda, el de los Barrios y el inicio de las montañas que se adentran en Granada, separando en parte esa provincia de Andalucía; y al este de los Barrios, el pequeño pueblo y campamento de San Roque. Pero lo que inmediata y principalmente captó mi atención fue la

montaña o peñón de Gibraltar, formando en el lado opuesto de la bahía un contrapunto a aquel en el que yo me encontraba; aunque aislado de los demás, su cumbre cubierta de nubes ligeras y su base rodeada de barcos ingleses, visibles incluso desde esta altura y distancia.

Me detuve largo rato para contemplar esta montaña singular, que desde ningún punto se ve tan bien como desde la cumbre opuesta de la Trocha. Es desde allí donde podemos apreciar claramente su situación aislada: rodeada por aguas profundas por todos lados, excepto donde se une al continente por un bajo istmo de arena; sus lados empinados y casi verticales, incluso la torre que se alza en el extremo sur de la cumbre, y los tenues contornos de las baterías que rodean la base. Habiendo saciado por completo mi vista, la llegada de una noche tormentosa y las repetidas insinuaciones de mi guía me indujeron a descender. Cuando estábamos a mitad de camino de la montaña, vimos un acueducto considerable que cruzaba un valle y llevaba agua a Algeciras.[30] Nuestro sendero nos llevó bajo uno de sus arcos, y poco después entramos en el pueblo, que a primera vista y por esta entrada tenía un aspecto miserable.

El guía me condujo a una posada, donde con dificultad logró procurarme una pequeña habitación. Allí llevó mi silla de montar y mi maletín, y luego continuó su camino a San Roque. Por mi parte, las penalidades que había soportado en este viaje habían sido tan inusualmente miserables, que esa noche una frugal cena

[30] El acueducto de los Arcos, fue construido entre 1777 y 1783 para abastecer de agua a la población desde los manantiales de la zona del Cobre. Su diseño incluye una serie de arcos de medio punto de piedra y ladrillo, algunos alcanzando hasta veinte metros de altura.

me pareció un lujo, y un colchón duro, un lecho de plumas. La posada estaba cerca de la playa, y durante la noche oía a intervalos, el rugido del mar, el aullido del viento y el golpeteo de la lluvia, y todo me reconciliaba aún más con mi situación; tanta parte de nuestra felicidad depende del contraste.

Debería haber mencionado antes que el camino desde Benalia hasta la misma cumbre de la Trocha estaba lleno de grupos de marineros franceses y españoles, capturados como prisioneros por los ingleses en Trafalgar, pero liberados y enviados a Algeciras. Ahora viajaban hacia Cádiz en condiciones miserables, bajo la lluvia, muchos de ellos sin zapatos y lastimados por la escabrosidad de los senderos. No dejaban de preguntar con ansiedad cuán lejos quedaba el próximo refugio, y algunos, desesperanzados de poder llegar esa noche, se arrojaban al suelo, bajo los árboles, empapados como estaban. Exceptuando los barcos desarbolados en Gibraltar, este fue el último vestigio de la batalla que llegó a mis ojos.

Capítulo V
Algeciras, Gibraltar, costumbres y gobierno

Algeciras, ubicada en la orilla occidental de la bahía de Gibraltar, era, a principios del siglo pasado, un lugar de escasa relevancia, y consistía principalmente en chozas de pescadores; pero la captura y presencia de Gibraltar en manos inglesas supuso un contrapeso en la bahía para España, lo que impulsó desde ese momento un crecimiento constante de la ciudad. En tiempos de paz, su principal comercio es el contrabando con los ingleses; pero florece principalmente en tiempo de guerra, por la gran afluencia de cañoneras y corsarios, que encuentran aquí una situación cómoda para observar y capturar barcos enemigos en la estrecha entrada del Mediterráneo. Está construida en parte sobre una llanura junto a la playa y en parte en la pendiente de pequeñas elevaciones, que forman la primera altura desde el mar hacia las montañas detrás de la ciudad. Estas montañas parecen tener unos dos mil pies de altura, extendiéndose en dirección noreste desde los límites del estrecho cerca de Tarifa hacia las montañas de Granada, de las que probablemente forman un apéndice. Son muy empinadas hacia la bahía, pero aún más en el lado occidental, donde presentan, como ya he observado, cumbres desnudas, aparentemente inaccesibles, y valles de gran profundidad. De ellas fluyen varios arroyos que desembocan en la bahía de Gibraltar; la desembocadura de uno de estos arroyos, llamado el Miel, forma una

ensenada cuyas orillas son empinadas en un lado pero llanas en el otro, y en esta llanura se encuentra la parte baja de Algeciras.

En esta parte está la plaza del mercado, adornada con una fuente donde el agua traída por el acueducto desde las colinas se descarga y sirve para abastecer a toda la ciudad y a los barcos, ya que se recoge muy poca lluvia en cisternas. La apariencia general de la ciudad no desmiente en absoluto las primeras impresiones al descender desde las montañas: está construida pobremente, excepto algunas casas pertenecientes a los habitantes principales; e incluso estas no merecen atención, ya que la residencia del gobernador es inferior en apariencia a la de una casa común de un caballero en Inglaterra. Sin embargo, las calles no son excesivamente estrechas, y las casas, al estar generalmente construidas de piedra (por más tosca que sea), tienen mejor aspecto que las casas de paredes de barro y techos de paja tan comunes en las provincias occidentales. Los habitantes hacen gran uso de piedras grises planas para techar sus viviendas. Esta piedra se extrae en canteras ubicadas en una bahía al sur de la ciudad y se separa naturalmente en grandes láminas o placas, por lo que está bien adaptada para este propósito, ya que no tiende a romperse ni a soltarse y volarse con los vientos fuertes.

El principal y, de hecho, único ornamento de la ciudad es la torre de la nueva iglesia en la plaza Alta. Se trata simplemente de una torre cuadrangular de piedra, desde cuya cima se responden y repiten las señales realizadas a lo largo de la costa. Está construida en parte con las ruinas de una torre muy antigua que se alzaba en el mismo lugar; y resulta singular que el mortero antiguo se hubiera endurecido hasta volverse como piedra, permitiendo ser trabajado de manera similar y utilizado como tal en la nueva construcción. En su interior, la iglesia refleja poca de la magnifi-

cencia que caracteriza a los templos de las principales ciudades de España, lo que evidencia el ascenso reciente de Algeciras.

Pero a pesar de su apariencia miserable, es importante por dos razones: una de particular y otra más general. En 1801, una escuadra inglesa al mando del Sir James Saumarez atacó una flota de barcos franceses y españoles anclados bajo las baterías, y fue repelida. Un navío de línea inglés, el Hannibal, de 74 cañones, encalló y, tras perder a casi la mitad de su tripulación, se rindió a las baterías. Una vez en posesión de los españoles, su nombre fue cambiado a Algeciras. Este evento por sí solo parece convertirla en un lugar digno de mención, y la primera pregunta que un inglés hace con avidez es: «¿A qué batería se rindió el Hannibal?» Se sorprende cuando le señalan una especie de reducto cercano al norte de la ciudad, hacia el camino real, con un parapeto bajo, equipado con seis u ocho cañones pesados de bronce, y rodeado principalmente por un espeso seto de pitas. Algunos cañones más están dispuestos en las alturas a lo largo de la costa; y aproximadamente a medio tiro de mosquete de la playa hay una pequeña isla rocosa donde se construyó un fuerte de cierta solidez, lo que completa la defensa de Algeciras por el mar. A tres millas al sur se encuentra una bahía amplia, en uno de cuyos extremos se alza una torre de señales tipo Martello y una batería de cinco cañones pesados; pero están demasiado lejos para ser de utilidad en la defensa de la ciudad, ya que en realidad están diseñadas únicamente para proteger la entrada de la bahía; e incluso para eso, fui testigo de que sirven de poco.

Desde un punto de vista militar, las fortificaciones y baterías de Algeciras son tan despreciables como la ciudad misma; pero lo que la hace especialmente notoria es el refugio que ofrece a las numerosas cañoneras y corsarios que infestan la entrada del

Mediterráneo, causando así gran perjuicio al comercio inglés. Estas cañoneras tienen un desplazamiento de veinticinco a cincuenta toneladas, con dos mástiles y grandes velas latinas. Van repletas de hombres, y en clima calmado pueden remar casi cuatro millas por hora. Por lo general, llevan un solo cañón en la proa, que dispara balas de treinta y dos o treinta y seis libras españolas; pero a veces están armadas con dos cañones largos de veinticuatro libras, ya sea ambos en la proa o uno en la proa y otro en la popa. Con viento movido, pueden causar poco daño, no solo porque, al estar construidas de forma robusta y pesada, el peso de sus cañones las hunde bajo cada ola, sino que incluso si no se sumergieran, el súbito balanceo en embarcaciones tan pequeñas impide apuntar con precisión. Sin embargo, en calma o con brisa ligera, son capaces de causar grandes estragos, pues todo les favorece. Con la ayuda de los remos, pueden avanzar y maniobrar incluso alrededor de un buque de guerra; y si hay calma absoluta, pueden tomar la posición que deseen sin que su enemigo pueda evitarlo. Sus cañones, de gran longitud y calibre, les permiten situarse fuera del alcance de la mayoría de los cañones de popa o de proa de los barcos, mientras disparan a lo largo de la superficie del agua con la misma decisión y tranquilidad que si estuvieran practicando tiro al blanco. A esto se suma que un buque es un blanco fácil, difícil de errar por sus artilleros, incluso para los más inexpertos; mientras que, por el contrario, presentan solo la proa de una embarcación baja, extremadamente difícil de alcanzar.

Tales son sus ventajas en calmas o brisas ligeras; y no es de extrañar, por tanto, que capturen numerosos barcos en un lugar sujeto a corrientes tan caprichosas y cambios repentinos de viento como el estrecho de Gibraltar. Las largas guerras con Inglate-

rra han enseñado a los españoles las ventajas y desventajas de estas baterías flotantes de un solo cañón. Cuando sopla una brisa, permanecen tranquilas bajo las alturas de Algeciras, mientras las fragatas inglesas patrullan de un lado a otro, siempre a la vista. Pero en las mañanas calmadas que suelen seguir a los fuertes vientos del este, pueden verse remando en flotas a lo largo de las orillas de la bahía. Entonces se llenan de coraje y no juran menos que la destrucción total de sus enemigos. Al llegar al estrecho, quizás avistan un barco inglés que, al no obedecer el timón, es arrastrado de aquí para allá por los violentos remolinos de ambas orillas. El ansia de botín los impulsa a aventurarse, y en ese caso, si se trata de un mercante, tiene pocas posibilidades de escapar. Si logran la captura, todas las embarcaciones reman inmediatamente y, si la calma persiste, pronto remolcan su presa bajo las baterías de Algeciras. Así, si tienen suerte, obtienen un barco valorado quizás en veinte mil libras o más; si son capturados, pierden una embarcación y un cañón, y los prisioneros son enviados de vuelta desde Gibraltar en unos días. Así ocurre en las calmas; pero con una brisa normal y en aguas profundas, una sola fragata inglesa es suficiente para poner en fuga a todas las cañoneras desde Cádiz hasta la bahía de Gibraltar.

Durante mi estancia en Algeciras, lo pude comprobar claramente. Se hicieron señales de que un convoy inglés había entrado en el estrecho. El tiempo estaba casi en calma, y todas las embarcaciones zarparon, llenas de hombres, y con un bullicio y ruido infinitos. No se esperaba otra cosa que la captura de todo el convoy; pero, desgraciadamente para ellos, poco después surgió una ligera brisa, y se vió una fragata y un bergantín de guerra Saliendo de Gibraltar, dirigiéndose directamente a través de la bahía. Yo ya estaba fuera de la ciudad, cerca de la torre Martello, en la

entrada de la pequeña bahía antes mencionada, cuando las cañoneras comenzaron a agruparse ante la aproximación de la fragata. Los españoles fueron los primeros en abrir fuego, tanto desde sus embarcaciones como desde las baterías en el lado opuesto de la bahía, mientras la fragata avanzaba sin responder ni un solo disparo, hasta estar tan cerca que la metralla podía alcanzarlos. Entonces abrió sus portas, virando al viento y dejándose llevar alternativamente, para poner en acción ambas bandas, y descargó tal lluvia de balas y metralla que no solo las embarcaciones, sino el mar a su alrededor, parecían cubiertos. Los españoles no resistieron mucho tiempo este terrible granizo. Cambiaron su rumbo y remaron con todas sus fuerzas hacia Algeciras, mientras los disparos de la fragata silbaban sobre sus cabezas y golpeaban las rocas de la orilla con gran estruendo, astillándolas en grandes fragmentos. El bergantín no disparó ni una sola vez, pero se mantuvo lo más cerca posible de la costa para cortar la retirada de cualquier embarcación rezagada. Con algunas bajas y heridos, y una embarcación hundida, el resto logró regresar, y el convoy inglés pasó en perfecta seguridad.

Este resultado de un enfrentamiento entre una sola fragata y todas las cañoneras de Algeciras, junto a sus propias costas, demostró claramente cuál habría sido su destino en medio de la bahía o en mar abierto. Algunas habrían sido acometidas, otras hundidas, y otras capturadas, con la pérdida de la mitad de sus tripulaciones, debido al fuego de las cubiertas altas de la fragata. Es más que probable que ni una sola habría escapado para contar la historia, a menos que sus repetidas y fervientes plegarias a San Antonio hubieran logrado su intercesión en forma de una calma repentina a su favor. Así tuve una demostración ocular de la total inutilidad de todas estas embarcaciones insignificantes, por muy

resistentes que estuvieran construidas y por numerosas que fueran, cuando se enfrentaban a grandes buques de guerra debidamente maniobrados. Confieso que necesitaba tal prueba para superar los prejuicios que había concebido en mi propia mente a favor de las cañoneras.

El acueducto lleva el agua al centro de la ciudad desde las montañas situadas a unas cinco millas de distancia. Está sostenido por una serie de arcos sobre un valle, por donde corre el pequeño arroyo que desemboca en la ensenada cerca de la ciudad. Aunque realicé muchas indagaciones, no pude averiguar la fecha de su construcción; pero aunque este tipo de conducciones en España fueron generalmente construidas en tiempos antiguos por los moros, no puedo imaginar que sea de una fecha tan pretérita. Los arcos, alrededor de veinticinco en número, son semicirculares, los del centro del valle se alzan sobre pilares de considerable altura, que gradualmente disminuyen hacia los lados, hasta que tienen suficiente elevación sin necesidad de pilares, y finalmente estos ya no son necesarios, ya que el conducto continúa a lo largo de la ladera de una colina. Este acueducto forma uno de los principales y más pintorescos objetos cerca de la ciudad, y es visible además en otra hilera de arcos que cruzan una pequeña llanura pantanosa entre las montañas, a cuatro millas al suroeste de Algeciras. No deja de ser agradable perderse entre las colinas y contemplar una obra construida por el hombre para llevar agua a una ciudad considerable, mientras que alrededor no hay más que silencio, picos elevados y valles largos y profundos.

El único otro objeto notable de fecha moderna que se presenta en este lado de la ciudad es la ya mencionada torre Martello, la batería de cinco cañones y un reducto, rodeado por un muro que se alza sobre una pequeña elevación, formando la entrada norte

de una bahía que bien podría llamarse un entrante en el lado occidental de la bahía de Gibraltar. Bajo esta torre, dentro del entrante, se encuentra la pequeña cantera de una especie de piedra pizarrosa que se separa fácilmente en grandes porciones planas, que los habitantes de Algeciras utilizan para techar sus casas e incluso comerciar con otros pueblos de la costa. Los trabajadores simplemente hacen pequeños agujeros con el pico y luego introducen una palanca, que levanta porciones horizontales de la piedra, que se rompen de manera irregular a mayor o menor distancia de la palanca, según la diferente adhesión de las partículas. Estas porciones se tallan luego en formas oblongas en la cantera y, tras un pequeño cincelado, están listas para su uso.

Tal es un breve esbozo la Algeciras moderna; pero aún perduran algunas ruinas de la antigua ciudad, fundada por los sarracenos o moros durante el período de su primera irrupción en Europa, y que se ubicaba un poco al sur de la actual, en el lado opuesto de la ensenada. Estas ruinas consisten principalmente en las bases sólidas de torres cuadradas a intervalos regulares, los leves vestigios de muros y, en algunos lugares, la forma del foso. Una antigua torre permanece intacta, justo junto al agua, y todavía es utilizada por los españoles. Marca el límite más meridional de las fortificaciones moriscas, que aquí terminaban siguiendo el borde de una pequeña pendiente, en cuya base corre un arroyo superficial, completamente seco en verano. Así, las obras formaban un rectángulo sobre una altura defendida por un lado por este arroyo y por el otro por la ensenada o río de Algeciras. Uno de los extremos del rectángulo daba al mar, donde la tierra forma un acantilado de unos treinta pies de altura; e incluso en el extremo hacia las montañas, el terreno es irregular y estaba más fuertemente defendido que el resto. Esta fortaleza, en mi opinión, dio

origen al nombre de Algeciras. Alcázar en árabe, significa castillo; y este, siendo uno de los primeros, si no el primero, construido por los sarracenos en España, pudo fácilmente ser corrompido por los nativos a Algecir, y con el tiempo adoptar la terminación más latina de Algeciras. Que mi conjetura sea acertada o no, es de poca importancia.

En una ciudad formada y cobrando importancia bajo tales principios, es evidente que las costumbres de sus habitantes deben diferir en algunos aspectos de las de sus compatriotas; y sería injusto juzgar las costumbres generales de España basándose en las de Algeciras. Como todas las ciudades de la costa española bañada por el Mediterráneo, hasta cruzar el Guadalaviar e incluso al aproximarnos al Ebro, Algeciras conserva en las costumbres de sus habitantes fuertes rasgos de los moros. Los viajeros que han estado en la costa opuesta, la de Berbería, encuentran muchos puntos de semejanza en la distribución interior de las casas a ambos lados, en la forma y uso de los utensilios domésticos, en muchos artículos de alimentación, e incluso en varias supersticiones que los cristianos de un lado y los mahometanos del otro han mezclado con sus respectivas religiones.

En Algeciras, la mayor parte de los habitantes procede ciertamente de las provincias de Andalucía y Granada, y en general de las clases más bajas y miserables; pero aparte de esta masa de población, hay gran número de aventureros y desesperados de todos los climas y países, que han venido aquí en busca de fortuna, para tripular las cañoneras y corsarios. Los que actualmente componen los habitantes más ricos del lugar, eran hace unos años hombres sin crédito ni respetabilidad, incluso entre los bandidos de Algeciras. Como todas sus riquezas han sido adquiridas mediante la captura de propiedades británicas, o de propiedades

neutrales condenadas como británicas, es natural que estén ansiosos por la continuación de la guerra. A estos hay que añadir el enjambre de corsarios y cañoneros que se refugian aquí; y no sorprenderá que Algeciras supere a cualquier otra ciudad de España en animadversión hacia los ingleses. Sin embargo, incluso aquí, este espíritu se suaviza día a día. Las riquezas acumuladas por unos pocos ya no compensan para una población creciente, la pérdida de las ventajas de un comercio pacífico, la falta de pago regular a las fuerzas militares y navales empleadas nominalmente por el gobierno, y la ruina de muchas familias que, movidas por la codicia del botín, lo han arriesgado todo en corsarios y han fracasado.

Aun así, tal es la cordialidad —incluso diría estima— con que generalmente se recibe a un inglés en España, que este pequeño rencor puede señalarse como un rasgo distintivo del carácter de los habitantes de Algeciras. Además, las costumbres aquí están más corrompidas y son más libertinas, aunque mezcladas con cierta ferocidad, de lo que había observado en cualquier otro lugar del país. Los asesinatos son frecuentes; y en muchas calles, algunas casas están marcadas con una cruz, señal de que cerca de ese lugar se ha cometido un homicidio. Yo estaba acostumbrado a ver estos tristes memoriales junto a los caminos, en páramos desolados o en lo profundo de los bosques; pero hasta llegar a Algeciras, nunca los había visto tan densamente agrupados en las calles de una ciudad populosa.

El motivo de mi viaje me obligó a permanecer más de seis semanas en Algeciras, lo que aproveché en algunos momentos para visitar la bahía de Gibraltar, que tiene de longitud unas diez millas desde el sur-sureste hasta el norte-noroeste, y ocho de anchura;

delimitada al oeste por el asiento de las montañas de detrás de Algeciras, que terminan en el mar cerca de Tarifa, y al este por el peñón de Gibraltar, con su istmo de arena. Forma la cabecera de la bahía, una costa llana, y tras ella varias pequeñas elevaciones que parecen dispuestas para mantener la conexión entre la cadena montañosa y Gibraltar. En una de estas, se encuentra el pequeño pueblo de San Roque, llamado así por un ermitaño solitario que murió aquí, y cuya celda y capilla aún se muestran. En otra altura hay algunas ruinas, apenas distinguibles, de la antigua Carteia, una ciudad célebre en su tiempo, que ocupaba gran parte del terreno entre Gibraltar y el río Guadarranque. Se han desenterrado, y aún continúan apareciendo, numerosas monedas, en general marcadas con un atún, emblema de la gran pesquería que aquí se practicaba. En la cima de esta colina, la reina de España se situó durante el gran asedio a Gibraltar, con la esperanza de ver arriar la bandera inglesa; quedó decepcionada, pero la colina aún conserva el nombre de 'La Silla de la Reina de España'. Entre estas alturas y el peñón se extienden las líneas españolas, trazadas a través del istmo desde la cabecera de la bahía hasta el Mediterráneo; que se pueden considerar las obras avanzadas de España contra los ingleses en Gibraltar.

A pocas millas al oeste de San Roque, cruzamos el Guadarranque, un río de considerable profundidad, en una barca de ferry movida por una cuerda, capaz de transportar caballos e incluso carruajes. Una llanura de unas dos millas, surcada por zanjas y calzadas, nos lleva cerca de la desembocadura del río Palmones, donde adquiere cierta importancia. Este río pasa junto al pueblo de los Barrios, situado tierra adentro desde la cabecera de la bahía, y cerca se alza un puente pulcro de tres o cuatro arcos. Sin embargo, en la desembocadura lo cruzamos en una barca de fe-

rry, similar a la del Guadarranque; y si la marea está baja, continuamos nuestro camino por las arenas hasta acercarnos a Algeciras. Aquí ascendemos la baja cresta que presenta al mar, a veces un acantilado de rocas oscuras y otras de arenisca clara, a lo largo de cuya cumbre se construyó en parte Algeciras, y que forma la primera ascensión hacia las montañas.

Ahora hemos llegado frente a Gibraltar, que vemos claramente al otro lado de la bahía, y continuando nuestra ruta hacia el sur; llegamos a la torre Martello y a las baterías en la pequeña ensenada ya mencionada. Para bordear la cabecera de esta bahía, descendemos de las pequeñas alturas y avanzamos por las arenas hasta llegar al lado opuesto, donde volvemos a subir las colinas y pronto nos adentramos en el miserable camino rocoso que conduce a Tarifa, un pequeño pueblo situado en el punto más meridional de Europa. Este honor, si tal puede llamarse, a menudo se ha atribuido erróneamente a Gibraltar. Tarifa, como Algeciras, tiene origen morisco, recibiendo su nombre del primer general sarraceno que conquistó esta región de España. Se encuentra en el estrecho, varias millas al oeste de la bahía de Gibraltar, que en este lado está delimitada por un bajo promontorio rocoso. A lo largo de las costas de la bahía, desde la base norte de Gibraltar hasta el punto occidental, se alzan torres aún en uso o las ruinas de otras que antiguamente existieron aquí.

Entre estas, quizá la más singular sea la llamada torre del Diablo, situada justo bajo el extremo norte de Gibraltar. Es redonda y está construida sobre un pequeño peñasco, el único que emerge en todo el istmo de arena, y aunque no tiene gran diámetro ni altura, debió ofrecer en todo momento un panorama tanto hacia el Mediterráneo como hacia la bahía. No tiene puerta en su base, y

probablemente se accedía a ella mediante una escalera que se retiraba para evitar sorpresas. ¿O acaso el mar cubría en otro tiempo todo este bajo istmo, compuesto únicamente de arena y conchas rotas? ¿Era la torre del Diablo un faro, erigido sobre una roca rodeada por las olas? A una milla de distancia, hacia el oeste, se encuentran los restos de otra torre redonda, de mayor diámetro, situada a menos de un tiro de mosquete de las líneas españolas. Más allá, las torres parecen haber sido construidas indistintamente, redondas o cuadradas, según la fantasía o el capricho de sus constructores, formando parte de la larga cadena de torres y castillos que se extienden a lo largo de las alturas en las costas españolas del Mediterráneo, e incluso en las del Atlántico. Sin embargo, a pesar del interés que la antigüedad o la situación actual puedan dar a todos los objetos ya mencionados en la bahía, lo cierto es que no hay nada en Algeciras, San Roque, los tenues restos de Carteia, las montañas, los ríos, las líneas españolas o el istmo, que pueda compararse con Gibraltar, ni en importancia ni en curiosidad.

Esta roca singular, sobre la que se han escrito volúmenes, delimita el lado oriental de la bahía, a la que da nombre, y se extiende desde el sur-sureste hasta el norte-noroeste, aproximadamente dos millas de longitud. Su cumbre es una cresta larga y estrecha, mil cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, que cae perpendicularmente hacia el Mediterráneo o el este, pero desciende gradualmente hacia su base en dirección a la bahía. Desde abajo, el extremo norte tiene una apariencia grandiosa; presenta una roca perpendicular de más de mil pies de altura, coronada con baterías en la cima y a lo largo de los bordes de su pendiente.

El Mediterráneo se acerca por el oriente, y al oeste el único acceso por tierra es a lo largo de una estrecha calzada, entre la

roca y la cabecera de la bahía, defendida por filas de trincheras y baterías infranqueables. En el extremo sur, la roca desciende más gradualmente desde la cumbre y termina en una pequeña llanura, cuyo punto se llama Europa, probablemente por la falsa idea de que era el punto más meridional de Europa. Esta llanura aún está algo elevada sobre el mar, hacia el que limita por rocas en todos los lados, y se extiende un poco hacia el norte, donde termina, y se llega al empinado lado oriental. Varios pasajes sinuosos, defendidos por baterías, están construidos a lo largo de la cara de la montaña, y nos conducen a las Escaleras del Mediterráneo, una larga escalinata tallada en la roca, por la que se puede ascender a la cumbre. De este lado, el resto es completamente inaccesible, excepto uno o dos puntos cerca de la base, donde los pescadores a veces desembarcan.

La ciudad se encuentra principalmente al pie del lado occidental; pero a lo largo de toda la cara de la roca, que de alguna manera es accesible, se están construyendo gradualmente cuarteles, casas y pequeños jardines. Lo que no puede hacerse sin un gran esfuerzo, ya que incluso el lado habitado de la roca es tan empinado que está estrictamente prohibido arrojar una piedra, por pequeña que sea, desde la parte superior, para evitar que pueda desprender otras que podrían rodar y causar graves daños. En una historia de Gibraltar, merecerían una descripción detallada las baterías a lo largo de la costa y alrededor de la roca, las galerías, los muelles antiguos y nuevos, los diferentes cuarteles, hospitales y edificios públicos; el astillero y los barcos que constantemente se encuentran aquí en tiempos de guerra, pero escapan al alcance del presente relato.

Respecto a los habitantes, puede observarse que están compuestos por personas de todas las naciones, y los ingleses quizá for-

man la parte más pequeña de la población. El resto está integrado por españoles, genoveses, franceses, italianos y moros de la costa de Berbería. Las costumbres de los ingleses son, en general, bastante hospitalarias, aunque no están libres de ciertas rivalidades internas. Es lamentable observar, como sucede en la mayoría de las ciudades guarnición, las distinciones y envidias que los oficiales militares establecen entre ellos mismos y la clase mercantil, pese a que esta última contribuye de manera significativa a su sustento.

En cuanto a la importancia política de Gibraltar, es demasiado obvia como para requerir una larga discusión. Impenetrable como fortaleza y situada justo en la entrada del Mediterráneo, permite a Gran Bretaña, con unas pocas fragatas, controlar todo el estrecho, y depende únicamente de su voluntad interceptar cualquier barco que pase, ya sea hacia el norte o el sur. Para apreciar verdaderamente su valor para Inglaterra, basta con imaginar que cayera en manos de sus enemigos. Gibraltar es el único puerto que posee en todo el continente europeo, y, en consecuencia, no existe otro que no haya sido, o le pueda ser cerrado. No puedo dejar de observar que Inglaterra me parece culpable de gran negligencia al no haber establecido una estación militar y comercial correspondiente en la costa de Berbería. Podría hacerse con gran facilidad y serviría al mismo tiempo como un contrapeso a Ceuta y como un inicio para un mayor intercambio con esta parte de África, hasta ahora poco conocida, incluso para el espíritu emprendedor de Inglaterra.

Finalmente, puede señalarse respecto a Gibraltar que las vistas desde su cumbre son interesantes y sublimes. Desde su desnuda cresta, donde nos situamos con cierta sensación de temor, vemos hacia el sur, en el lado opuesto del estrecho, la montaña del Mo-

no, la Abyla de los antiguos, en general cubierta su cima por nubes, y la costa africana, cerrando, junto con la costa española, la entrada del estrecho y la visión de las lejanas aguas del Atlántico. Hacia el este, el Mediterráneo se extiende en un horizonte sin límites, y en su lado norte se alzan las montañas de Granada, cuyas elevadas cumbres suelen estar cubiertas de nieve o envueltas en espesas nubes. Por último, hacia el oeste, la bahía de Gibraltar yace a nuestros pies; en el lado opuesto se encuentra la ciudad de Algeciras, y detrás de ella se elevan las montañas que forman una pequeña rama de la cadena granadina y terminan en el estrecho, donde se abren hacia el Atlántico.

Al estar en la cumbre de este pilar de Hércules, contemplamos con placer los antiguos límites de la navegación, uno de los cuales parece estar bajo nuestros pies. Las glorias pasadas de las costas mediterráneas; el actual predominio de la mente humana en la Galia, Gran Bretaña, Alemania y Rusia; y el probable destino del continente occidental, se precipitan sobre la mente, impresionándonos profundamente con el estado siempre cambiante del mundo moral, la incertidumbre de los cálculos políticos y la fragilidad y vanidad de toda vida humana. Si nos encontramos en la cumbre sur de la roca, estas reflexiones se intensifican ante los restos de una torre de piedra construida no hace mucho por el general O'Hara, destinada a dominar las tierras altas que interceptan las vistas lejanas del Atlántico hacia Cádiz. Pero esta torre nunca fue utilizada; poco tiempo después de su construcción fue alcanzada por un rayo, y sus ruinas prematuras y desmoronadas añaden un doble interés a las especulaciones del moralista y el filósofo.

Estas son las observaciones sugeridas por una estancia de casi dos meses en Algeciras. Ahora que estoy a punto de abandonar

España, intentaré dar una idea general del país que he recorrido y de las costumbres que he visto, en la medida en que los objetos importantes que ocupaban mi mente me permitieron observarlas. Ya he mencionado que, desde la costa occidental de España, incluyendo Portugal, el terreno asciende continuamente hasta llegar a Madrid, que puede considerarse con bastante justicia el centro de esa península europea formada por el golfo de Vizcaya, el Atlántico y el Mediterráneo. Este ascenso generalmente se da en terrazas, de modo que, aunque a veces descendemos parcialmente, es evidente que ante nosotros se extiende un terreno más elevado que el que hemos dejado atrás. Lo mismo ocurre desde los bordes de los dos mares en todas direcciones, como es evidente por el curso de los principales ríos, que nacen hacia el centro de España y desembocan en todas direcciones, excepto hacia el norte, en el Atlántico y el Mediterráneo.

A primera vista, parece singular que ninguno de los grandes ríos de España desemboque en el golfo de Vizcaya. Esto se debe a la dirección de las altas montañas de Asturias y Vizcaya, que, aunque situadas en el interior, corren casi paralelas a la costa. Por ello, los ríos que nacen en sus lados norte, al tener una extensión comparativamente pequeña que recorrer, recogen pocos afluentes y nunca alcanzan gran importancia. Tales son el Navia, el Pravia, el Cares, el río de Suances y numerosos otros. Por otro lado, aquellos que fluyen al sur de las montañas deben atravesar necesariamente una gran extensión de terreno, convirtiéndose así en ríos caudalosos. A distancias iguales, desde las cumbres montañosas, los arroyos que fluyen hacia el norte y aquellos que van hacia el sur quizá sean de importancia similar; pero los del norte pronto llegan al mar, mientras que en el otro lado el Ebro recorre toda la anchura de España hacia el sureste, se une con muchos

afluentes considerables y, tras convertirse en un río poderoso, desemboca en el Mediterráneo.

Limitándonos al país que hemos recorrido, observamos que en el viaje de Lisboa a Madrid, y de Madrid a Cádiz, hemos descrito dos lados de un triángulo isósceles, cada uno de aproximadamente cuatrocientas millas de longitud. La base de este triángulo, es decir, de Lisboa a Cádiz, no ha sido objeto de nuestra observación; sin embargo, en nuestro trayecto hemos cruzado tres ríos principales: el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, cada uno con su carácter peculiar. El Tajo, con un descenso rápido, parece mantener su curso impetuoso de más de 400 millas principalmente en el fondo de un valle largo, profundo y estrecho, que quizá ha labrado a lo largo de los siglos. Por el contrario, las orillas del Guadiana, donde las hemos visto, son de una naturaleza más blanda y arenosa, y parecen oponer poca resistencia a su furia cuando desciende crecido por los torrentes invernales. Pero en aquellas partes donde el suelo es más blando, el lecho del río se ensancha naturalmente, la corriente se dispersa sobre una superficie amplia, volviéndose menos rápida, y así, por las sabias leyes de la naturaleza, su furia establece sus propios límites. Viajando hacia el sur, después de pasar el Tajo y el Guadiana, llegamos al Guadalquivir, el cauce predilecto de los poetas moriscos cuando Córdoba era residencia de sus monarcas. Este río parece compartir más características con el Guadiana que con el Tajo, pues sus orillas son de altura moderada y aptas para ser adornadas con árboles, casas y aldeas. Sin embargo, observamos con pesar que generalmente están desnudas, aunque esto se compensa en muchos tramos por extensas llanuras fértiles cubiertas de ganado. Las ciudades a orillas de este río atestiguan la antigua grandeza de los moros. El Tajo, como hemos visto, puede presu-

mir de Toledo y del dudoso honor de Lisboa; el Guadiana, de Mérida y Badajoz; y el Guadalquivir, de Andújar, Córdoba y Sevilla.

En un país de tal extensión y regado por tales ríos, es natural que exista una gran diversidad de paisajes. A veces, las llanuras se extienden ampliamente, limitadas solo por el horizonte o por colinas que, aunque de gran altura, parecen pequeñas elevaciones o islas distantes en el mar. Otras veces, ascendemos montañas elevadas, parcialmente desnudas y escarpadas, y medio cubiertas de bosques. En ocasiones, el principal objeto que divisamos durante muchas millas es alguna antigua torre morisca en la cima de una colina, y no la perdemos de vista hasta sumergirnos en espesos bosques de robles, alcornoques y acebuches, o descender a valles profundos cuyos fondos están sembrados de enormes masas de roca, atravesados en verano por grandes pozas estancadas o pequeños arroyos, y en invierno por torrentes embravecidos.

En casi todas partes, el paisaje resulta interesante por su sublimidad e incluso su soledad. Desde Badajoz hasta Madrid, ni una sola ciudad o pueblo cercano a nuestro camino tiene apariencia de pulcritud o prosperidad. Vastas extensiones de la tierra más fértil permanecen sin cultivar, y una apariencia general de miseria se extiende sobre un país que, con una administración adecuada, podría convertirse en el mejor de Europa.

Viajando desde Madrid hacia Cádiz, observamos, por el contrario, que tan pronto como alcanzamos la cima de Sierra Morena y descendemos hacia el suroeste, el país comienza a adquirir un aspecto más agradable. Los pueblos son más limpios, las casas mejor construidas y los campos mejor cultivados. Pero, sobre todo, los habitantes parecen más alegres, mejor vestidos y alimentados de lo que habíamos visto antes. Este es el caso, en mayor o menor medida, en toda Andalucía, donde también notamos

que la cría de ganado, y aún más la de caballos, en general es excelente; un placer no menor para un viajero a caballo.

No sé si estas circunstancias se deben al suelo, al clima o a diferencias en las regulaciones internas de esta provincia. Quizás mucho se deba al comercio que se realiza en Ayamonte, Moguer, Sevilla, Jerez, Sanlúcar, Cádiz y otros puertos o lugares de comercio menores, todos en Andalucía, cuyos buenos efectos se extienden luego por toda la provincia. Sea como fuere, los andaluces son mucho más alegres y despreocupados que los españoles en general, y en lugar de pasar sus horas de ocio durmiendo o en la indolencia, las clases bajas disfrutan reunirse para beber y cantar sus aires provinciales, que generalmente son de un tono alegre.

Así, entonces, los dos lados del triángulo que hemos descrito presentan o bordean muchos objetos interesantes, además de los ríos, montañas, bosques y valles profundos. Comenzando con Lisboa, hemos visto la ciudad comercial más grande del continente europeo, y que ninguna revolución política podrá jamás privar de su importancia. En Elvas y Badajoz hemos visto las ciudades fortificadas de la frontera entre Portugal y España. Mérida nos ha recordado el poder y la vasta dominación de la antigua Roma; Toledo, la de los godos; Andújar y Córdoba, la de los moros; y Cádiz, la de los fenicios y cartagineses, que la fundaron y protegieron.

En cuanto a las costumbres de las regiones que hemos atravesado, los españoles son generalmente graves, con algo de porte y aire majestuoso, aunque no mantienen este carácter en todo momento, pues son extremadamente aficionados a objetos y dichos jocosos. No hay ningún idioma en Europa que abunde tanto en expresiones cotidianas diseñadas para provocar una sonrisa como el español.

Me parece que están muy equivocados quienes suponen que los españoles son simplemente un pueblo grave y serio. Mantienen una gravedad forzada, especialmente con los extranjeros, porque la dignidad y la antigua gloria de su país están siempre presentes en la mente de un verdadero español. Sin embargo, se entregan a toda diversión y placer a su alcance con una especie de furia, lo que demuestra que su seriedad es más habitual que constitucional. Considero que la grandeza del alma es su rasgo principal, por encima de todos los demás; sin embargo, muchos se conforman con palabras vacías y un nombre sin valor, en lugar de anhelar lo real. Así, un español puede sentarse pasivamente y ver a su rey insultado, a su país vendido y tributario de Francia, y sus propios privilegios y libertades personales recortados; y aunque no haga un solo esfuerzo ni siquiera exprese un inútil suspiro por la grandeza caída de España, aún puede preservar su grandeza de alma.

¿En qué consiste entonces? En presumir que el sol nunca se pone en los dominios españoles; en informarte que España fue la sede del saber, la civilización y la filosofía cuando Inglaterra, Francia y Alemania estaban cubiertas de bosques y parcialmente habitadas por bárbaros; en asegurarte que los españoles son los más honorables y nobles de espíritu entre todas las naciones; en construir puentes de piedra sobre riachuelos; unir arcos triunfales a paredes de barro; en planear los bocetos más magníficos para unir el Duero, el Ebro y el Tajo, el Níger y el Nilo, el Mar del Sur y el Caribe, pero nunca ejecutarlos. Esta me parece la gran característica principal del carácter español.

En otros aspectos, el español, como sus semejantes, tiene sus defectos y sus cualidades. Es indolente, altivo y vengativo; esclavo de sus pasiones y no fácilmente conmovido por la compasión. Pe-

ro es templado, sereno y paciente ante las adversidades; verdaderamente apegado al honor de su país; y cálido, aunque no constante, en sus amores y amistades. Es más capaz de soportar privaciones que de enfrentar dificultades. Lo que dicta su razón lo sigue con frialdad, y se le persuade fácilmente a abandonarla por el primer objeto que sugieren sus pasiones. A pesar de todo esto, hay ciertos puntos de semejanza entre el carácter español y el inglés, particularmente esa gravedad común, que oculta el exceso de optimismo y de ímpetu. En cuanto a los rasgos menores del carácter y las peculiaridades de las costumbres, varían en las diferentes provincias, y en este aspecto, por variedad e interés, España supera con creces a cualquier país de Europa.

Para comprenderlo, basta con echar un vistazo a su historia. Sus primeros habitantes parecen haber sido celtas, de los cuales probablemente descienden los montañeses escoceses. Tras duras luchas, los cartagineses se establecieron a lo largo de la costa y en todo el país al oeste del Ebro. Fueron expulsados por los romanos, y como la lengua latina forma la base del español, es de suponer que aún deben permanecer fuertes huellas de las costumbres latinas. Los romanos fueron sucedidos por los godos, un pueblo más bárbaro, que sin embargo adoptó gradualmente las costumbres más suaves de las colonias latinas. Después de un largo intervalo, los sarracenos o moros irrumpieron en España, desembarcando en o cerca de la bahía de Gibraltar, y apoderándose gradualmente de la mayor parte de las mejores provincias; y, aunque posteriormente fueron parcialmente expulsados, muchos de sus descendientes, aún permanecen muchas de sus costumbres. De toda esta mezcla de naciones, se han formado el lenguaje, las costumbres y las maneras de España; pues, excepto los cartagineses y los romanos, ninguna parte buscó destruir, sino

únicamente conquistar a los que les precedieron. De estos, a juzgar por el fuerte testimonio del lenguaje, las conquistas romanas han producido efectos por mucho los más penetrantes y duraderos. Por lo tanto, debemos buscar incluso entre las clases más bajas rastros de las maneras de un pueblo refinado.

Por lo tanto, un campesino español, si está comiendo cuando pasas junto a él, nunca deja de invitarte cortésmente a compartir con él. Si elogias algo que le pertenece, de inmediato te asegura que está a tu disposición; y de ahí que nunca se use el término directo y brusco de *tú* o *vos*. Toda conversación se lleva a cabo en tercera persona. Un campesino, al preguntar a otro cómo está, espera que su gracia se encuentre bien, y que la esposa y la familia de su gracia también gocen de buena salud. Todo esto, para un observador, aunque poco atento, denota vestigios de modales altamente refinados. En inglés, hay mucha más delicadeza en decir: «¿Cómo está la señora?» que en preguntar bruscamente: «¿Cómo está tu esposa?» Gracias al genio de nuestro idioma, no se permite mayor refinamiento en este aspecto, salvo con violaciones tan flagrantes de sus principios, que lleguen a denotar cada vez que ocurra, que nuestro verdadero espíritu se ha ido más allá de lo recuperable.

En cuanto a las costumbres de las mujeres españolas, poco se puede decir en su alabanza. Son atractivas y seductoras para el extranjero, tal vez más que cualquier otra mujer en Europa; pero rara vez son merecedoras de los honorables, casi sagrados títulos de esposas fieles, buenas madres o amigas inquebrantables. No es que, como madres, carezcan de afecto: por el contrario, esto a menudo se lleva a un exceso ciego; pero ese cuidado incesante y constante que es característico de una buena madre es poco adecuado a su temperamento. Nada puede superar la calidez de su

afecto mientras dura; pero la mayoría de los que confían en la duración de este afecto se encontrarán engañados y se quejarán con Horacio:

Heu quotiens fidem
Mutatosque deos flebit, et aspera
Nigri aequora ventis
Emirabitur insolentis
Qui nunc te fruitur credulus.[31]

Solo me queda decir alguna cosa sobre el estado actual del gobierno y las relaciones políticas de España.

Con respecto a lo primero, puede declararse con seguridad que se encuentra en ese estado de degradación y decadencia que precede y anuncia grandes revoluciones. El rey es un hombre de buenas intenciones, pero de entendimiento limitado, y un mero esclavo de los placeres de la caza, que no solo constituye su único pasatiempo, sino también su ocupación principal. Sus pensamientos están constantemente ocupados en perdices, liebres y jabalíes; y su mayor hazaña es haber disparado muchas armas en el transcurso de un solo día. Estas armas, cargadas por sus cazadores, le son presentadas constantemente tan rápido como él puede dispararlas, y de ahí que las matanzas que a veces realiza sean casi increíbles. Debe reconocerse que es un excelente tirador, y es a su favor que parece ser consciente de los efectos fatales de esta pasión ciega en el monarca de un gran reino, y ha dado órdenes

[31] Versión aproximada en español: *¡Ay!, cuántas veces llorará la fe perdida y los dioses cambiantes, y admirará los ásperos mares negros agitados por vientos insolentes, aquel que ahora, crédulo, disfruta de ti.*

estrictas de que a sus hijos no debe permitirse adquirir aficiones similares. En su persona es muy alto y corpulento, y generalmente sano, debiéndose, sin duda, al ejercicio constante que sigue, y a su templanza en la bebida, porque solo consume agua. He aquí el actual rey de España.

Su consorte es el reverso de su carácter insensible, pues es intrigante, vengativa y esclava de pasiones muy distintas a las de la caza. «Es por ella«, dicen los españoles en secreto, «que la realeza se degrada y el nombre de España se deshonra. Para satisfacer sus pasiones indignas, una miserable ha sido elevada de rango, para dominar a nuestra nobleza y vender nuestro país a Francia». Sin embargo, así es el caso. El hombre con mayor poder actualmente en España es el Príncipe de la Paz, como se le ha llamado, antiguamente un guardia de corps, elevado con rapidez a los más altos honores, simplemente por ser el amante de la reina. Pero como ella hace tiempo que perdió los encantos de la juventud, este hombre la trata con gran desprecio y se mantiene en un poder despótico únicamente por la influencia de Francia, o, en otras palabras, obedeciendo estrictamente el más mínimo mandato de ese país. La reina, a su vez, ahora lo detesta y recientemente ha tomado como favorito a un joven de menos de veinte años, seleccionado entre los guardias. Pero es demasiado tarde: el poder del esclavo de Francia no puede ser sacudido por las maquinaciones de una mujer malvada, y solo un gobierno extranjero puede privarle de él. Es universalmente odiado; pero eso es en privado, ante él incluso los Grandes de España deben mostrar una sonrisa, y Madrid está lleno de sus espías. Sin embargo, es muy consciente de la incertidumbre de las revoluciones, y se dice que ha depositado grandes sumas de dinero en bancos extranje-

ros, además de tener grandes cantidades de moneda ocultas en su propia posesión.

Mientras tanto, mantiene el estado de un rey: sus palacios son magníficos, y tiene su propio regimiento de dragones siempre cerca de él, montan guardia en su puerta y envían destacamentos para acompañarlo dondequiera que vaya. He presenciado las maldiciones secretas que acompañan su paso; pero los sables de sus dragones son afilados, y ¡ay del español que se le escuche murmurar! En su persona es alto y bien formado, de semblante sonrosado, no muy diferente al de un inglés; pero no tiene su aire de libertad, y en conjunto es un hombre de talentos muy moderados.

Tales son los componentes del actual gobierno nominal de España. Digo nominal, porque el verdadero gobierno es el de Francia, y cualquier general francés que sea el embajador en Madrid, es en efecto el rey de España. Cuando un gobierno está compuesto de esta forma, puede saberse qué pensar de ese gobierno. Cuando una nación está en tal estado que maldice en secreto, y sin embargo elogia abiertamente a quienes la gobiernan, puede saberse qué pensar políticamente de esa nación.

Los ingleses han buscado sus libertades a través de mares de sangre, y las han obtenido. Francia fue engañada con una apariencia de libertad durante un efímero período de verdadero entusiasmo. Pero todo el país entre los Pirineos y los océanos circundantes, con su raza de monarcas, reinas, príncipes y nobles, nunca ha seguido siquiera el fantasma de la libertad; sólo espera los decretos del gobierno francés. Los habitantes de toda esta inmensa región en general son valientes con el cuchillo en la oscuridad; pero tiemblan ante la bayoneta a la luz del día. Sin embargo, por extraño que parezca, el odio a Francia y a los franceses es univer-

sal en toda la región. Al hablar de los franceses, hay una mezcla de odio, desprecio y, sin embargo, temor, que no pueden imaginar quienes no lo han presenciado. Si cada español o portugués tuviera a un solo francés al alcance de su largo cuchillo, el combate sería breve. Pero otras naciones deben someterse a su disciplina, sus bayonetas y su artillería.

En cuanto al dominio indiscutible de los franceses en España, podría aportar muchas pruebas; pero ¿para qué recoger ejemplos aislados cuando hay uno grande, general e innegable que se cierne sobre el país? Si esto no ocurre (a menos que sea evitado por otras potencias), demostrará la falsedad de mis observaciones; pero cuando suceda (y el día se acerca rápidamente), hará innecesarias todas estas pequeñas notas. Sin embargo, hay una tan grosera, tan evidente, que no puedo evitar citarla. Un buque fue llevado a un puerto español por un corsario francés y fue absuelto, tanto el barco como la carga, por un tribunal de almirantazgo español. El captor francés, no conforme con esta decisión, apeló a un tribunal superior; el caso se volvió a escuchar y, al ser claro, se dictó el mismo fallo. Pero para un francés en España aún quedaba un tribunal superior al alto tribunal de almirantazgo español. Se formó un tribunal compuesto enteramente por franceses en la casa del cónsul francés, el caso se escuchó por tercera vez, el buque y la carga fueron declarados buena presa, vendidos como tales y los ingresos distribuidos entre los captores.

En el estado político actual de Europa, y en realidad en todo momento, la conveniencia de que Inglaterra cultive una relación estrecha y amistosa con España es tan evidente que no podemos menos que sorprendernos de que se haya descuidado durante tanto tiempo. Al indagar, encontramos que las causas de esto son diversas: guerras pretéritas, alianzas entre las dos antiguas mo-

narquías de Francia y España, y los intereses de este último país y de Inglaterra mal entendidos por ambos. Sin embargo, afirmo que, dadas las disposiciones de los españoles hacia los ingleses, con un poco de cuidado por parte del gobierno, los dos países podrían unirse de manera indisoluble. Es aquí donde debemos buscar un gran contrapeso al poder de Francia el oeste.

Es quizás en este país, aunque las apariencias sean ahora desfavorables, donde está destinada a comenzar la libertad de Europa. Los *highlanders* de Gran Bretaña aún podrían incitar a las armas, en una lengua afín, a sus hermanos celtas en las montañas de León, Vizcaya y Galicia; e incluso extender su entusiasmo por las llanuras hasta el centro del país y las montañas de Aragón y Guadarrama. Pero los grandes acontecimientos que probablemente pronto tendrán lugar en este país se burlarán del vano espíritu de profecía. Me despido de España y debería dejarla con pesar por sus elevadas montañas, sus casi ilimitadas llanuras, su clima delicioso y los muchos monumentos de sus glorias pasadas. Sin embargo, acostumbrado a respirar el aire de la libertad, a mi alrededor no veo más que esclavitud, indignación reprimida y miseria. Su feliz situación natural se ve superada por los errores políticos y la ceguera del poder despótico; y mientras lamentamos que un país tan hermoso esté casi abandonado a la naturaleza, no podemos evitar sentir cierto desdén por los habitantes que lo permiten.

Robert Semple

Un segundo viaje a España en la primavera de 1809, desde Lisboa, a través de las faldas occidentales de sierra Morena, a Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga y Gibraltar; y de allí a Tetuán y Tánger.

London, 1809

A

Second Journey

IN

SPAIN,

IN THE SPRING OF 1809;

FROM LISBON, THROUGH THE WESTERN SKIRTS OF THE SIERRA MORENA, TO SEVILLA, CORDOBA, GRANADA, MALAGA, AND GIBRALTAR; AND THENCE TO TETUAN AND TANGIERS.

WITH PLATES,

ontaining 24 Figures illustrative of the Costume and Manners of the Inhabitants of several of the Spanish Provinces.

BY ROBERT SEMPLE,

Author of Observations on a Journey through Spain and Italy to Naples, and thence to Smyrna and Constantinople, in 1805: *also of Walks and Sketches at the Cape of Good Hope; and of Charles Ellis.*

London:

PRINTED BY AND FOR C. AND R. BALDWIN, NEW BRIDGE-STREET.

1809.

Prólogo

El interés que en los últimos dos años se ha avivado con fuerza por la causa de España hace que todo lo relacionado con este país sea más o menos digno de atención. Hombres de profesiones muy diversas han sido atraídos allí por la curiosidad o llamados por el deber; y clérigos y soldados han compartido con el público sus ideas sobre los acontecimientos pasados o las circunstancias actuales. Como hombre de comercio, me atrevo una vez más a publicar las mías sobre esa pequeña pero interesante porción del territorio por la que recientemente tuve ocasión de pasar.

El itinerario descrito en las siguientes páginas incluye Sevilla, Córdoba y Granada, tres de las ciudades más importantes de la parte sudoccidental de la península; y que, mientras quede algún rastro de ellas, nunca dejarán de atraer la atención, debido a la singular mezcla que presentan de restos romanos, góticos y moriscos. Ante la vista de estos monumentos, la imaginación se remonta con fuerza a períodos de gran antigüedad, y vemos como si estuvieran ante nuestros ojos los triunfos sucesivos de una nación sobre otra, y del tiempo sobre todas ellas. Las olas embravecidas que se suceden con poderosos bramidos en la costa, para después desaparecer sin dejar rastro, son acaso el reflejo más vivo de la fugacidad.

No he intentado, ni intentaré nunca, proporcionar las medidas minuciosas de columnas y torres, o los catálogos exactos de cuadros y estatuas. Por lo tanto, si el lector supusiera que no tengo

gusto o aprecio por las bellezas de la arquitectura, la pintura o la escultura, me haría una injusticia. Mi deseo es recoger las impresiones generales que los objetos interesantes han dejado en mí, y transmitir estas impresiones a otros. Hasta qué punto lo habré logrado o no, no es algo que me corresponda decidir; sin embargo, confío en que el lector imparcial reconocerá que, en todo momento, he evitado en lo posible la prolijidad y las amplificaciones innecesarias. Si hubiera tenido la ambición de escribir un libro extenso, estas páginas podrían haberse extendido fácilmente al doble de su número actual. Pero otras ocupaciones (que he de mencionar como disculpa por mis defectos en la organización o el estilo) han impedido, quizá afortunadamente, un error mayor. Como dice el sabio griego: *Un gran libro es un gran mal*.[32]

Los grabados son representaciones exactas del traje español en distintas provincias y, en general, son notablemente característicos, no solo del vestuario, sino también de los rasgos de los diversos campesinos de España. Son una selección de más de cien figuras que poseo, y me atrevo a afirmar que están diseñados para ofrecer una idea más precisa del traje español que cualquier otro de naturaleza similar publicado hasta ahora en este país. Confío en que el pequeño costo adicional que estos grabados puedan suponer quedará plenamente compensado por el interés que aportan.

[32] Calímaco, conocido por su preferencia por la poesía breve y refinada, criticaba los textos extensos y redundantes. Esta frase refleja su filosofía literaria, que valoraba la concisión y la calidad sobre la cantidad. La cita aparece en el prólogo de su obra *Aitia* y ha sido interpretada como una defensa de la precisión artística frente a la verbosidad.

En conjunto, no puedo evitar albergar la esperanza de que el favor que el público dispensó a mis dos volúmenes anteriores sobre España pueda extenderse, en cierta medida, también a este. He tenido más tiempo para recopilar y organizar mis ideas que antes; la región por la que viajé contiene muchos objetos de gran interés natural y político; y si, pese a ello, no he alcanzado el nivel de mis esfuerzos anteriores, debo reconocer que la culpa es enteramente mía. Con esto, me despido del lector.

Robert Semple
Londres, 1 de diciembre de 1809.

Descripción de las láminas ilustrativas del vestuario y las costumbres de los habitantes de varias de las provincias españolas.[33]

[33] En el original cada lámina contiene tres personajes, aquí estan editadas.

Nº1. Un galán, algo por encima de las clases bajas, en el Prado. Las cintas en su cabello; su chaqueta bordada; y su *capote*, colocado con desenfado sobre su hombro izquierdo; muestran que se dirige a algún espectáculo público; muy probablemente a una corrida de toros.

Nº2. Una dama vestida para el Prado. Su *mantilla* sirve a la vez como abrigo y, si es necesario, como velo. Los moños de cintas en cada extremo denotan que es algo coqueta.

Nº3. Un hombre de clase media, con su *capa*. Así es como se suele llevar esta prenda indispensable del vestuario español en tiempo frío, envuelta alrededor del cuerpo y colocada sobre el hombro izquierdo.

Nº4. Esta figura femenina viste su *mantilla* de invierno, que se envuelve alrededor del rostro para protegerse del frío. En su mano derecha sostiene el abanico, sin el cual ninguna dama española aparece en público: es el cetro de su poder; agitarlo, abrirlo y cerrarlo con un movimiento ágil y elegante son habilidades absolutamente indispensables.

Nº5. Aquí observamos un objeto diferente. Un honrado vendedor de aceite, que lo transporta en un odre a su espalda y lo vende al por menor a sus clientes. En el suelo hay una pequeña vasija de hojalata, del tipo que se usa comúnmente en los hogares para contener pequeñas cantidades de aceite.

Nº6. Como compañero del anterior, aquí tenemos un aguador. Lleva el agua en una jarra porosa a su espalda, y en la mano un pequeño soporte con dos o tres vasos de cristal. Asegura que el agua está fresca y recién traída de la fuente favorita del Prado; inclinando el cuerpo, hace avanzar la jarra bajo su brazo, enjuaga bien el vaso y, por una módica suma, te lo ofrece lleno.

Nº7 y 8. En contraste con las dos figuras anteriores, aquí tenemos los ligeros bailarines de bolero. El hombre se prepara para saltar mientras hace sonar sus castañuelas, produciendo un sonido que coincide exactamente con sus movimientos. La mujer, por el contrario, está bailando y trata, con sus actitudes graciosas, los movimientos de sus brazos y sus sonrisas, de compartir con su compañero los aplausos que están a punto de estallar en el público. Los esfuerzos de los bailarines de bolero son breves pero intensos.

Nº9. Para el observador de la naturaleza humana, Madrid solía ser interesante principalmente por la gran diversidad de trajes y costumbres provinciales que albergaba. Al estar aislada en el centro del reino, los campesinos de las provincias que acudían no pasaban por esos cambios graduales e intermedios, todos tendentes a un mismo punto, que tienen un gran efecto en comunicar, poco a poco, la urbanidad de una metrópolis hasta los rincones más remotos de un imperio. Venían, permanecían y partían como extraños; llevando consigo sus propias costumbres y regresando a sus montañas sin alteraciones. La novena figura representa a un campesino de la provincia de Murcia. Su manta, similar en forma y uso a la que llevan los montañeses escoceses, cuelga sobre su hombro izquierdo. Generalmente está hecha de lana, aunque a veces de algodón, y entre las clases altas, de seda; está adornada con varias franjas de colores en el centro y en los extremos, estos últimos con flecos. En su mano derecha sostiene una larga aguijada, con la que guía sus bueyes, ya sea en el camino o en el arado. Las sandalias suelen estar hechas de lienzo fuerte y áspero, sujetas en los tobillos con correas. Estas sandalias también son usadas universalmente por los campesinos en la provincia de Granada.

Nº10. ¡He aquí un campesino de Aragón! Alto, robusto y bien formado, conserva ese aire libre y abierto que lo distingue entre todos los campesinos españoles. Sin embargo, a su frente habría que añadirle un leve grado de altivez. Al igual que los antiguos montañeses escoceses, sus miembros están libres y sin estorbos por el vestuario, y lleva al hombro izquierdo una gran azada, el principal instrumento utilizado para cultivar los viñedos o las laderas irregulares de las colinas. Si estos campesinos fueran dirigidos por hombres dignos de mandar, cada pueblo de Aragón rivalizaría con Zaragoza.

Nº11. La esposa de este campesino aragonés parece poseer la misma paciencia y fortaleza que él. Equilibra sobre su cabeza una gran jarra de agua, mientras lleva otra en cada mano. Su cabello recogido y adornado con una horquilla recuerda al viajero el tocado de las mujeres de Malabar o de las malayas.

Nº12. No es solo el campesino de Cataluña quien vierte el vino de esta manera directamente en su garganta; es una costumbre común en varias partes de España. Puede verse a madres dando de beber así a niños muy pequeños. Pretenden que la sed se sacia más fácilmente de este modo, y que el líquido, al caer sobre la lengua y la garganta, produce una excitación mayor y más placentera que cuando se bebe de la manera habitual. Es evidente, por el rostro de este campesino y por la azada que ha dejado a un lado, que su labor diaria ha terminado, y que no es agua lo que cae en su boca en tan pequeño chorro.

Nº13. Reconozco en esta figura a uno de mis tres amigos que me encontré cerca de las puertas de Córdoba. Alternando entre contrabandista y bandido, elude o desafía la persecución, dependiendo del número de sus cómplices. Su trabuco está cargado de balas, y dos pistolas se clavan en su faja, que también contiene pequeñas bolsas para su munición, su dinero y el eslabón para encender fuego. En su boca lleva un cigarro, el mayor lujo del campesino español, o más bien, de los españoles de toda clase. Al estar frecuentemente expuestos al peligro y acostumbrados a recorrer montañas y bosques en plena noche, estos hombres adquieren hábitos de la mayor rudeza, y a veces se reúnen en tal número que, por un tiempo, desafían al poder civil.

Nº14. El aire de esta mujer, su actitud, su vestido, anuncian a la esposa o a la amante del contrabandista. No requiere mayor comentario.

Nº15. En otros tiempos, este era el héroe de las corridas de toros. En su mano izquierda sostiene la capa con la que engañaba, y la espada con la que atravesaba al noble animal que yace muerto tras él. Se señala con su mano derecha y reclama los aplausos de los espectadores. El rostro, el aire y el vestido de esta figura son auténticamente andaluces.

Nº16. Este es un caballero armado para enfrentarse al toro, mientras ordena que le traigan su caballo. Sus extremidades están prácticamente enfundadas y acolchadas con diversos artículos, tanto para resistir los cuernos del toro como para evitar ser aplastado en caso de que su caballo sea derribado. La lanza que sostiene en su mano izquierda parece más adecuada para herir e irritar que para matar a su fiero antagonista.

Nº17. Aquí contemplamos a una belleza española, tal como aparece vestida de gala en las murallas de Cádiz. Su mantilla ha sido reemplazada por un velo ligero de encaje y un gran chal francés, que ya no está de moda. Se dice que las mujeres de Cádiz tienen un aire y un caminar más elegantes que las de cualquier otra parte de España, y esta figura parece ser digna representante de su apariencia general. Se prepara para cerrar su abanico con destreza, con el movimiento de su dedo y la mirada de sus ojos.

Nº18. Este es el traje exacto de un hombre algo por encima de las clases bajas, vestido con su atuendo de fiesta. Su gorra de seda, su manto nuevo, dispuesto con arte para lucir su figura, y sus calzones adornados; la posición de sus manos y sus ojos dirigidos hacia un objeto favorito, muestran a un joven plenamente satisfecho con su propia apariencia y deseoso de transmitir una impresión similar a los demás. De no ser por el cigarro en su boca, el retrato estaría incompleto, pero eso lo remata. Entre los de su clase, este hombre será admirado o envidiado.

Nº19. Un arriero o mulero de la provincia de Castilla la Vieja. La delgada vara en su cinturón es todo lo que usa para guiar sus mulas. Este vestido, en su mayor parte hecho de cuero marrón, no es exclusivo de Castilla; es en general el de los arrieros españoles.

Nº20. Esta campesina está ataviada con sus mejores galas y lista para el baile. La expresión de su rostro y la posición de sus manos parecen indicar que ha estado esperando a su compañero y le está reprochando su tardanza. El sonido de la gaita y las castañuelas, junto con la presencia de su amado, pronto disiparán el leve disgusto visible en sus labios.

Nº21. Este mulero de Málaga lleva, como el anterior, una vara delgada que denota su ocupación; pero la decencia general de su vestuario evidencia la prosperidad de una ciudad comercial y la cercanía de un mercado inglés. En lugar de cuero, su chaqueta y calzones están hechos de paño inglés, y su faja y bolsa están elegantemente adornadas. Se niega rotundamente a entregar las mercancías que lleva detrás hasta recibir el precio que considera justo.

Nº22. Este matón de Sevilla parece preparado, por su actitud y aire, para ofenderse ante el más mínimo insulto, o más bien para provocarlo. Su larga espada, que queda medio oculta bajo la capa, está al servicio de cualquiera por una módica suma de dinero. Se alquila para derramar sangre, y muchas de las cruces que marcan las estrechas calles de Sevilla son trofeos de sus hazañas nocturnas.

Nº23. Un joven campesino de Valencia, con su traje de fiesta y aparentemente a punto de visitar a su amada, si es que no está ya cerca. Solo por un ser querido se habrán dispuesto estas flores con tanto esmero. Quizás indiquen que su oficio es el de jardinero; y no serán menos apreciadas por haber sido cultivadas y recogidas por su propia mano.

Nº24. El vestuario de esta figura y la anterior evidencia una influencia similar al que antes predominaba en las Tierras Altas de Escocia. La anterior mostraba al campesino valenciano con sus mejores galas; aquí se presenta en ropa de trabajo. Una túnica y una manta forman su única vestimenta, y cuando la ladea, lo deja libre de impedimentos. Su pipa, cuyo caño está hecho de caña, sirve para distinguirlo aún más de los campesinos de la mayoría de las otras provincias, donde el tabaco se consume enrollado en hoja o en papel. Concluimos con esta figura, que en general no carece de interés.

Capítulo I
Viaje a Lisboa, Lisboa, voluntarios portugueses

Los grandes acontecimientos ocurridos en España en el año 1808 habían alterado por completo, en muchos aspectos, las relaciones entre este país y las colonias españolas. Yo deseaba presenciar los efectos producidos en Cádiz y Sevilla, las dos ciudades que antes estaban más vinculadas al comercio colonial, y esperaba que incluso un estudio rápido me brindara nuevas perspectivas que no podría obtener en ningún otro lugar. Con esta intención, partí de Falmouth el 2 de enero de 1809 en el paquebote con destino a Lisboa. Zarpamos al atardecer con una brisa moderada del noroeste, que continuó toda la noche. A las doce del día siguiente, nuestro viento favorable cesó, y poco después comenzó a soplar con considerable fuerza desde el sur-suroeste.

El viento continuó en contra, pero de manera moderada, hasta el día 7, cuando sopló un vendaval desde el suroeste. Fuimos arriando todas las velas una tras otra, y finalmente quedamos también a la merced de las velas de estay principales y mesanas. El mar era tremendo. Hacia la mañana, una ola se abalanzó sobre nosotros, llevándose varias de nuestros puntales a babor y ocasionando una confusión infinita a bordo. Al amanecer, bajamos las velas de gala, y poco después nos preparamos para bajar las del mástil superior, cuando el vendaval mostró señales de amainar; y por la tarde logramos volver a izar las velas de gala y colocar las velas superiores con doble refunda.

Continuamos de este modo, con vientos constantemente en contra, aunque no violentos, hasta la noche del 21, cuando de repente comenzó a soplar violentamente desde el oeste-suroeste, aumentando gradualmente hasta convertirse en un vendaval perfecto, acompañado de relámpagos intensos y fuertes chubascos de lluvia. Volvimos a bajar las velas de gala, y nos recostamos también bajo las velas de estay principales y mesanas hasta el mediodía siguiente, cuando el viento se volvió más moderado.

Hacia el atardecer del día 23, arribamos a tierra en la costa de Portugal, entre Aveiro y el cabo Mondego. La costa aquí era de altura considerable. Cuando estábamos a unas cuatro leguas de la costa, sondeamos y encontramos fondo a setenta y cinco brazas, y continuando sondeando dos veces más, encontramos fondo a cincuenta, y finalmente a treinta brazas. En la tarde del 25 llegamos a cabo Finisterre; al amanecer del 26 vimos enfrente las Berlengas, y al día siguiente, la roca de Lisboa.

Al amanecer del día 28, se acercó una barca de pesca de la que tomamos un piloto. Casi un mes había pasado desde nuestra Salida de Inglaterra, y por el estado en que se entendía que estaban los asuntos en España, nuestra ansiedad por conocer el destino del ejército inglés bajo el mando del general Moore era muy grande. La información que obtuvimos de nuestro piloto fue, sin embargo, muy insatisfactoria. Algunas de las tropas inglesas habían marchado hacia las fronteras, otras estaban embarcadas y listas para zarpar. Los franceses habían obtenido rápidamente posesión de toda Galicia, pero luego fueron expulsados por españoles y portugueses. Dos cosas, sin embargo, eran ciertas: los comerciantes ingleses en Lisboa estaban embarcando sus pertenencias, y los habitantes estaban todos armados o en proceso de armarse.

De estas circunstancias no se derivó ningún augurio favorable, y pasamos el día en una variedad de conjeturas.

No fue hasta la mañana del 29 que entramos en el Tajo, pasando cerca de las arenas situadas en su desembocadura, sobre las que las olas rompían casi constantemente con gran violencia. La bandera portuguesa ondeaba nuevamente en el fuerte San Julián. Mientras navegábamos por el Tajo, pasamos un gran número de transportes anclados y llenos de tropas. Esto no tenía buen aspecto, y antes de desembarcar, nueve pasajeros ya habían subido a bordo y con gran entusiasmo aseguraron su pasaje a Inglaterra en el paquebote.

Al mediodía me encontré una vez más en tierra en la península sur de Europa. Era domingo, y en Lisboa antes era el día más festivo de la semana, pero ahora todo era tedioso y silencioso. Me dirigí al mismo lugar donde me había alojado antes; pero el antiguo dueño, en medio de los diversos cambios de partidos, había tenido que escapar, y ahora estaba en manos de un extraño que, consciente de la precariedad de su posesión, no se arriesgaba en gastos; la casa, por lo tanto, fría y triste, y la semana de estancia en Lisboa me confirmó que esta circunstancia era general.

Con respecto a los comerciantes británicos de Lisboa, aún no se conocía el alcance total de las desgracias en Galicia; pero se entendía que nuestro ejército se había retirado; que la caballería y las tropas ligeras francesas estaban haciendo incursiones cerca de las fronteras de Portugal, e incluso se decía que habían penetrado hasta Oporto. El papel moneda del gobierno estaba depreciado en un treinta por ciento, mientras que el afán general por transferir propiedades a Inglaterra ocasionó que las letras sobre ese país tuvieran una alta prima. Todos los ingleses era muy conscientes de que, en caso de que los franceses entraran en Lisboa, su propie-

dad sería el primer objeto de búsqueda y confiscación, y que incluso sus negocios, pacíficos y mercantiles, podrían no ser suficientes para proteger su persona del encarcelamiento. Por lo tanto, se pueden imaginar fácilmente las dudas, la incertidumbre, la alarma, la confusión que prevalecía. Mientras este era el estado de los residentes ingleses, los naturales presentaban un cuadro diferente y más interesante; igualmente en suspenso, igualmente en confusión, igualmente ansiosos ante cada nuevo rumor, estaban, sin embargo, encadenados al lugar por lazos insuperables y obligados a esperar en su puesto el resultado de la contienda. De ahí una extraña mezcla de pasiones: rabia contra los franceses que avanzaban, rabia contra los ingleses que se preparaban para abandonarlos. La primera era abierta y manifiesta; la segunda, secreta y disimulada, pero solo esperando el último momento del embarque para revelarse en toda su locura. El conflicto de pasiones encontradas terminó en un estallido de patriotismo. Cuando ya no pudo ocultarse que los ejércitos inglés y español en Galicia se estaban retirando; cuando se hizo evidente que la fuerza inglesa en Lisboa estaba haciendo todos los preparativos para embarcarse a la mayor brevedad; y que aquellos regimientos que habían marchado hacia las fronteras se retiraban rápidamente sin haber encontrado al enemigo; entonces el gobierno hizo un llamamiento animado a la antigua gloria del nombre portugués y los exhortó a afirmarla. El entusiasmo creado por tales llamamientos y por la necesidad fue muy grande; pero si los franceses hubieran avanzado, en mi opinión, les habría resultado menos fatal a ellos que a los rezagados de la retaguardia inglesa. Afortunadamente, esto no se puso a prueba.

Las calles, las plazas, los muelles, estaban llenas de filas de voluntarios, cuyos armamentos, equipos y movimientos eran muy

diversos y extravagantes. La mayoría llevaba picas; algunos estaban armados con mosquetes, otros con bayonetas montadas en palos, algunos con espadas cortas, dagas, pistolas o incluso con una sola pistola. Aquí y allá en las filas se podían ver albardas y picas de curiosa y antigua fabricación, que probablemente habían sido usadas en las guerras del siglo XV, y después de haber estado mucho tiempo cubiertas de polvo y penumbra, ahora eran sacadas a la luz. La variedad de los hombres era tan diversa como sus armas: altos y bajos, flacos y corpulentos, ancianos y jóvenes, todos estaban lado a lado. Al sonido de la orden, algunos giraban hacia la derecha y otros hacia la izquierda, algunas partes de la línea avanzaban mientras otras permanecían inmóviles. En resumen, todo era ridículo excepto su causa, y esa era lo más sagrado.

Es preciso prestar atención a este o a alzamientos similares para darse cuenta de la locura de intentar defender con ellos un país contra una fuerza regular. En una ciudad o un paso, pueden ser de gran utilidad, pero en el estado actual de la ciencia militar, un estado que confía en ellos en gran medida para su seguridad, cuando llegue la hora del peligro, perderá inevitablemente. El elemento clave de los soldados valiosos es la bayoneta: ¿cómo se puede esperar entonces que nuevas tropas de ciudadanos pasen esta prueba al enfrentarse a un enemigo? Y deben hacerlo, viendo que no tienen otra arma que las manos, una pica, una albarda o una espada.

Pero la multitud de Lisboa estaba armada y decidida a demostrar que podía hacerlo. Cada noche, al menos un francés, o uno sospechoso de serlo, era descubierto y arrastrado a prisión, donde generalmente solo llegaba su cuerpo sin vida. Yo mismo fui testigo de un inglés siendo asesinado de esta manera, y luché en vano por salvarle la vida. ¡Un inglés! —exclamas—. Sí, lector, un

inglés. Fue un domingo por la tarde, y yo caminaba por la calle principal, cuando, habiendo avanzado un poco más allá de las oficinas del general inglés, escuché los gritos de una gran multitud. Se acercaron más, y pronto me encontré rodeado por una muchedumbre furiosa arrastrando a un desdichado vestido con ropa inglesa; su rostro estaba desfigurado por sangre, apenas podía tambalearse debido a los golpes que había recibido. Le pregunté cuál era su crimen. Me dijeron que era un francés; pero un oficial inglés que estaba en la multitud exclamó que era su criado, y trató de razonar con algunos que parecían ser líderes de la turba. Al enterarme, hice todos mis esfuerzos para acercarme al desafortunado y, justo a tiempo, me apoderé con ambas manos de una pica, que algunos valientes portugueses desde atrás intentaban clavarle en la espalda. Llamé al oficial para que me ayudara y me respondió que era el mandato estricto del general de que ningún inglés debía intervenir, y me aconsejó que cuidara de mi propia vida. Estaba rodeado de picas, espadas y dagas, que parecían lanzarse en todas direcciones, como si fuera por locura o intoxicación. A pesar de luchar, fui derribado y casi pisoteado por la multitud, y logré escapar con dificultad. Al día siguiente me informaron de que el desdichado había sido asesinado durante la noche. Y todo esto ocurrió a menos de cien yardas de las oficinas inglesas.

Los portugueses, al estar armados y el enemigo alejado de sus puertas, comenzaron a vanagloriarse. Cada hombre, al encontrarse con una arma en sus manos, posiblemente por primera vez, la usó para mil actos de heroísmo. El tema de sus discusiones era no solo lo que iban a hacer, sino también lo que ya habían hecho contra los comunes enemigos de Europa. Habían ganado (en conjunto con sus aliados ingleses) la batalla de Vimeira. Fue un

soldado portugués quien capturó al general Brenier, y habían vencido a los franceses en Oporto. Para evitar cualquier duda sobre estos hechos, se encontraba en cada tienda un grabado de la batalla de Vimeira, que representaba a los terribles dragones portugueses cargando contra el enemigo y llevándose al menos la mitad del mérito de la victoria. No sé cuál fue la mayor dificultad para el valiente ejército que ganó esa batalla: detenerse en el camino de la victoria, o ser caricaturizado por tales compañeros.

El entusiasmo de los soldados se comunicó a los niños de Lisboa. Pequeños grupos infantiles se divertían en las calles con banderitas de papel y pistolas de madera. Revelaban una imagen interesante de la facilidad con la que la generación ascendente adopta, con gran entusiasmo, el espíritu predominante de las que les preceden. Cuando rompían filas, se formaban, cargaban, giraban a derecha e izquierda, bajo el mando de sus insignificantes oficiales, y imitaban con fidelidad, como un entretenimiento, lo que veían practicar diariamente como una ocupación seria. Pero tal vez la novedad de esta actividad para sus padres fue la causa de que la abrazaran con tanto entusiasmo: los hijos de los soldados rara vez juegan a ser soldados.

En las calles, si la gente se reunía, no era para presenciar un fandango rudo o escuchar viejas melodías en la gaita celta. Las noticias del día, más cambiantes que el viento que pasaba, o una canción nacional llena de honor portugués y cobardía francesa, reunían a la multitud en diversos grupos. Armas de todo tipo eran los grandes objetos de venta. En cada puesto, montones de balas de pistola y mosquete, recién fundidas, estaban apiladas junto con pedernales, martillos, tornillos y viejas armas oxidadas, que, aunque nunca habrían sido utilizadas en el presente conflicto, ahora estaban disponibles.

A diferencia de los españoles en la mayoría de sus ciudades (excepto Cádiz), donde los espectáculos fueron suprimidos al comienzo de la revolución, Lisboa aún mantenía su teatro. Los primeros enviaron a sus actores, sus malabaristas, sus bailarines y sus bufones, al ejército; pero los segundos, aunque su príncipe había sido expulsado al exilio, ni siquiera pensaron en aprobar tal decreto. Sin embargo, las representaciones eran muy diferentes de las de tiempos anteriores. En lugar de un edificio lleno de público, encontré solo una asamblea pobre y escasa; y en el escenario donde Catalani solía maravillar, dos personajes viejos bailaban un fandango indecente, poco adecuado para las circunstancias del momento. El oído, en compensación, era aturdido por canciones patrióticas. El nombre de su enemigo ofrecía una fuente inagotable de ingenio. Él era «bono tirano», pero «mala parte». El humor sin duda era exquisito, pero los franceses, a pesar de todo, estaban en las fronteras de Portugal.

Los ingleses han apoyado una Regencia odiosa para el pueblo, y han perdido más con ella, y con la Convención de Cintra, que la victoria obtenida en Vimeira. Los franceses están atacando en todas direcciones a instituciones antiguas y corruptas, listas para colapsar por su propio peso. Nosotros las sostenemos con toda la fuerza de Inglaterra; la consecuencia natural es que el pueblo de la mayoría de los países execra a los franceses, pero les resulta difícil condenar muchas de sus medidas; mientras que, por el contrario, los ingleses son, en general, muy queridos, y sus medidas condenadas. El anterior gobierno de Portugal, del cual la actual Regencia es representante, fue un gobierno muy malo. Sus opresiones e ignorancia eran notorias. Sin embargo, nos hemos vinculado a este gobierno, y no directamente al pueblo. No hacemos apelaciones, por así decirlo, de nación a nación. Todo lo que deci-

mos llega al pueblo a través de magistrados, que no son amados ni respetados más allá del poder arbitrario que detentan.

A principios de febrero, antes de que el destino del general Moore[34] fuera conocido en Lisboa con certeza, tan lamentable era la falta de información, que aún no se había establecido ninguna cadena de correos; ni siquiera se habían tomado las precauciones comunes para obtener información. Después de semanas de ignorancia e incertidumbre, se envió la goleta de guerra Nautilus a La Coruña para recabar noticias, pero al cabo de quince días aún no había regresado. Ahora, sin embargo, ya no quedaba duda que el general Moore había caído, que su ejército había embarcado, y que los regimientos ingleses que habían sido enviados al frente regresaban a marchas forzadas. Sin embargo, parecía que aún no se había adoptado ningún plan decidido. Hoy la caballería se embarcaba y al día siguiente se ordenaba desembarcar; todo movimientos parciales; la mayor parte de la fuerza inglesa continuaba estacionada en Lisboa.

Quizás a algunos les parezca extraño que catorce mil soldados valientes fueran transportados a través del mar a un costo enorme, únicamente para guarnecer Lisboa. ¿Era el objetivo defender esta ciudad después de que el resto de Portugal hubiera sido so-

[34] En 1808, el general John Moore llegó a la Península Ibérica al mando de un ejército británico de unos 30.000 hombres, con la misión de apoyar la resistencia española contra la invasión napoleónica. Su decisión más señalada fue ordenar la retirada hacia La Coruña en diciembre de 1808. Esta marcha extraordinariamente difícil de más de 400 kilómetros, a través del territorio montañoso de Galicia en pleno invierno, se llevó a cabo bajo condiciones climáticas adversas y la constante persecución de las tropas francesas. Moore murió en la batalla de La Coruña el 16 de enero de 1809, justo cuando las fuerzas británicas lograban embarcar hacia Inglaterra.

metido, convirtiéndola en otra Zaragoza? No; el Tajo estaba lleno de transportes, y las tropas estaban en constante preparación para embarcarse. ¿Era para alentar al pueblo a la resistencia? La intención de abandonarlos ante la primera aproximación de la fuerza enemiga era demasiado bien conocida. Pero suponiendo que cualquiera o ambas de estas intenciones fueran realmente las pretendidas, ¿no habría sido mejor avanzar toda la fuerza británica a lo largo del Tajo, hasta donde casi se vuelve vadeable? El flanco derecho del ejército habría estado así en perfecta seguridad, y podría haberse tomado una posición para defender la península de la Extremadura portuguesa. Lisboa habría sido protegida, y los portugueses alentados.

Como una de las preparaciones para la retirada, los ingleses ya habían embarcado a más de quinientas mujeres asociadas a su ejército. La fuerza francesa completa, bajo el mando del general Junot, cuando embarcó, apenas contaba con doscientos hombres; la comparación ciertamente no favorecía a los franceses.

Los franceses, cuando estuvieron en Lisboa, aplicaron una política estricta. Limpiaron las calles de un número infinito de perros que solían infestarlas, y obligaron a los habitantes a remover los inmensos montones de inmundicia, que en muchos lugares habían estado acumulándose durante años. Pero estas regulaciones saludables ya no se observaban. El número de perros comenzaba a aumentar, la inmundicia se acumulaba por todas partes otra vez; y toda la noche el continuo chapoteo de las descargas desde las ventanas de los áticos resonaba por las calles, y molestaba a los transeúntes. Estas duchas insalubres, es cierto, generalmente iban acompañadas de los gritos melodiosos de «¡Agua va!» pero muy a menudo el golpe precedía al aviso, que parecía haberse dado solo en son de burla.

Después de muchos retrasos debido a la confusión en las oficinas públicas, finalmente conseguí mis pasaportes para viajar por correo a Sevilla. Fui fuertemente disuadido por los empleados del embajador inglés de continuar en esa dirección, que me presentaron como muy peligroso. Me dijeron que no podían responder por la disposición incluso de los propios portugueses. Sin embargo, confiando más en mi propia idea del estado del país que en las ignorantes preocupaciones mantenidas en Lisboa, me preparé para abandonar esta metrópoli. Le eché una última mirada. Vi a un pueblo armado, pero sin jefes que poseyeran ciencia alguna; suficientemente entusiasta mientras el enemigo está a distancia, pero sin ofrecer razones al observador sereno para esperar una resistencia valiente cuando este se acerque. El tumulto y la ferocidad de la turba contra individuos desarmados, solo pueden llevar a la cobardía en el campo ante un enemigo disciplinado. Vi un gobierno odiado, pero claramente obedecido; y esto fue para mí una especie de clave del carácter nacional, donde los derechos hereditarios de la tiranía entre los grandes, y los largos hábitos de servidumbre en la multitud, componen los rasgos principales. Pero el pueblo está despertando; se les ha llamado; están armados ¡y poco a poco los hábitos de la libertad surgirán entre ellos!

—Jamás. Esta nación, con todos sus antiguos ritos, sus supersticiones y sus prejuicios de tres siglos, está en decadencia. Para producir algo bueno, toda la raza debe renovarse. Su entusiasmo actual, generado por la presión y la coincidencia de circunstancias maravillosas, no me prueba nada. Cuando la primavera trae días cálidos, cuando brotan las hojas y cantan los pájaros, no sorprende ver una sonrisa en la mejilla de la vejez; pero deducir de esa sonrisa mil tiernas esperanzas, soñar futuros años de actividad y esfuerzo superiores al pasado, sería infantil en extremo. No

nos engañemos: aunque la nación portuguesa realizara en Europa hazañas comparables a las registradas en su historia desde los tiempos de Viriato, esas gestas no alcanzarían las expectativas románticas que Inglaterra se ha forjado sobre ellas.

Capítulo II

Ruta de Aldea Gallega a Elvas, Badajoz y a través de Sierra Morena a Sevilla

El 5 de febrero crucé el río Tajo con una brisa agradable, rumbo a Aldea Galega. Llevaba una silla de montar inglesa, y detrás iba mi capa enrollada. También llevaba fundas con pistolas para mi propio caballo. Mi guía cargaba un baúl de cuero donde iba todo mi equipaje. En dos horas, me encontré nuevamente en la orilla sur del Tajo, en Aldea Galega. Cuando antes vi este lugar, como el primero de Portugal, excepto Lisboa, no pude sino considerarlo un pueblo miserable. Ahora, sin embargo, lo veía como un lugar de unas doscientas casas, y de cierta importancia. Al desembarcar, la primera imagen que me impactó fue una columna de unos cien picadores marchando en formación, y un sacerdote muy respetable armado con un mosquete en la línea de la primera fila.

Como nunca antes había visto a un fraile tan bien ocupado, no pude menos que considerarlo un buen síntoma; pero en la retaguardia de la columna pronto me encontré entre soldados de verdad. Un regimiento inglés que regresaba de la frontera buscaba alojamiento, y las calles estaban llenas de ingleses. Sin embargo, no me detuve mucho tiempo. En media hora, mi caballo y mi guía estaban listos, y tomé el camino real hacia Badajoz.

Habiendo anteriormente realizado este viaje, decidí avanzar hacia la frontera de España lo más rápido posible, para recuperar el tiempo perdido en Lisboa. Inmediatamente después de salir de

las calles de Aldea Gallega, entramos en una llanura arenosa, que sin embargo, a lo largo de dos leguas, está cubierta de pequeños pinos, ahora en pleno verdor, ofreciendo un encantador contraste con la arena en la que crecen. A la derecha, en la cima de una cadena de colinas, se ve el pueblo de Palmero, situado de manera pintoresca y en apariencia un lugar fortificado, o que podría serlo fácilmente. En la base opuesta de esta cadena se encuentra San Ubes. Después de dejar este bosque de pinos, las tres leguas restantes hasta Los Pregones transcurren por un campo abierto pero irregular, donde predomina la arena. Ya era de noche cuando llegamos a Los Pregones, un grupo de tres o cuatro casas miserables, donde la presencia de un inglés viajando en posta ya comenzaba a despertar cierta curiosidad.

Desde los Pregones, cuatro leguas nos conducen al pequeño caserío de las Ventas Nuevas, que es otra posta. Aunque eran las once de la noche y llovía intensamente, como había luna llena, decidí avanzar tres leguas más hasta Montemor Novo, donde llegué alrededor de las dos de la madrugada. Como me proporcionaron un caballo excelente y los caminos aún no estaban muy dañados por la lluvia, aproveché la luz de la luna y, cabalgando el resto de la noche llegué al amanecer a Arrayolos, otra etapa de tres leguas. En el ajetreo del viaje, antes había considerado Arrayolos como poco más que una casa de postas, y ahora descubrí que era un pueblo considerable, incluso una ciudad pequeña, con dos iglesias y las ruinas de un antiguo castillo en una colina a la izquierda. Dentro del recinto de las antiguas murallas, descubrí una casa moderna, emplazada como si el heredero de los antiguos señores feudales la hubiera construido para reafirmar los derechos que, sin duda, consideraba suyos. Aquí descansé varias horas, detenido por la falta de caballos y desayuné café y pan en

una pequeña tienda que me señalaron. Me hicieron muchas preguntas sobre la situación general, pero en su mayoría eran triviales y demostraban poco interés por parte de la gente en lo que ocurría a su alrededor.

Desde Arrayolos, tres leguas hacia el mediodía me llevaron a Venta del Duque, una casa de postas solitaria en la cima de una colina, en medio de un paisaje agreste y boscoso. Esta posta está apartada del camino principal, al que descendimos nuevamente a través de campos y plantaciones de olivos. En una colina al sur se alza la ciudad de Egremonte, de aspecto pintoresco, rodeada de murallas y torres antiguas.

Desde Venta del Duque hasta Estremoz hay tres leguas, a través de un paisaje variado, donde los signos de cultivo aumentan a medida que nos acercamos a este último lugar. Estremoz está situada en un terreno suavemente elevado, rodeada de fortificaciones que revelan épocas anteriores del arte militar. La zona alrededor de la base de esta altura es generalmente fértil y bien cultivada. Aquí no me detuve mucho, y dos leguas cortas me llevaron a Alcravizas, una casa simple de postas, pero que, por los excelentes caballos que se conseguían, mostraba signos de estar cerca del territorio español.

Ya había anochecido cuando llegué a Elvas, cuatro leguas más adelante, y las puertas de la ciudad estaban cerradas. Hicieron falta largas negociaciones, mensajes de ida y vuelta e intercesiones persistentes antes de que esta imponente fortaleza accediera a abrir sus puertas para admitir a un solitario viajero inglés y a su guía. Al acercarnos, pasamos bajo un noble acueducto morisco, con hileras de arcos elevados, que demuestra claramente la importancia que los moros otorgaban a este lugar en el pasado.

En su estado actual, Elvas es sin duda una fortaleza de al menos segundo orden en Europa, pero ya no está conectada con el territorio circundante por aquellos lazos que son los únicos que dan valor a una ciudad fortificada frente a un ejército que controle el resto de Portugal. ¿De qué serviría la resistencia de Elvas en tal caso? O, si ese enemigo poseyera solo Elvas, ¡qué pocas ventajas podría obtener!

En épocas pasadas, si un gobierno construía una fortaleza, se consideraba una regla del arte, y obligación del gobierno vecino, construir otra; y así hasta el infinito. De acuerdo con esta regla, Elvas y Badajoz parecen haber sido colocadas en oposición, en Portugal y España. La vista desde las alturas de Elvas es encantadora; se extiende principalmente sobre una llanura inmensa y fértil, bordeada aquí y allá por cadenas montañosas secundarias que aparecen en el horizonte, especialmente al norte y al este, como islas en el mar. Aquí no vi entusiasmo; ningún indicio de preparativos bélicos, excepto la guardia habitual necesaria para sus fortificaciones. Confiados en ellas, los habitantes parecían envueltos en una profunda apatía; y considerando que, no hacía mucho, habían sido tomados por unos pocos cientos de soldados alemanes al servicio de Francia, liberados solo después de la batalla de Vimeiro, no es un hecho que sorprenda.

Dejé Elvas el día 7, dos horas después del amanecer. Al mirar atrás, la ciudad presenta desde cualquier punto un aspecto grandioso e imponente, visible hasta que nos acercamos a Badajoz. Una llanura de tres leguas la separa de esta última ciudad; o más bien, comenzamos a adentrarnos en las llanuras de la Extremadura española, limitadas solo por el horizonte o, ocasionalmente, por grupos de montañas. La guardia portuguesa que antes marcaba la frontera entre los dos reinos había sido retirada; y una

choza, ocupada por una anciana que vendía pan, fruta y vino, ocupaba de manera más útil y marcaba el lugar. Crucé el pequeño arroyo que forma la línea de demarcación y entré nuevamente en España, lleno de mil esperanzas y temores sobre el estado en que podría encontrarla. Excepto la choza mencionada, no hay rastros de habitación humana entre las dos fortalezas, e incluso hasta estar cerca de Badajoz, buscamos en vano señales de cultivo.

Badajoz es la corrupción morisca del antiguo nombre latino Pax Augusta. Se encuentra en la orilla sureste del Guadiana; y al venir desde Elvas, cruzamos ese río por un hermoso puente de piedra, construido siguiendo el modelo romano, que consta de veintiocho arcos circulares, el más grande, en el centro del río, parece tener unos ochenta pies de diámetro, y el más pequeño, bajo el que pasamos, unos veinte pies. La longitud total difícilmente puede ser menor a seiscientas yardas, y está completamente pavimentado con piedra labrada. Su anchura es de unos veinticuatro pies, y según una inscripción cerca del centro, fue terminado bajo el reinado de Felipe II en el año 1596. A algunos de los antiguos restos de fortificaciones se han añadido otros de estilo moderno, lo que hace a Badajoz capaz de cierta defensa. A poca distancia río sobre la ciudad, el Evora desemboca en el Guadiana, aumentando considerablemente el caudal de este último.

Badajoz conserva vestigios de romanos, godos y moros en pilares dispersos, arcos y restos de muros; pero ningún edificio completo, ni siquiera una ruina que pudiera descubrir o de la que tuviera noticia merecía especial atención. La catedral, que es el principal edificio existente, es cargada y de un estilo muy pobre.

La población de Badajoz se calcula en unos diez mil habitantes, y me alegró observar en ellos al menos síntomas y un aparente

espíritu de resistencia. En algunas partes reparaban las fortificaciones, en otras levantaban nuevas obras exteriores y completaban las empalizadas, que antes estaban en un estado lamentable de deterioro. Quizás me resultó aún más grato ser saludado en la calle con respeto como inglés, una muestra de estima que nunca había encontrado, ni visto practicar a otros, entre nuestros buenos aliados los portugueses.

Dejé Badajoz la misma tarde de mi llegada. Un recorrido de cuatro leguas por un paisaje monótono, casi sin rastros de cultivo, nos lleva a Albuera, un lugar con unas ciento cincuenta casas, la mayoría muy miserables, que coinciden con el aspecto general de sus habitantes. Una antigua iglesia, con una fachada medianamente atractiva, parecía ser el único objeto de mínimo interés. Al no encontrar aquí buenas posadas y como aún no había anochecido, continué hacia Santa Marta, otra posta de tres leguas, un lugar de extensión y apariencia similar a Albuera.

La oscuridad y la fuerte lluvia me impidieron observar la última legua del camino; antes del atardecer fue fácil de observar, por el aumento del tamaño de las colinas, que nos acercábamos a las estribaciones occidentales de Sierra Morena. Durante todo el trayecto de esa tarde, desde Badajoz hasta Santa Marta, me crucé con grupos sucesivos de hombres armados que se dirigían a unirse a las fuerzas que se concentraban en Badajoz. No faltaban los vivas que me lanzaban: «¡Viva Inglaterra!», los cuales, por supuesto, correspondía con «¡Viva España!».

Durante la cena, no pude evitar sonreír ante el ingenio con el que me sirvieron tres platos: primero, pan picado con ajo y aliñado como una ensalada, aunque con gran cantidad de agua; luego, huevos duros sazonados con aceite, ajo y tomates como segundo plato; y finalmente, una tortilla de huevos que concluyó la comi-

da. La familia me atendió con suma dedicación, y no hubo manera de convencerlos de que comieran antes de que yo terminara. Llovió sin cesar durante toda la noche.

En la mañana del día 8, partí de Santa Marta. Desde allí hasta Los Santos de Maimona hay una posta de cinco leguas. Al principio, el paisaje consiste en pequeñas colinas redondeadas pero completamente desnudas, hasta que, tras avanzar unas dos leguas, nos encontramos al pie de las estribaciones de Sierra Morena, donde el terreno comienza a elevarse en alturas escarpadas. En la cima de una empinada colina cónica a la derecha, a mitad de camino entre Santa Marta y Maimona, se alza el castillo de Feria, al alcance de cañón del camino, y más abajo, detrás de él, está el pueblo del mismo nombre. Los sencillos campesinos de la zona consideran este castillo inexpugnable y un obstáculo insuperable para el avance de los franceses, en caso de que llegaran tan lejos; aunque no parece proteger ningún paso importante en estas montañas, ni siquiera en gran medida la carretera principal.

Al mediodía llegué a Los Santos de Maimona por un camino que, antes de entrar, serpentea casi rodeándolo. La población de este lugar puede calcularse en unos mil doscientos habitantes, y su aspecto general es superior al de cualquier otro pueblo en el camino entre aquí y Badajoz. La casa de postas era notablemente buena, y en su interior reinaba un grado de limpieza que incluso en Inglaterra habría llamado la atención. Al anunciarse que era inglés, la puerta pronto se vio rodeada de campesinos curiosos, mientras que algunos de los habitantes más distinguidos, con diversos pretextos, entraron en la casa y, después de saludarme con mucha cortesía, comenzaron a hacerme todo tipo de preguntas. Como los franceses aún no habían penetrado en estas montañas, la ansiedad de las mujeres era enorme por saber si existía alguna

posibilidad de que llegaran a Maimona. No ignoraban los excesos cometidos en Córdoba y Andújar por el ejército de Dupont, y su imaginación pintaba estos excesos aún con colores más sombríos, si cabe, de lo que habían sido. Cuando les aseguré que Inglaterra nunca abandonaría su causa mientras ellos permanecieran fieles a sí mismos, y les di esperanzas alentadoras para el futuro, su alegría fue indescriptible. Un grito general de «¡Vivan los ingleses!» estalló entre los presentes, mientras redoblaban su afán por ayudarme. Me insistieron en compartir el puchero familiar; uno tomó mi sombrero, otro mi capa, un tercero me acercó una silla, y un cuarto estiró mis guantes mojados sobre sus propias manos para secarlos al fuego.

Tras una hora de descanso, partí acompañado de muchos buenos deseos. Desde Maimona hasta Fuente de Cantos hay cuatro leguas, y la zona está más cultivada que cualquier otro punto entre este lugar y Elvas. A ambos lados del camino real, los campos verdes de trigo joven se mezclaban con espesos olivares, ofreciendo el encantador panorama de una vasta llanura fértil, rodeada por colinas pintorescas. Al acercarnos a Fuente de Cantos, se divisa claramente el pueblo de Bienvenida, a unas cinco millas al noreste, aparentemente un lugar de importancia, situado en un extremo de la gran llanura, cerca de las gargantas montañosas hacia Llerena.

En este camino observé por primera vez un número considerable de carretas estrechas de dos ruedas, tiradas por dos mulas. Incluso con estos vehículos toscos, dos mulas transportaban tanto como seis podrían llevar a lomo. Sin embargo, tal es la fuerza de las costumbres heredadas que, junto a estas carretas, vi recuas de mulas y burros cargados con artículos similares, guiados por arrieros. Los campesinos, en general, parecían robustos,

aunque no altos, y su vestimenta era casi uniformemente de un color pardo oscuro.

En cuatro horas llegué a Fuente de Cantos, aparentemente de tamaño similar a Maimona y rodeado de campos cultivados y olivares. La curiosidad de sus habitantes parecía, si acaso, mayor que la que había presenciado en Maimona, y el aspecto vivaz y agraciado de las mujeres resultaba particularmente llamativo. Aquí no hubo mucho que me detuviera. Faltaba más de una hora para el ocaso, así que partí hacia Monesterio, otra posta a tres leguas de distancia. Un niño pequeño me guió, tan joven que me sentí responsable de protegerlo. Tras avanzar aproximadamente una legua desde Fuente los Cantos, el paisaje se vuelve interesante y gradualmente gana atractivo a medida que nos acercamos a Monesterio. Las pequeñas colinas estériles y uniformemente redondeadas dan paso a elevaciones de formas variadas y a cadenas de montañas altas, cuyas cumbres solo son visibles intermitentemente entre las nubes. Comienzan a distinguirse pequeños bosques en los valles protegidos de las laderas montañosas, y a ambos lados del camino se dispersan diversas especies de robles, olmos, alcornoques y acebuches.

Desde Albuera, o quizás incluso desde Badajoz y las orillas del Guadiana, habíamos estado ascendiendo constantemente pero imperceptiblemente hasta ahora, cuando es evidente que nos acercamos a la cresta más alta de Sierra Morena que debemos cruzar en esta dirección. Hacemos un descenso para llegar a Monesterio. Llegué allí aproximadamente una hora después del ocaso, y por primera vez desde que dejé Badajoz, la guardia del lugar me detuvo para pedirme el pasaporte. Pero se mostraron fácilmente satisfechos y rápidamente me condujeron a la casa de postas, donde nuevamente encontré en cada persona la misma dis-

posición para ayudar a un inglés que había observado siempre desde el momento en que crucé el Guadiana.

No era una atención interesada, que busca cumplir órdenes con la esperanza de una recompensa futura, sino un entusiasmo genuino que me convencía cada vez más de cuán profundamente estaban grabados en cada corazón los servicios que Inglaterra había prestado a España. Tales son las ventajas que las naciones obtienen al actuar con principios grandes y generosos. Los sentimientos, no solo de estos campesinos, sino de la gran masa del campesinado español, sobrevivirán a muchas tormentas políticas y permanecerán fieles a Inglaterra en un futuro demasiado lejano para que podamos siquiera especular. El campesinado de todos los países forma la verdadera base de su fuerza. Sus prejuicios son fuertes, generosos y obstinados; y entre la caída de tronos y las vacilaciones pueriles de emperadores y reyes, es al menos reconfortante reflexionar que, en estos aspectos, el campesinado de la Península es decididamente inglés. Quizás sea cierto decir que solo Inglaterra podría destruir estos favorables prejuicios.

En Monesterio, la família, como de costumbre, cenó después que yo, y observé con agrado cómo los niños repetían sus oraciones y besaban las manos de sus padres antes de retirarse a la cama. Esta no era la primera vez que me llamaban la atención los numerosos puntos de semejanza en general entre los campesinos escoceses y los de muchas regiones de España. Los sombreros oscuros de los campesinos de Sierra Morena, la uniformidad de su vestimenta, varios de sus platos típicos, la disposición interior de sus viviendas, las costumbres domésticas de sus mujeres, su expresión, su porte, esa gravedad mezclada con un humor seco y una piedad sincera, todo tiende a recordarnos los rasgos más

característicos del campesinado escocés. En una ocasión, hice la misma observación a un español culto en Madrid, refiriéndome a algunos campesinos que había visto llegar desde diversas provincias. «Sin duda», respondió él con todo el carácter de un verdadero español, «¿acaso no sabe usted que en otro tiempo enviamos colonias a Escocia?».

Aquí estaban acuartelados cuatrocientos hombres del segundo batallón de Cantabria. Me informaron que el primer batallón se encontraba con el ejército, y al conversar sobre estos temas, descubrí que un regimiento inglés, el cuadragésimo, que recientemente había pasado por este camino rumbo a Sevilla, era objeto de admiración universal. Lo que principalmente despertaba el asombro, y la envidia de los reclutas españoles, parecían ser el uniforme y equipamiento de aquel regimiento; ni podían evitar contrastar su mísera indumentaria y escaso sueldo con los de sus nuevos aliados. Las mujeres quedaron particularmente encantadas; y descubrí que los músicos, con sus sombreros adornados de plumas, habían conquistado todos los corazones.

La muerte del General Moore y el reembarque de los ingleses aún no eran conocidos aquí, incluso por los mejor informados. Un emigrado francés de la Revolución, casado en España y oficial de cierto rango en el ejército español, me visitó y fue entonces cuando supo por primera vez estos trascendentales acontecimientos. El miserable sistema de mantener al pueblo en la mayor ignorancia posible persiste con la misma fuerza en el gobierno español que en épocas pasadas.

Este oficial me informó que había comandado la caballería de la retaguardia del ejército del duque del Infantado durante la retirada, cuando perdieron toda su artillería. «Mis hombres combatieron desesperadamente», dijo, «y dos veces hicieron retro-

ceder al enemigo; pero hubo una gran falla en algún lugar, pues toda la guardia bajo mi mando, encargada de cubrir la retirada de la artillería, no superaba los quinientos hombres». «Usted es francés», le dije, «y tiene medios para juzgar, dígame con franqueza ¿cuál cree que será el desenlace de este conflicto?». «Estoy convencido», respondió, «de que si España cuenta con el apoyo de Inglaterra, jamás podrá ser conquistada». Sabiendo cuán difícil es erradicar de la mente de un francés la idea de la gloria de su patria, me incliné a dar cierto peso a esta opinión.

El día 9 me vi retenido en Monesterio por lluvias tan persistentes que resultaba imposible siquiera salir. En la mañana del 10 partí, no sin antes recibir la insistente invitación de la familia que me había alojado para que considerara su casa como mi hogar si alguna vez volvía por ese camino.

A media legua de Monesterio comienza lo que aquí se considera la entrada a Sierra Morena; un tosco montículo de piedras coronado por una cruz advierte al viajero piadoso que debe prepararse con oraciones y encomendarse a su santo patrono antes de adentrarse en esta sierra otrora temida, refugio de bandidos y asesinos. La distancia respecto a lugares habitados determinó antiguamente este punto como entrada oficial, aunque el ascenso gradual comienza casi desde las riberas del Guadiana. Es aquí donde realmente nos internamos en el corazón de la sierra.

Las cadenas montañosas se entrecruzan en todas direcciones, desorientando sobre su trazado general. Poco después de entrar en este territorio sagrado, observé grupos de campesinos trabajando en tres puntos distintos, construyendo baterías y reductos para defender el paso. Me informaron que estos trabajadores recibían seis reales diarios, suma que valía al menos el doble considerando los productos básicos locales. Todas estas fortifi-

caciones se orientaban hacia Monesterio, anticipando un posible avance francés por esa ruta hacia Sevilla. Y ciertamente, sería difícil encontrar terreno más defensivo que el que se extiende entre Monesterio y Santa Olalla, posta distante cuatro leguas. Una legua más allá de las baterías, tras cruzar un pequeño arroyo, el camino comienza a flanquearse por enormes bloques de granito dispersos entre alcornoques.

Continuando el viaje, llegamos a Santa Olalla donde un viejo castillo en una colina a la derecha domina el paisaje, ocultando casi por completo el poblado de más de doscientas casas que se extiende detras. El oficial que consulté calculó unas quinientas viviendas, pero ya conocía lo impreciso de los cálculos españoles en estos asuntos. En Santa Olalla se concentraban numerosos reclutas y un parque de artillería, y aquí volvieron a examinar mi pasaporte.

De Santa Olalla a Ronquillo hay cuatro leguas. Entre estas dos postas, o más exactamente, poco después de dejar Santa Olalla, alcanzamos el punto más elevado de la Sierra Morena en esta ruta. Los arroyos comienzan a fluir hacia el sur; cuando los valles menores cruzan el camino, las corrientes descienden rápidamente hacia el este o este-noreste. Las vistas resultan más interesantes mirando hacia el norte que avanzando hacia Sevilla. A la derecha del camino, al noroeste, las colinas agitadas en gran confusión justifican el nombre de *Sierra*, como los españoles denominan a sus cordilleras. Mientras las contemplaba, vi la lluvia caer sobre ellas en oscuros chubascos, mientras yo permanecía bajo el sol.

Este lugar, antiguamente temido y llamado el Puerto de los Ladrones, bien pudo ser en su día un sitio propicio para sus fechorías, hallándose en pleno corazón de la sierra. Sin embargo, la

aproximación a Ronquillo resulta muy agradable: primero se distingue el campanario rojo y blanco de su iglesia, y poco después el pueblo mismo, rodeado de colinas suaves cubiertas de campos de trigo o salpicadas de grupos de olivos. La calle principal es ancha y las casas en general bastante decentes. Aquí encontré dos dragones del 18º regimiento, encargados de comprar caballos; su testimonio confirmaba lo que a menudo se afirma: la raza andaluza ha decaído mucho de su antigua fama.

A las cuatro partí de Ronquillo montado en una mula, al igual que mi guía, siendo esta la primera vez que veía usar estos animales para postas. El camino serpenteó por las montañas unas dos leguas, ofreciendo vistas muy pintorescas. A lo largo del trayecto, grupos de campesinos trabajaban destruyendo los puentes sobre barrancos y arroyos, sustituyéndolos por tablones que, en caso de emergencia, podrían retirarse en minutos. También se marcaron puntos estratégicos para instalar baterías, y todos los preparativos parecían encaminados a defender estos pasos ya fortificados por la naturaleza. Estas montañas son, en efecto, los baluartes naturales de las fértiles llanuras andaluzas por este flanco; si los españoles no pueden defenderlas, resultará inútil hablar después de resistir tras los muros de Sevilla exponiendo sus ciudades a los horrores de un asedio.

Esa tarde encontré una larga recua de mulas transportando más de cien mil dólares para el ejército. Mi guía no dejó de señalarlas con gran regocijo, informándome que formaban parte de una contribución patriótica recién llegada a Sevilla desde México. El fardo de la mula principal estaba adornado con una pequeña bandera que mostraba el nombre y las armas de Fernando VII, que los españoles gustan de exhibir en toda ocasión posible. A dos leguas de Ronquillo cruzamos el rápido cauce del Huelva por un

puente de ocho arcos muy bien construido. Aguas arriba se ven las ruinas de un puente antiquísimo que, a juzgar por su estado actual, parece de construcción romana. Tras cruzar este torrente, el camino asciende hasta la cumbre desde donde se divisan extendidas las llanuras de Sevilla, hacia las que comenzamos por fin nuestro rápido descenso.

Desde Santa Marta hasta este punto, puede decirse que el camino atraviesa constantemente Sierra Morena. Las vistas en todas direcciones son propias de un país montañoso: la sucesión de desfiladeros; la peculiar raza de gente, sencilla, robusta y resistente, recluida entre estas montañas; las barrancas profundas, los torrentes veloces, los largos descensos, todo contribuye a hacer de esta ruta un trayecto que nunca dejará de interesar al viajero. Esta estirpe de hombres valientes que habitan estas sierras nunca ha sido destacada por su carácter individual, aunque parecen perfectamente capacitados para formar la infantería de montaña de España. De vez en cuando se han reclutado destacamentos entre ellos, pero inmediatamente se mezclaban con otras hordas de soldados, perdiéndose sus características distintivas. Sin embargo, los considero, si se les emplea adecuadamente, un arma invaluable para la defensa de estas montañas estratégicas.

Las reflexiones políticas que esto me suscitó quizá añadieron interés al atractivo natural del paisaje, a pesar de ser una estación donde los adornos artificiales eran casi innecesarios. Las bases de las cadenas montañosas, las colinas y los largos valles, las llanuras y las laderas de cada precipicio, reverdecían con vegetación o se matizaban con manchas de arbustos en plena floración. Ya no era la parda sierra, sino un paraje de encantos románticos donde deleitaban la vista, el olfato y el oído. Pues no solo eran fascinantes las panorámicas, no solo se perfumaba el aire en ciertos

puntos con el aroma de flores silvestres en flor; también el oído se embelesaba con los variados sonidos del agua, que serpenteaba por las verdes laderas, se precipitaba en los barrancos de cascada en cascada, o, reunida en los fondos de los valles, rodaba atronadora llevando un gran, aunque efímero, tributo al mar.

De Ronquillo a la Venta de Guillena hay una posta de tres leguas y media según el actual cálculo, aunque antes se consideraban solo tres. Ya había anochecido cuando llegué a este lugar, que es poco más que una casa de postas, y tras considerable demora, pude partir hacia las ocho en un caballo deplorable. La distancia desde aquí a Sevilla se estima ahora en tres leguas y media, antes dividida en dos etapas de una y dos leguas. El caballo que montaba era tan malo que, a pesar de todos mis esfuerzos, apenas lograba hacerlo avanzar.

A unas dos leguas de Venta de Guillena pasamos por Santiponce, la Itálica romana, cuna de Trajano y Adriano, y cuya fundación algunos autores atribuyen a Escipión el Africano. En los campos circundantes se ven vestigios de murallas que atestiguan su antigua grandeza, al igual que las ruinas de un noble anfiteatro ovalado al norte. Sin embargo, solo pude observarlos rápidamente y a medias bajo una tenue luz de luna. La población actual de Santiponce se calcula en unos seiscientos habitantes. Otra agotadora legua me llevó a Sevilla, donde no llegué hasta la una de la madrugada.

Me detuvieron en el puente de barcas que cruza aquí el Guadalquivir, donde examinaron minuciosamente todos mis pasaportes. Tras cruzarlo, incluso a esa hora, me condujeron a una sesión de la Junta, donde encontré a un miembro en traje de gala esperando; que solo me hizo algunas preguntas y luego ordenó a un mensajero que me condujera a una buena posada. Confiando

en este guía, fui llevado a la no muy célebre Posada de La Parra, donde, tras despertar con dificultad a algunos de los sirvientes, conseguí un colchón de paja sobre el cual tendí mis fatigados miembros el resto de la noche.

Capítulo III

Sobre la oveja merina y la Mesta

Cuando estuve en Badajoz y después en Sevilla, vi reunidos varios grandes rebaños de ovejas merinas con sus pastores, preparados para ser enviados a Lisboa o Cádiz con destino a Inglaterra. Como estas ovejas han despertado desde hace tiempo considerable curiosidad, me esforcé por recopilar toda la información posible. El resultado de mis indagaciones no hizo más que corroborar lo expuesto por Don Antonio Ponz en su *Viaje de España*, que parece derivar de las mejores fuentes en el corazón del reino.[35]

Resulta singular que se afirme que estos rebaños eran originalmente de raza extranjera, incluso procedentes de Inglaterra. Algunos derivan su nombre de esta circunstancia, diciendo que de antiguo se llamaban *marino* o rebaños *marinos*, para ser altamente valorados por ese motivo, y gradualmente se consideraron dignos de un código de leyes particular. Sea como fuere, la atención que se les presta es excesiva, y mientras algunos escritores los estiman como una parte esencial de las riquezas de España, otros han atribuido principalmente a ellos la despoblación de las provincias centrales del reino.

[35] Antonio Ponz. *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*. La primera edición en dieciocho tomos se imprimió en Madrid de 1772 a 1794. Por la gran popularidad de la obra se hicieron otras ediciones, a veces actualizadas.

Estos rebaños (dice Ponz) pasan los meses de verano en las montañas de León, Cuenca y partes de Aragón y Castilla; y el invierno en las llanuras de Extremadura, Andalucía y la Mancha. Estas últimas estaciones se llaman *Invernaderos*, o cuarteles de invierno; las primeras *Agostaderos*, palabra utilizada únicamente para expresar sus refugios de verano. La distancia entre estas dos estaciones no es la misma para cada rebaño. Algunos tienen que recorrer quinientas millas de un extremo al otro, y pocos tienen menos de trescientas. Sus jornadas diarias son tan largas y tan bien reguladas como las de un ejército en marcha, habiendo algunos días en los que, debido a la esterilidad del camino y la consiguiente dificultad de encontrar alimento, avanzan más de veinte millas; una circunstancia asombrosa en animales naturalmente perezosos e inactivos.

Cuando el rebaño ha llegado a su destino en las montañas, el primer cuidado de los directores es colocar los rediles en lugares más o menos fértiles, según la finura y calidad de las ovejas. El siguiente es separar los corderos de las madres y formar con ellos rebaños separados para el año siguiente. Esta operación a veces se realiza en la temporada de esquila, cuando los cuarteles de invierno han sido favorables y los corderos están fuertes y en buenas condiciones. En las montañas se les da sal a razón de una fanega por cada cien cabezas, porque se considera que la hierba aquí es menos estimulante y nutritiva que en las llanuras. Se les distribuye cada tres días, desmenuzada en pequeños trozos, en el suelo donde están pastando, y la lamen con gran avidez.

A finales de junio se introducen los carneros en los rebaños, en la proporción de seis por cada cien ovejas, y se presta la mayor atención en su selección, ya que se cree que la finura de la lana depende principalmente de ese cuidado. Permanecen con los re-

baños aproximadamente un mes; y si el clima es frío, se les da sal tostada y, a veces, pimienta negra. Además de los carneros destinados a este propósito, existen rebaños enteros de otros que se mantienen únicamente por su carne y lana; pues aunque los capones proporcionan ambas más finas y delicadas, sus vellones son inferiores en cantidad, y son más débiles y de vida más corta que los carneros. Esto es peculiar de los rebaños merinos.

La carne y la lana de estas ovejas se mantienen inalteradas hasta el sexto año; pero después de esa edad, ambas decaen rápidamente. Su mayor duración es de siete u ocho años, cuando sus dientes se caen o se vuelven inútiles, hasta el punto de que no pueden alimentarse. Después de algún tiempo, los carneros son separados de los rebaños, y el resto permanece en las montañas hasta finales de septiembre, momento en el que se marcan con almagre, una especie de ocre rojo común en muchas partes de España, y que comúnmente, aunque erróneamente, se cree que contribuye a la finura de la lana.

Hacia finales de septiembre o principios de octubre, comienzan su marcha hacia las llanuras de la Mancha, Andalucía y Extremadura, siendo esta última provincia la más transitada. La ruta que cada rebaño debe seguir, según el lugar del que parte y al que se dirige, está regulada por ordenanzas reales y diversos estatutos de gran antigüedad. Durante todo su viaje, tienen libertad total de pastoreo en las llanuras y terrenos comunales; y como frecuentemente atraviesan países cercados y en estado de cultivo, se dejan ciertos caminos para ellos, que por leyes y costumbres antiguas deben tener al menos noventa *varas*, aproximadamente setenta yardas, de anchura, para que los rebaños pasen sin inconvenientes. Las repetidas regulaciones para la libertad y preservación de estas rutas, así como respecto a la compensación por los

daños que los rebaños y pastores puedan ocasionar en su viaje por campos y jardines, y los derechos que deben pagar al pasar de una provincia a otra, están todos recopilados y forman ese sistema peculiar de leyes llamado la Mesta.

Como ya se ha observado, la jornada diaria de viaje siempre está en proporción a la cantidad de pasto y a la mayor o menor anchura de los caminos. Cuando estos son largos y estrechos, los rebaños a veces avanzan más de veinte millas en un día; y cuando llegan a caminos anchos y llanuras extensas, compensan el cansancio de estas marchas penosas avanzando lentamente y alimentándose a su gusto. Sin embargo, nunca tienen un día de reposo absoluto, sino que siempre avanzan una o dos leguas; y es singular ver cómo siguen al pastor que los guía, sin dejar de comer y con la cabeza siempre pegada al suelo. Al llegar al lugar designado, se dividen en rebaños, ya sea de mil cabezas (número que se llama rebaño completo), o de quinientas (llamado *quinto*); y se asigna a cada uno el terreno que el *mayoral*, o pastor principal, considere suficiente. Los demás pastores entonces construyen sus chozas de césped y ramas de árboles, y fijan su morada para la temporada, durante la cual continúan prestando la más minuciosa atención a sus rebaños, especialmente cuando se acerca el período en que se espera que las ovejas paren; y después, a los corderos.

Cuando los corderos nacen, se dividen junto con sus madres en dos grupos: los nacidos temprano y los nacidos tarde. Estos últimos se llevan a las partes más ricas del pasto, para que puedan alcanzar en crecimiento a los primeros, de modo que todo el rebaño abandone los cuarteles de invierno en condiciones lo más parejas posible. Hacia finales de marzo, se cortan las colas de las ovejas para que no ensucien el vellón. Al mismo tiempo, cada du-

eño marca su rebaño, tanto con hierro caliente como cortando una o ambas orejas, siendo esta una ley expresa de la Mesta. También se acortan los cuernos de los carneros para que no se lastimen entre sí o al rebaño durante la marcha, y aquellos destinados a ser capones se apartan.

Cuando llega el mes de abril, ya sea por instinto o por la costumbre regular de cambiar de lugar, los rebaños parecen darse cuenta de que ha llegado el momento de comenzar su marcha. Todos los pastores coinciden en la inquietud extraordinaria que muestran entonces los animales, que es casi imposible de contener. A veces ha ocurrido, que cuando los pastores estaban descuidados o dormidos, los rebaños han avanzado por su cuenta hasta dos o tres leguas en busca de sus cuarteles de verano. Sus viajes de regreso son similares a los de ida, excepto por la interrupción de la esquila, que generalmente se realiza en ciertas estaciones cercanas a su ruta. Los esquiladores de Segovia son los más reputados, y acostumbran a establecer sus lugares de esquila en la provincia de Segovia, en la vertiente norte de esa sierra o cadena montañosa que separa las dos Castillas.

En sus cuarteles, los rebaños se dividen en miles, pero durante sus marchas son muy desiguales en número: algunos alcanzan entre treinta y cuarenta mil cabezas, mientras que otros no superan los tres mil. Calculando un promedio de diez mil vellones por rebaño, cada uno de esa cantidad tiene un director (*mayoral*), que debe conocer la naturaleza de los diferentes pastos, las enfermedades a las que son propensos los rebaños, los remedios para estas enfermedades y, en resumen, todo lo relacionado con su gestión completa. Bajo sus órdenes hay cincuenta pastores, y cada pastor tiene un perro. El salario habitual de un director es de unas sesenta libras esterlinas al año, más un caballo. Los que

están bajo su mando, de primera clase, reciben unos quince dólares; los de segunda, diez; los de tercera, siete; y los más bajos de todos (*gañanes*), cuatro dólares. A cada uno de estos pastores se le asignan dos libras de pan al día, y la misma cantidad, pero de calidad inferior, para cada perro. También se les permite mezclar algunas ovejas o cabras en el rebaño por cuenta propia; pero la lana es para el señor de todo; la carne, la leche y los corderos quedan para ellos. Finalmente, en los meses de abril y octubre, cuando están a punto de comenzar sus viajes, cada pastor recibe una gratificación de aproximadamente un dólar.

Estos son los detalles más interesantes proporcionados por Ponz sobre las marchas y el tratamiento de los rebaños merinos. Las diversas opiniones sobre su origen, su utilidad o sus efectos negativos abarcan un campo más amplio. Tan variadas y complicadas son las regulaciones que los rigen, y tan constantes son las disputas entre los dueños de los rebaños y los agricultores, que se ha establecido un tribunal, llamado la Mesta, cuyo único propósito es mantener estas regulaciones y resolver estas disputas. Antiguamente el poder de este tribunal era muy grande y, desafortunadamente, al estar compuesto por hombres cuya principal propiedad consistía en rebaños merinos, las decisiones casi siempre favorecían a los pastores. Los efectos negativos de este sistema no escaparon a la observación de los españoles más inteligentes, y de ahí surgieron las opiniones más discordantes: un partido atribuía la despoblación de España a las leyes opresivas de la Mesta, mientras que el otro no consideraba el sacrificio demasiado grande para preservar y extender la raza de ovejas que traía tales riquezas al país.

En Inglaterra, tenemos disputas sobre puntos casi tan obvios y, en algunos casos, con efectos casi tan perniciosos. En el año

1765, se publicó en Madrid una carta de Martín Sarmiento dirigida a uno de los principales miembros de la Mesta, que contiene todo lo alegado contra esa institución y también ofrece algunos detalles sobre su origen. Los siguientes extractos quizás no carezcan de interés:

«La palabra Mesta», dice Sarmiento, «ha sido aplicada exclusivamente a los rebaños solo por un largo abuso, ya que originalmente implicaba una mezcla de todos los objetos de cultivo. No hay registro en España de rebaños sujetos a regulaciones públicas hasta la última parte del reinado del rey Alfonso el Último [XI de Castilla]. Cuando, alrededor de ese período, los barcos trajeron por primera vez rebaños ingleses a España, se instituyó el cargo de Juez de la Mesta, como ha observado el bachiller Peruan Gómez, de Ciudad Real. El mencionado rey introdujo las ovejas marinas (no merinas, como ahora se las llama vulgarmente), debido a la finura de su lana, de la misma manera que el actual rey, nuestro señor, a quien Dios preserve, llevó a la Casa del Campo las cabras de Angora, por su lana fina, que es como seda blanca.

Unos años después de la primera introducción de las ovejas inglesas, sobrevino esa terrible plaga que asoló toda Europa y parte de Asia en 1348, y que en 1350 se llevó al propio rey Alfonso. España sufrió terriblemente, hasta el punto de que desde el diluvio no existe rastro de una calamidad semejante. Dos tercios de la nación perecieron. Entonces España quedó despoblada, y las tierras permanecieron desiertas, sin dueños y sin cultivadores. Las muchas iglesias aisladas que aún se ven en el centro de España dan testimonio de que esta terrible peste arrasó pueblos enteros, de los cuales ni siquiera quedan las ruinas. La consecuencia fue que los lugares de cuatro o cinco pueblos, quizás de doscientas casas cada uno, fueron usurpados por una soledad lista para el primer ocupante. Todo este territorio fue apropiado por los pueblos supervivientes de los alrededores, de donde viene que hoy veamos a algunos de ellos reclamar territorios inmensos. Así, donde florecían tres o cuatro pueblos, solo quedan unas pocas torres o las ruinas de lo que hoy se llama, por estar solitarias, iglesias rurales.

Esta plaga duró varios años, pero el estancamiento y la pereza que creó han persistido durante más de cuatrocientos. A esta calamidad, o a esta pere-

za, la Mesta debe su origen. Algunos de los rebaños provenientes de ultramar fueron ubicados en las montañas de Segovia, sin pensar ni en regulaciones ni en otras provincias. La magnitud de la despoblación y la escasez de trabajadores hicieron que los rebaños y sus pastores extendieran sus límites, sin que nada los detuviera. Los pastores se aprovecharon de aquellas tierras que la plaga había convertido en soledad; no para cultivarlas, sino para el uso de sus rebaños. En esta época también se introdujo la perniciosa costumbre de arar con mulas; con lo cual (dice Arieta) la tierra no se ara, sino que se rasca.

Al ser tan reducido el interés de los cultivadores, gran parte del país quedó como abandonado a rebaños foráneos, que obstaculizan la agricultura. El remedio obvio contra los males de esta calamidad general fue percibido por los portugueses; pero los castellanos permanecieron obstinadamente ciegos, algunos deslumbrados por el deseo de poseer grandes extensiones, aunque incultas; y otros, grandes rebaños y manadas; como si la agricultura no fuera necesaria para una nación. Las leyes promulgadas en esta ocasión por Don Fernando de Portugal deberían estar escritas con letras de oro. Una de ellas decreta que: "Ninguna persona que no sea cultivador o su sirviente podrá poseer un rebaño, ni para sí ni para otro; y si alguien desea mantener un rebaño, deberá cultivar una porción determinada de tierra, bajo pena de perderlo".

Solo con esta ley tan justa, donde se cumple, se remedian muchos de los males de la Mesta y de los pastores que, sin cultivar un palmo de tierra, usurpan tanto a la agricultura. Es vergonzoso ver introducido en España el modo de vida de los sarracenos; que, sin cultivar la tierra, vagan con sus rebaños por los inmensos desiertos de Lidia y Arabia. Cuando los moros civilizados poseían Extremadura, el país era un jardín y estaba plenamente poblado, como es evidente por los grandes ejércitos que levantaban contra los cristianos. No enviaban sus rebaños a Castilla, ni los españoles llevaban los suyos a Extremadura; los celos lo evitaban. Donde estaba entondes la Mesta?

Algunos se niegan a creer que la despoblación de España proceda de la Mesta, porque existen inmensos terrenos baldíos donde sus leyes no se extienden. A esto respondo que las provincias más pobladas de España son precisamente aquellas donde la Mesta es desconocida, como Galicia, Asturias, Montaña y Vizcaya; a las que podemos añadir Navarra, Cataluña y Valencia. La Mesta no solo despobla Extremadura, sino también todo el reino de León y las dos Castillas, territorios surcados en todas direcciones por las cañadas reservadas para los rebaños; esterilizando así el país e impidiendo a los habitantes cercar

sus propias tierras, en contra de todo derecho, ya sea natural o de las naciones bien reguladas».

Estas son las opiniones de Sarmiento, en las que el lector encontrará muchas verdades y datos importantes, mezclados con algunos errores. A pesar de todo lo dicho, no es en absoluto evidente que las leyes de la Mesta hayan causado la despoblación de las provincias centrales de España. Las migraciones de los rebaños merinos han surgido claramente de la naturaleza del país y de circunstancias preexistentes, y limitadas por estos. Pero aunque las numerosas regulaciones de la Mesta quizá no hayan sido la causa directa de que extensas zonas del país quedaran sin cultivar, sin duda contribuyeron de manera muy significativa a mantenerlas en ese estado.

Capítulo IV

Sevilla, su antigüedad, situación, murallas y puertas, calles, catedral, la Giralda, el Alcázar, Atarazanas, río Guadalquivir, partida de Sevilla.

El amor por los títulos antiguos no se lleva a mayor extremo en ninguna parte del mundo que en España; y por ello, los historiadores españoles se complacen en remontar la fundación de sus principales ciudades a períodos muy remotos. Algunos de ellos afirman que Sevilla fue fundada por el Hércules libio en el año 2228 del mundo; otros sostienen que fue construida por los caldeos; y otros, por los aborígenes de España, siendo, por tanto, de una antigüedad desconocida. Sin duda, fue una de las ciudades más célebres de Andalucía durante el período de dominación romana, cuando se la conocía como Hispalis. Con el paso de los siglos, y especialmente tras la invasión de los moros, el nombre se corrompió gradualmente hasta convertirse en Hisbilla, Sbilla y, finalmente, Sevilla.

Cualquiera que sea el período de su fundación o el origen de su nombre, Sevilla es actualmente una ciudad de gran interés por múltiples razones: su situación, sus murallas, su catedral, su Alcázar, muchas de sus iglesias y conventos, y ser la actual sede del gobierno; cada uno de estos aspectos por sí solo la haría digna de la atención del viajero. Pero al contemplarlos, ¿quién puede evitar reflexionar sobre su historia pasada, especialmente sobre aquel período de gloria cuando Colón zarpó casi desde sus murallas en

busca del descubrimiento de un nuevo mundo? ¿Quién no se siente recompensado por todas sus fatigas al contemplar, en la gran iglesia, la sencilla lápida de piedra que registra el nacimiento y la muerte de aquel gran hombre, o el Convento de Santa María de las Cuevas, donde reposó su cuerpo hasta que España permitió que fuera trasladado al otro lado del Atlántico?

Sevilla se encuentra en la margen sureste del Guadalquivir, río que forma su límite principal al oeste, mientras que por todos los demás lados se extiende una hermosa y amplia llanura, delimitada solo por el horizonte, las colinas que se elevan hacia Carmona o las estribaciones meridionales de Sierra Morena. Está rodeada por una muralla claramente de construcción morisca, aunque en muchas partes se erige sobre cimientos romanos y con materiales de las antiguas obras romanas. El perímetro exterior completo de esta muralla es de aproximadamente tres millas y cuarto, distancia que un hombre puede recorrer fácilmente en menos de una hora. A intervalos de casi cincuenta yardas entre sí, se alzan torres cuadradas, que suman alrededor de ciento treinta en total. Se dice que las fortificaciones fueron levantadas por primera vez por Julio César; y en su mayor parte, parecen estar construidas con una especie de grava aglutinada que, tras larga exposición al aire, ha adquirido la consistencia de la piedra más dura.

Tras recuperar la ciudad de manos de los moros, los españoles, desconocedores de un mejor sistema de fortificación, preservaron y embellecieron el que encontraron existente. En los tiempos de paz, incluso adornaron el exterior de las murallas hacia el Guadalquivir con pinturas sobre una especie de estuco; y en una de las torres en esa dirección aún puede verse la representación de una cabeza tocada con turbante atravesada por una

lanza, sin duda cristiana y española. En este circuito hay actualmente quince puertas, cada una de las cuales los españoles vinculan con algún hecho histórico.

A través de la puerta Real, el conquistador de Sevilla, Fernando III, hizo su entrada triunfal. La contemplé con especial interés, pues antiguamente se la llamaba puerta de Goles, nombre corrupto de Hércules, cuya estatua se alzaba sobre ella. No pude evitar sonreír al descubrir así el origen de un juramento entre la gente vulgar de Inglaterra, ¡que poco piensa por qué deidad tan poderosa jura! La puerta del Sol es la más oriental de la ciudad y, en tiempos antiguos, estaba consagrada a ese astro. La puerta del Osario, o puerta de la Casa de los Huesos, se abría antiguamente hacia los cementerios moriscos extramuros. La puerta de Carmona, cerca de la cual se encuentra el depósito del acueducto del mismo nombre, está en el lado oriental. Entre la puerta de Triana y el río, y muy cerca de este último, se alza una antigua y hermosa torre octogonal, llamada torre del Oro, aparentemente de construcción romana, destinada a la defensa del río y como obra avanzada de la ciudad en este flanco.

Los moros, cuando poseían Sevilla, tendieron en este punto una cadena de hierro a través del Guadalquivir, y al romperla, uno de los almirantes españoles ganó gran honor. Frente a esta torre, y a poca distancia, se encuentra otra más moderna, llamada torre de la Plata, quizás porque aquí se depositó la primera plata proveniente de Sudamérica. En resumen, si juzgáramos por la inscripción sobre la puerta de Jerez, reconstruida en 1561, la historia de Sevilla quedaría resumida en pocos versos:

Hércules me edificó;
Julio César me cercó

De muros y torres altas;
El Santo Rey me ganó,
Con Garci Pérez de Vargas.

No puede asumirse que estas murallas formen un circuito continuo alrededor de la ciudad. En ciertos tramos, conventos o el inicio de los arrabales interrumpen su trazado y lo abren hacia la llanura circundante. Los arrabales son populosos y en el pasado parecen haber sido mucho más extensos que hoy; de lo que, ciertamente, no cabe duda al observar la cantidad de casas deshabitadas y los terrenos baldíos dentro y junto a las murallas. Sin embargo, el número de habitantes sigue siendo considerable y, incluyendo los arrabales, difícilmente puede estimarse en menos de ochenta mil almas. Si solo consideráramos la extensión de la ciudad, podría parecer una gran población, pero los habitantes viven apiñados. Las calles son tan estrechas que, en la mayoría, dos carruajes no pueden cruzarse; incluso uno solo a veces avanza con dificultad, y los peatones deben refugiarse en patios o zaguanes para evitar ser aplastados por las ruedas contra los muros.

Estas calles angostas fueron sin duda construidas primero por los moros, cuyas ciudades en la costa de Berbería aún guardan, en esto y en otros aspectos, un sorprendente parecido con la mayoría de las ciudades españolas que dominaron. En Sevilla, además de la estrechez de las calles, aún vemos otros rastros de los moros: en los azulejos y ladrillos de colores que adornan algunos edificios; en los patios cuadrados dentro de las casas, donde fuentes frescas arrojan un pequeño chorro de agua que cae en una pileta central; y en el pavimento de mármol, rodeado de flores, a lo que los cristianos han añadido estatuas y pinturas; en los res-

tos de los bazares, donde los comerciantes de un mismo gremio se agrupan en hileras en las calles principales; e incluso en la forma de sus conventos y monasterios, que se asemeja exactamente al patio interior de una mezquita. Hasta el día de hoy, también es costumbre entre los moros principales adoptar una cierta marca o rúbrica, que usan en lugar de firmar sus nombres. Hasta el emperador turco en Constantinopla sigue esta práctica: al ascender al trono, anuncia públicamente la marca que adoptará, generalmente muy intrincada, y que luego graba en su sello. Me causó más placer que sorpresa rastrear esta costumbre en un edicto público pegado en las puertas de Sevilla. Los nombres oficiales estaban impresos al final del documento, pero, para darle validez, cada uno llevaba adjunta una rúbrica formidable y enrevesada, que bien hubiera podido pasar por genuina en Constantinopla o Esmirna.[36]

Los edificios públicos de Sevilla son numerosos, y algunos de ellos muy interesantes. La mayoría de las iglesias se construyeron sobre terrenos que antes ocupaban mezquitas moriscas. En algunos casos, los españoles se esforzaron por erigirlas sobre los mismos cimientos, tomando así una piadosa venganza contra los infieles, al destinar sus esfuerzos previos al culto de la Santísima Virgen. La iglesia de San Juan de la Palma, llamada así por una palmera que crecía cerca, estaba dedicada por los moros al mismo santo incluso cuando era una mezquita. Otras, como la iglesia de San Julián, fueron templos en tiempos de los godos; y algunas, como San Bartolomé, sinagogas judías mientras se permitió la existencia de esa raza en España. En una de estas antiguas sinagogas, ahora llamada iglesia de Santa Cruz, se puede admirar una

[36] Las rúbricas adornadas hasta extremos de los notarios.

célebre pintura del Descendimiento de la Cruz, obra de Pedro Campaña, que Murillo —gloria de Sevilla y, en verdad, de los pintores españoles— solía estudiar con frecuencia. De hecho, casi cada iglesia, convento o monasterio guarda algún objeto digno de atención: una bella pintura o colección de pinturas, una estatua tallada con maestría una antigua columna de proporciones exquisitas o altares adornados con mármoles policromados de gran belleza.

Pero el gran orgullo de Sevilla es su catedral, la más destacada de sus construcciones, ya sean religiosas o civiles. Es imposible entrar en este noble edificio sin experimentar de inmediato esas sensaciones que los grandes e interesantes objetos producen en la mente. La elevación de la bóveda, la altura y elegancia de los pilares formados por haces de columnas, y la longitud y proporciones de las naves, captan de inmediato la atención. Solo después de un tiempo nos detenemos a considerar sus ornamentos menores: las numerosas y elegantes capillas alineadas a lo largo de los muros laterales; el hermoso coro en el centro de la nave principal, y la variedad de admirables pinturas, muchas de ellas de Murillo, que la adornan por todos lados.

Este grandioso edificio se comenzó en 1401 y se completó en 1529, sobre las ruinas de la antigua mezquita principal morisca. Dentro de sus muros, abarca 180 pies de longitud, de este a oeste, y casi 220 de anchura. Está dividido longitudinalmente por hileras de altos pilares góticos en cinco naves, siendo la central con mucho la más amplia. La altura, desde el pavimento hasta el techo, es de aproximadamente cien pies. En el centro de la nave central se encuentra el coro, que, aunque magnífico en sí mismo, quizás reste —en una visión general— a la grandiosa simplicidad que esta parte del edificio podría producir si estuviera despejada.

Podría decirse que ahora está cargada de bellezas; sin embargo, al entrar en el coro, dejamos de reflexionar sobre su ubicación. Al frente está el altar principal, ricamente adornado con oro, plata, mármoles valiosos y pinturas, conectado al coro por elegantes balaustradas de bronce. A cada lado hay dos magníficos órganos, y los 144 asientos que lo rodean son de madera, tallados con infinito trabajo y representando diversos temas bíblicos. En resumen, el coro es en sí mismo una iglesia rica, y por un momento casi nos hace olvidar el aún más noble templo que lo alberga.

La platería utilizada en los servicios más solemnes de esta catedral es de gran valor y, en algunos casos, de excelente factura. Pero el viajero contemplará con mayor interés —y reflexionará con mayor atención— las obras maestras de Murillo, que enriquecen algunas de las capillas. Este admirable pintor, cuyo nombre, creo, es poco conocido en Inglaterra, parece haber encontrado un peculiar placer en adornar las iglesias y conventos de Sevilla, su ciudad natal. No solo la catedral, sino también el convento de San Francisco, el hospital de San Bernardo y el hospital de San Jorge albergan muchas de sus pinturas, además de una variedad de obras dispersas por toda la ciudad en diferentes instituciones religiosas.

Entre otras pinturas notables, destaca una alegórica de Luís de Vargas, ubicada sobre un altar, donde una pierna de Adán está tan admirablemente ejecutada que el lugar se conoce como el altar de la Pierna. Cerca de este altar, a un lado de la entrada de la iglesia, se encuentra una gigantesca representación del San Cristóbal, obra de un pintor italiano aparentemente de escaso mérito. Sin embargo, este artista poseía una rara cualidad: la franqueza. Al contemplar la mencionada pintura de Vargas, exclamó con toda razón: «Esa pierna vale más que todo mi San Cristóbal».

En la sacristía hay dos hermosas pinturas de Murillo que representan a los arzobispos San Leandro y San Isidoro sentados. Pero el devoto católico mira con mayor reverencia el Relicario Alfonsino, de una yarda de altura, fabricado en plata —dorada por dentro y chapada en oro por fuera—, adornado con figuras talladas y que contiene reliquias de trescientos santos. Aquí también pueden verse un fragmento de la Santa Cruz, una espina de la corona de Cristo, parte del vestido de la Santísima Virgen, cuerpos completos de algunos santos, y cabezas, brazos, piernas, huesos y dedos de otros.

¿Qué mente, no adoctrinada desde la infancia, puede contemplar sin profunda emoción —ya sea de pena o desprecio— estos melancólicos restos de seres perecederos como nosotros, cuidadosamente acumulados, encerrados en plata y oro, y exhibidos solo ocasionalmente como objetos de veneración, e incluso de adoración, para una multitud circundante? ¡Con qué cuidado, en todas las instituciones humanas —e incluso en las divinas cuando quedan en manos humanas—, deberíamos vigilar los primeros avances de la astucia, la necedad o la ambición! Hubo un tiempo en que este montón de huesos, de ser expuesto al público, habría provocado solo desprecio o disgusto; pero, poco a poco, un fraude piadoso se entrelazó con otro, hueso se sumó a hueso, hasta que el paso del tiempo santificó la monstruosa colección y convirtió en herejía dudar de cualquiera de las leyendas asociadas a ella.

Sin embargo, los sacerdotes del catolicismo han recurrido a todos los medios posibles para movilizar las pasiones. Y aunque en algunos casos fracasaron, debido al avance del conocimiento propio de la época, en otros lograron un éxito rotundo. Presencié la verdad de ambos hechos el mismo día: por la mañana fue un gran jubileo; los sonidos profundos del órgano eran demasiado

solemnes para la ocasión, pero el alegre violín, los címbalos y la flauta resonaban en el coro, mientras un grupo de ocho jóvenes, vestidos con el atuendo español del siglo dieciséis con jubones acuchillados, zapatos adornados con rosas y sombreros con plumas, bailaban ante el altar. Ante ese altar, que ningún español, ni siquiera el sacerdote, pasa sin doblar la rodilla, ejecutaron una figura extraña, se dieron manos derechas e izquierdas, chasquearon sus castañuelas, cambiaron de lado y volvieron atrás, todo con los sombreros puestos, ¡y todo para la gloria de Dios! Incluso el piadoso español no sabía si, en esta ocasión, su religión le llamaba a reír o a llorar, aunque quizá se inclinara más por lo primero.

Por la tarde me dirigí al mismo lugar, con la intención de disfrutar de un paseo silencioso entre las altas naves antes de que cerraran las puertas, pero la escena era muy diferente. Por la mañana había sido un jubileo, ahora se decía que los franceses se acercaban y era momento de súplica: los asientos del coro estaban llenos; el altar resplandecía con lámparas; los sacerdotes vestían sus ornamentos más sagrados. Entre las balaustradas que unen el coro y el altar, había una multitud arrodillada, en su mayoría mujeres, mientras los hombres se apiñaban cerca de las barandillas, trepaban a las bases de los pilares o se arrodillaban a lo lejos, incluso cuando no tenían ninguna visión del altar. Todas las mujeres estaban en una misma postura, todas con un mismo atuendo; arrodilladas, el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, la cabeza, medio envuelta en el manto, algo inclinada; todas en silencio, todas devotas. Sobre este interesante grupo se proyectaba la dudosa luz del día que declinaba, mezclada con el pálido esplendor de las lámparas que ardían ante el altar y las antorchas, colocadas deliberadamente en lo alto de los pilares.

Cuando los órganos y el coro entero se fundieron en una melodía profunda y solemne; cuando el sacerdote elevó la sagrada hostia; cuando la multitud se golpeó el pecho, y muchos, incluso con lágrimas, se declararon culpables ante un Ser absolutamente puro; ya no era una mascarada, un engaño, ni siquiera una superstición; era un pueblo con una sola voz, un solo acuerdo, y con los mismos ritos, implorando devotamente la protección de Dios en una crisis sumamente interesante de su destino, para preservar todo lo que les era querido como nación, como individuos y como cristianos.

En esta catedral, una sencilla lápida registra el nacimiento y la muerte de Cristóbal Colón, o como nosotros le llamamos, Christopher Columbus. España no puede reclamar el honor de haber brindado refugio ni siquiera a los huesos de este gran hombre, que después de reposar algún tiempo en el convento de Santa María de las Cuevas, fueron trasladados al otro lado del Atlántico, hacia el nuevo mundo que él había descubierto. Si hubieran sido enviados a este convento como los huesos de algún santo ocioso, que mil años atrás había pasado su vida inútil en la cima de una columna, en la cumbre de una montaña o en un páramo árido y desolado, los monjes de Santa María casi habrían sufrido martirio antes de separarse de una reliquia tan preciosa; o, si les hubieran sido arrebatados mediante un fraude piadoso, ¡otros huesos igualmente eficaces habrían sido sustituidos en su lugar! Pero, ¿qué son los huesos de Colón en comparación con el brazo de San Bartolomé, la tibia de San Sebastián o el dedo de San Blas? ¡Qué imagen tan reveladora de la naturaleza humana!

Veo las orillas del Guadalquivir abarrotadas de espectadores, las iglesias llenas de suplicantes, el aire poblado de estandartes, e incluso a reyes y reinas arrodillados ante el cielo, rogando por el

éxito de tres pequeñas embarcaciones que, adornadas con alegría, descienden por la corriente. Durante mucho tiempo no hay noticias, pero tras muchos días regresan y anuncian un nuevo hemisferio añadido al Imperio español. Los templos se llenan nuevamente de una multitud jubilosa, el aire resuena con aclamaciones, y Colón es el más grande de los hombres. Sin embargo, pocos años después, contemplo a este gran hombre en desgracia, sus restos son expulsados de España, y mucho antes de ahora, se han mezclado con el polvo del nuevo mundo, ¡que ni siquiera lleva su nombre!

En este aspecto, su hijo, Fernando Colón, ha sido más afortunado. Tras muchos viajes, sus huesos descansan en paz bajo el pavimento de la catedral, detrás del coro. Una larga inscripción registra sus muchas virtudes, que, quizás, de estar vivo, le harían ruborizarse al verlas tan cerca de la sencilla lápida de su padre. Sin embargo, fue él el fundador de la gran biblioteca adjunta a la catedral, y muchos de los libros más valiosos fueron recolectados por él mismo en diferentes partes del mundo. Esta biblioteca contiene algunos manuscritos muy antiguos y es, en conjunto, quizás una de las más valiosas que existen actualmente en España. Como si la fama literaria no fuera suficiente para una biblioteca, se ha añadido a la colección la espada de Don García Pérez de Vargas. Dicha espada se presenta en unos pocos versos malos que la acompañan, y se autodenomina la octava maravilla del mundo, la cortadora de gargantas moras y la conquistadora de Sevilla. Sin embargo, es un arma noble, aunque ahora casi cubierta de óxido, de excelente temple, y cuando era blandida por el brazo vigoroso de García Pérez de Vargas, sin duda pudo haber producido un efecto terrible entre los delgados alfanjes de los moros.

Habiendo examinado así el interior de la catedral, echemos un vistazo rápido a sus patios y a su famosa Giralda. De los primeros, el más notable es el Patio de los Naranjos, en el lado occidental, plantado con hileras de naranjos. En un rincón de este patio hay un púlpito de piedra, de considerable antigüedad y venerado por haber sido usado por muchos santos para predicar; en otra parte, tres rejas de hierro cubren las entradas de pasajes subterráneos, donde se supone que los moros tenían sus baños de purificación antes de entrar en su gran mezquita. Otro pequeño patio se encuentra ante la Puerta del Lagarto, llamada así por la figura de un cocodrilo suspendida allí, en recuerdo de uno enviado como regalo por el Sultán de Egipto a Alfonso el Sabio.

Los demás patios están frente a la torre de la Giralda y la fachada principal hacia el Guadalquivir, y forman parte, en cierto modo, de la ciudad. Sin embargo, la torre de la Giralda es el orgullo de Sevilla, y el español moderno no duda en enorgullecerse de una obra creada por sus antepasados sarracenos, de quienes, en la mayoría de las ocasiones, finge hablar con desprecio y horror. Es una torre de aproximadamente doscientos sesenta pies de altura, con cada uno de sus lados de unos cincuenta pies de ancho en la parte superior, y coronada por una figura femenina de bronce que lleva en una mano una rama de palma y en la otra lo que parece un escudo o un estandarte. El peso total es de treinta y cuatro quintales, sin embargo, gira, como le dirán los sevillanos, con la brisa más leve. Esta torre fue construida por Gaber, un moro, natural de Sevilla. El ascenso a su cima se realiza por el interior y es notablemente gradual, ya que va de lado a lado en una pendiente y sin escalones, de modo que una persona puede ascender fácilmente a caballo. Deseé acercarme a la Giralda, pero me informaron que ahora se consideraba peligroso subir más allá

de las campanas, que son veinticuatro en total, algunas de considerable tamaño. Sin embargo, desde esta altura hay una magnífica vista de Sevilla y de la campiña circundante hasta una gran distancia.

Al sur y suroeste, se encuentra el Alcázar, mientras que más allá la llanura parece extenderse sin límites, y podemos seguir los serpenteos distantes del Guadalquivir casi hasta el borde del horizonte, a medida que se acerca al mar. Hacia el oeste, en la orilla opuesta del río, la vista pronto se ve limitada por una cadena montañosa de poca altura, adornada con casas y plantaciones, en cuyo extremo más lejano divisamos Santiponce, la antigua Itálica. A nuestros pies se extiende el Patio de los Naranjos, y un poco más allá, en la misma orilla del río, el anfiteatro donde antiguamente se celebraban las corridas de toros. Al norte se encuentran las estribaciones de Sierra Morena y varios tramos del Guadalquivir a su paso hacia Sevilla. Hacia el noreste se extiende una llanura sin fin, que se eleva gradualmente en suaves colinas a medida que nos dirigimos al este; en esta dirección vemos debajo la puerta, el camino y el acueducto de Carmona. En esta época del año, toda la inmensa llanura de Sevilla estaba bellamente verde, salpicada de espesas plantaciones de olivos y naranjos. El Guadalquivir también estaba aún lleno por las últimas lluvias invernales, y el paisaje entero poseía esa unión de lo grandioso y lo hermoso que España en general solo ofrece por un breve y fugaz período.

Después de la catedral, el Alcázar es quizás el edificio público más digno de mención. Se encuentra a poca distancia de la primera, hacia el sur, y fue construido inicialmente por el rey moro Abdalasis, sesenta y siete años antes de la conquista de Sevilla por Fernando. En el año 1364 estaba casi terminado, y aunque fue completado bajo monarcas cristianos, en general se ha conserva-

do el estilo morisco o una modificación del mismo. Sus patios, salones, columnas árabes, nichos y galerías presentan, con mucho, los mejores ejemplos del gusto sarraceno que había visto hasta entonces en España, y sirven como una excelente introducción a las glorias superiores de la Alhambra. Entre estos destaca el Salón Sirio, antiguamente llamado de la Media Naranja, por la forma de su techo, y ahora llamado Salón de los Embajadores, es particularmente digno de atención por la gran variedad de sus ornamentos, sus dorados y su pavimento de mármol. Varios salones están destinados a albergar pinturas, estatuas y modelos para el uso de los estudiantes de la Academia de Dibujo. Aquí también se conservan diversas inscripciones que ilustran el estado antiguo de Andalucía. Desde estos salones se accede a los jardines, que aún mantienen el estilo morisco, con fuentes, terrazas, laberintos y figuras grotescas formadas por mirto, un estilo que en su día fue común en toda Europa y que el sentido práctico inglés fue el primero en desterrar.

La Real Fábrica de Tabaco es un edificio considerable, digno de mención, con una longitud de unos doscientos metros y rodeado por tres lados por un foso profundo. En su interior hay veinticuatro patios, veintiuna fuentes, diez pozos y más de ochenta fosos cuadrados que sirven para la manufactura del tabaco, considerado como una fuente de ingresos muy valiosa por el anterior gobierno español. Los molinos son movidos por más de cien caballos, y mil cuatrocientas personas encuentran aquí empleo regular. El coste inicial de este edificio, que ascendió a casi dos millones de dólares, los enormes gastos de mantenimiento y los numerosos abusos que generó, aportan nuevas pruebas a las ya demasiado abundantes que ofrece España sobre la insensatez de

que reyes y gobiernos se conviertan en fabricantes y comerciantes.

La Aduana, la Casa de la Moneda, el Anfiteatro para Corridas de Toros y la Fundición de Cañones son los principales edificios públicos restantes que merecen atención. Esta última es particularmente interesante en la actual coyuntura, por ser la única fundición de este tipo que conservan ahora los españoles. Excepto la noble fundición de Barcelona, ahora en poder del enemigo, no hay otra en España. La artillería que aquí se fabrica es admirable y completamente de bronce, ya que los españoles rara vez utilizan cañones de hierro, ni por mar ni por tierra.

Un día, habiendo buscado refugio de un aguacero bajo los arcos de la iglesia de San Juan de la Palma, mi atención fue captada por una inscripción en la pared con caracteres árabes; mientras la contemplaba, un español se me acercó y me preguntó si deseaba saber su significado. Al responder afirmativamente, me ofreció una traducción hecha por un amigo erudito; y que, según él, decía lo siguiente: «Este es el gran templo de San Juan, reconstruido por Axataf, rey de Sevilla, por orden del gran Miramamolín, y dotado por Muley Almanzor, rey de Écija, en el año 1020, habiendo en ese momento una terrible peste en España». Se conservan varias inscripciones de esta naturaleza en iglesias y conventos.

En algunas de las calles de Sevilla hay pequeñas cruces de madera sujetas a las paredes, y debajo de ellas una pintura tosca de un hombre asesinado; y una inscripción que pide a todos los buenos cristianos que recen a Dios por el alma del difunto. Nunca había estado en una ciudad española sin ver cruces similares, pero fue aquí donde por primera vez vi una explicación tan clara de estas señales sangrientas. Sin embargo, ahora no es la temporada

de asesinatos; estamos apenas a mediados de febrero y la suave influencia de la primavera comienza a sentirse; el aire es templado, los campos son verdes, y los árboles están cubiertos de capullos. El hombre no puede permanecer insensible ante la alegría general de la naturaleza.

Aunque los teatros están cerrados, sin embargo, hacia el atardecer se oyen las castañuelas y la guitarra en cada calle, y se ven niños bailando el fandango frente a las puertas de la gente pobre, y a lo largo de las orillas del Guadalquivir. Cuando vemos este baile entre las clases bajas, desprovisto de los atractivos del vestido y del esplendor de los teatros, es imposible no reconocer sus alusiones y su origen. Los bailes favoritos de los negros en la costa africana, de los egipcios modernos, y aquellos practicados dentro de los harenes del oriente, sin duda pueden ser todos rastreados hasta la misma fuente. El minué, una vez tan prevalente en Europa, es, quizás, solo una modificación de este, y entre un pueblo voluptuoso o corrompido pronto no sería otra cosa que un fandango lento.

El Guadalquivir es uno de los orgullos de España, y la corriente favorita de los poetas españoles. Era conocido por los romanos bajo el nombre de Tartessos, y posteriormente como Betis, de donde toda la provincia derivó su antiguo nombre. Cuando los moros tomaron posesión de Andalucía, cambiaron el nombre a Guadalquivir, que significa en árabe, Río Grande, o Gran Río, un título que los españoles aún gustan de aplicar a los ríos del nuevo mundo. Nace cerca de los límites orientales de Andalucía, en una rama de la gran Sierra Morena, y cruza la mayor parte de la provincia, en dirección occidental, pasando por Baeza, Andújar y Córdoba; poco después gira hacia el sur, y aumenta considerablemente por la unión del Genil, cerca de Palma, corre con ra-

pidez considerable pasando por Sevilla, y desemboca en el mar en San Lúcar de Barrameda. Los españoles calculan la distancia desde su fuente hasta San Lúcar, incluyendo sus curvas, en unas doscientas cincuenta millas. Embarcaciones de doscientas toneladas de carga pueden navegar hasta Sevilla, embarcaciones pequeñas hasta Cantillana, y botes hasta Córdoba, y más allá se convierte en la época de verano en un arroyo de poca importancia.

Si Sevilla obtiene grandes ventajas del Guadalquivir, a veces también ha sufrido grandes perjuicios. Como deriva su origen entre montañas, y es alimentado a lo largo de todo su curso por arroyos, en invierno, después de lluvias intensas, o hacia la primavera, después de los deshielos, es expuesto a desbordamientos repentinos de sus orillas. Los anales de Sevilla registran una larga sucesión de desastres, algunos se remontan hasta el siglo doce, e incluso tan tarde como en 1784, cuando la mayor parte de la ciudad cerca del río estuvo en peligro por la súbita crecida de las aguas, que en algunas de las calles alcanzó la profundidad de ocho o nueve pies; muchas de las puertas resultaron dañadas, los muros de la ciudad debilitados, conventos y monasterios parcialmente destruidos, y toda la ciudad llena de consternación. Sevilla está aún sujeta cada temporada al regreso de una calamidad similar.

El único puente sobre el río en Sevilla es uno flotante de madera, colocado sobre diez grandes barcazas planas, amarradas a grandes anclas en el lecho del arroyo, y conectadas una con otra por fuertes vigas; el conjunto está fortalecido por gruesas cadenas de hierro sujetas a las orillas: el piso del puente está colocado adrede de manera muy desigual, para que en tiempo lluvioso las bestias de carga no resbalen; un modo muy inconveniente para los peatones, y creo que no es muy adecuado de

cumplir el fin para el que está diseñado. Los sevillanos también se han esforzado notablemente en embellecer las orillas del río con árboles, aunque no en la extensión originalmente proyectada ni en la que aún sería viable. No obstante, sus paseos más agradables transcurren bajo la sombra de los olmos plantados con ese propósito, por lo que, con el tiempo, podrían verse animados a perseverar en un plan tan útil como ornamental. La principal alameda, o paseo, está plantada con más de mil árboles, cuya sombra en verano debe ser deliciosa. En un extremo se encuentran dos columnas altas, sobre las que están colocadas las estatuas de Hércules y Julio César; la una el supuesto fundador, la otra el restaurador de esta ciudad; y el paseo está además embellecido por cinco o seis fuentes de agua excelente.

Animados por el brillante ejemplo de Zaragoza, los sevillanos aparecieron decididos a resistir, en caso de que los franceses lograran derrotar al ejército de Cuesta, y forzar los pasos de Sierra Morena. Tres ingenieros ingleses habían llegado desde Gibraltar; los planos de fortificación y defensa ya se habían establecido en colaboración con la Junta, y algunas de las obras de campo estaban en fase de preparación. Durante un breve periodo de entusiasmo, todos parecían ansiosos por participar en este deber; pero pronto la responsabilidad recayó principalmente sobre los trabajadores ancianos, quienes recibían un salario fijo, mientras que los más activos fueron bruscamente disciplinados y enviados al ejército. La hermosa llanura de Sevilla ofrecía un escenario ideal para el ejercicio de los escuadrones de caballería; sin embargo, al observar sus maniobras, poco resultaba digno de atención, salvo la belleza de algunos caballos, la silenciosa paciencia de los soldados y la extrema ignorancia de los oficiales.

En resumen, aunque Sevilla ya no sea lo que fue en los días de su esplendor, si muchos de sus suburbios han desaparecido, si otros han disminuido enormemente en extensión, y si incluso dentro del circuito de sus antiguos muros aparecen fuertes rastros de despoblación, sigue siendo una ciudad altamente digna de atención. Independientemente de su catedral, su alcázar, sus edificios públicos, y el recuerdo que despierta de la grandeza más inocente de los conquistadores; el viajero es ampliamente recompensado por todas sus fatigas con una sola mirada sobre la inmensa y hermosa llanura en la que se alza; por la visión del ondulante Guadalquivir que baña sus muros; y por la contemplación de estos muros mismos, en excelente conservación, y formando quizás el espécimen más perfecto en Europa del antiguo sistema de fortificación, rodeando una ciudad de tal importancia y extensión. Con esta opinión de Sevilla, después de una residencia de aproximadamente una semana, pasada en observación casi continua, me preparé para abandonarla.

En todos mis viajes anteriores por España había recorrido el país a caballo, pero esta vez decidí cambiar aquel método, tan bien adaptado para reconocer con rapidez los rasgos principales de una región. Acordé con un mulero que me llevara, junto con mi equipaje, a Córdoba por cinco dólares; un modo de viajar que me aseguraron era perfectamente seguro, y que además parecía ideal para observar más de cerca las costumbres del campesinado andaluz, que tanto me interesaban. En la tarde del 16 de febrero me dirigí a la puerta de Carmona, donde encontré a los muleros y su ganado ya reunidos. Mi equipaje fue colocado en un lado del lomo de una mula, y equilibrado en el otro con un gran fardo de bacalao, o pescado salado. Yo monté sobre un asno sin brida, con mis pistolas, mi capa, y mi bota de cuero para vino, sujetas a mi

silla. Una mujer, que también iba a Córdoba, se sentó en una especie de silla sobre el lomo de otro asno; y alrededor de las tres en punto, habiendo dado el transportista principal la señal, toda la procesión, consistente en cinco o seis hombres, y cerca de cuarenta mulas y asnos, se puso en marcha por el camino de Carmona.

Capítulo V
Ruta de Sevilla a través del Viso, Carmona, la Campana, Posadas y de Almodovar a Córdoba

Desde la puerta de Carmona, el acueducto de ese nombre se extiende a lo largo del lado derecho del camino en una sucesión de arcos estrechos de estilo morisco, y de no gran altura. Estos arcos son más de cuatrocientos, disminuyendo gradualmente en altura a medida que se alejan de Sevilla, hasta que la elevación del terreno es tal que permite que el agua corra por canales subterráneos, que en algunas puntos están casi cien pies bajo la superficie. Los manantiales principales de los que se deriva esta agua, brotan al pie de una pequeña colina cerca de Alcalá de Guadaira, a una distancia de dos leguas hacia el oriente.

Habiendo pasado los arcos, nos encontramos en la vasta llanura de Sevilla, y divisamos a gran distancia a la derecha un grupo aislado de montañas que se alzan en el borde del horizonte, como una isla en el mar. En esta estación nada podría superar la hermosa apariencia de la llanura, cubierta con campos de trigo creciente y plantaciones de olivos. Aquí y allá algunos de los árboles de especies más tardías permanecían aún desnudos de hojas, y presentaban contrastes llamativos con el verde universal que los rodeaba. Según avanzábamos, los campos se volvían menos cultivados, y los setos eran en general de áloes mezclados con pinos. Oscureció antes de que llegáramos al Viso, una etapa de cuatro leguas desde Sevilla, y un lugar de unas quinientas casas.

Las mulas fueron descargadas, y sus cargas apiladas juntas en un extremo de un salón pavimentado con piedras ásperas, que ocupaba toda la longitud de la casa. En el otro extremo estaba la chimenea, donde la señora de la casa, esperando nuestra llegada, estaba ocupada preparando nuestra cena de pescado salado, huevos y aceite. Después de la cena, cada uno de los arrieros extendió los aparejos y monturas de sus mulas como cama; mientras que para mí colocaron unos pocos haces de paja uno al lado del otro sobre las piedras, en los que, envuelto en mi capa, dormí profundamente hasta la mañana.

Eran las ocho en punto del día 17 antes de que nuestra caravana estuviera completamente en movimiento. La primera parte de nuestro camino fue a través de un país de colinas y valles continuos, cultivados en parcelas de hermoso verde, en medio de vastos terrenos silvestres y áridos. Según nos acercamos a Carmona, una etapa de dos leguas largas, el suelo es en general de naturaleza más arenosa, y más extensamente cultivado. Esta parte del país parecía muy desprovista de agua; no observé un solo arroyo toda esa mañana. Cerca del borde del camino había una campesina vendiendo agua con un soldado español bebiendo, me acerqué para seguir su ejemplo; habiendo bebido un vaso lleno, procedía a pagar, pero la muchacha me informó que el señor que acababa de marcharse había pagado por mí.

Esta es una costumbre muy común entre todas las clases en España, hacia aquellos que perciben que son extranjeros; está destinada a dar una idea elevada de la generosidad y magnificencia del carácter español; y el viajero a veces se sorprenderá al encontrar su cena pagada en una mesa pública por algún desconocido que ha dejado la casa, a quien muy probablemente nunca volverá a ver, y cuyo nombre mismo le es ocultado. No per-

manecí mucho tiempo en deuda con mi benefactor, porqué estando él a pie, pronto lo alcancé; y aunque se negó a aceptar dinero, me permitió saldar la obligación con un largo trago de mi botella de cuero, que salió muy vacía de su abrazo.

Al acercarnos a Carmona por este lado, el ascenso es gradual; y es solo después de pasar por la ciudad que comenzamos a formarnos una idea apropiada de su situación romántica. Está situada en el centro y parte más alta de una cresta larga y estrecha, aquí quebrada en muchas desigualdades, y que declina por terrazas hacia el sur hasta mezclarse gradualmente con la llanura. En el lado oriental la cresta es empinada, y desde ella tenemos una vista extensa sobre llanuras inmensas, limitadas en el horizonte por grupos aislados de montañas. En el lado norte se alza el alcázar, o castillo, o más bien las ruinas de uno, aparentemente construido por los romanos, en la cumbre más empinada de la cresta, y que debe haber dominado anteriormente toda la ciudad, aunque ahora está completamente descuidado, y arruinándose rápidamente. La puerta hacia Sevilla es también de evidente construcción romana, y muchas huellas de ese pueblo existen en varias partes de la ciudad. Todavía se desentierran con frecuencia monedas en esta zona, la mayoría de ellas con la cabeza de Hércules o de Baco en una cara, y en el reverso, dos espigas de trigo, símbolo de la gran fertilidad de la región. Durante las guerras entre César y Pompeyo, Carmona tuvo un papel destacado, y por su firme apoyo a la causa del primero, fue posteriormente recompensada por él con numerosos privilegios de gran valor.

La torre de la iglesia principal está construida en imitación de la de Sevilla, con su Giralda en la parte superior. El conjunto está en una escala tan menor, que sufre mucho por la comparación que nos vemos involuntariamente obligados a formar entre ellas.

La alameda, o prado, es también inferior al de Sevilla en extensión, en el número de árboles, y por la falta de un río como el Guadalquivir, pero lo supera por su situación romántica, en la cumbre de un montículo natural, que se proyecta hacia un valle profundo, y dominando una perspectiva sobre llanuras inmensas y fértiles.

Después de pasar por Carmona, inmediatamente comenzamos a descender hacia las llanuras, por un camino excelente, serpenteando cerca del pie del precipicio quebrado sobre el que se alza la ciudad. Aquí se encuentran los restos esparcidos del castillo; inmensas masas desprendidas del cuerpo de la montaña, y parecen como las ruinas de torres antiguas, añadidas a la aspereza e interés de la escena. Es aquí donde contemplamos la fuerza e importancia de la posición de Carmona desde un punto de vista militar; aunque los habitantes no parecen haber hecho aún las más mínimas preparaciones para la defensa; se contentan con proporcionar su cuota a los ejércitos, y parecen considerar el peligro como demasiado remoto para hacer necesario cualquier esfuerzo adicional. La población de Carmona puede calcularse entre doce a quince mil almas, y en la temporada de olivos, se dice que cerca de cien molinos de aceite están en constante funcionamiento.

Al descender la colina, observamos en la cima de una pequeña roca, una piedra oblonga, sobre la que se alza una cruz. Esta piedra tiene toda la apariencia de haber sido un altar romano; y en un lado tiene una larga inscripción, a la que no pude acercarme lo suficiente para leer, o incluso para discernir si los caracteres eran griegos o romanos. Su situación, y su cruz, sin duda la conservarán durante mucho tiempo para el examen de futuros viajeros. Habiendo descendido a la llanura, noté con placer, que

en una dirección, hasta donde alcanzaba la vista, el suelo estaba cubierto de trigo naciente, o inmensas plantaciones de habas, cuyas flores ya comenzaban a perfumar el aire. En otros lugares, los arados estaban todos trabajando; y cerca del camino observé el singular espectáculo de veinticuatro arados todos arando en el mismo campo, y de hecho casi en la misma línea: estos estaban miserablemente construidos, cada uno tirado por dos bueyes dirigidos por el arador, que para ese propósito sostenía en una mano un palo largo armado en un extremo con una aguijada, y en el otro con una pequeña pala para limpiar la reja. Es apenas posible concebir un instrumento más tosco para arañar la tierra, o uno que denote más claramente lo poco que España ha dedicado al mejoramiento general de Europa durante los últimos tres siglos.

En cualquier país, del estado de la agricultura podemos formar una cierta estimación del grado general de inteligencia entre los habitantes. Es cierto que un territorio puede estar bien cultivado, cuando una nación ya está en decadencia; pero dondequiera que observemos la agricultura en un estado tosco, y conducida sobre malos principios, podemos estar seguros de que la misma falta de inteligencia permea todas las otras ramas más importantes de la industria nacional, o del esfuerzo nacional.

Después de dejar las alturas de Carmona, el país se extiende, a ambos lados del camino, en una llanura perfecta por casi dos leguas; al final de esa distancia, después de cruzar un pequeño arroyo, abandonamos el camino real, y comenzamos a ascender por elevaciones suaves hacia la izquierda. Nos encontramos con una larga columna de prisioneros franceses, escoltados por un grupo de campesinos andaluces, en su camino hacia Sevilla. Como la disciplina y las formaciones ordenadas ya no tenían uti-

lidad alguna para estos prisioneros, tuve la oportunidad de observar, por así decirlo, los elementos humanos que conformaban ambos ejércitos enfrentados. A juzgar por esta muestra, la ventaja parecía estar del lado español, tanto en fuerza como en apariencia general. Sin embargo, es posible que el orgullo de unos por custodiar prisioneros y el desánimo de otros por su situación influyera lo suficiente como para no permitirme hacer una evaluación del todo objetiva.

Después de dejar el camino real, nuestro sendero nos llevó por algún tiempo arriba y abajo por varias crestas desnudas, sin síntomas de cultivo alguno, y desprovistas de belleza natural. Pero, estas crestas, gradualmente comenzaron a exhibir claros de terreno cultivado, y pequeños bosques; y llegamos por fin a un país hermoso y abierto, aparentemente de gran fertilidad natural. Era casi una llanura, diversificada por ondulaciones suaves, aunque, por las vistas alrededor, era evidente que habíamos ascendido imperceptiblemente a una altura considerable. En muchos lugares las lluvias de invierno habían formado pequeños lagos, que ahora se secaban rápidamente, mientras que su extensión anterior estaba claramente marcada por un borde de verde más profundo que el de las llanuras circundantes, o por flores blancas, que crecían tan cerca del borde que podría parecer dudoso si estaban invadiendo el lago, o el agua ascendiendo sobre ellas. Mientras pasábamos, grandes bandadas de gansos salvajes, patos, y otras especies de aves acuáticas, se levantaron y se extendieron por el aire en largas columnas delgadas, mientras que el chorlito hacía solo vuelos cortos, y la cigüeña, más acostumbrada al hombre, permanecía sin asustarse, o caminaba unos pocos pasos.

A la distancia de una legua divisamos la Campana, nuestro refugio destinado para la noche, situado agradablemente en la

extremidad de la llanura, que con su torre de iglesia, presentaba una apariencia muy romántica. Al acercarnos encontramos que el país circundante está bien cultivado, y en esta estación nada podría exceder la apariencia prometedora de las cosechas, en todas las direcciones.

Como el sol aún no se había puesto cuando llegamos a la Campana, tuve suficiente tiempo libre para caminar por sus calles, e inspeccionar la iglesia, que no contiene nada notable. Como este lugar está completamente fuera de la ruta común de Sevilla a Córdoba, o de hecho de cualquier camino real, la curiosidad de los habitantes fue grandemente excitada por la apariencia de un extranjero inglés; aunque al principio mi vestimenta, y la atención con la que parecía estar observandolo todo a mi alrededor, había creado sospechas muy desfavorables. Cerca de la iglesia me detuvieron por instigación de un sacerdote; pero tan pronto como se encontró que mis pasaportes eran correctos, me preguntaron, al estilo español, si había algo en el lugar que yo quisiera. Sin embargo, aún parecía haber aquí más sospecha de un extranjero de la que había visto en cualquier lugar de España, y me preguntaron repetidamente, en un tono bastante alarmante, por qué hacía tantas observaciones, y hacía tantas preguntas. En la tarde, como de costumbre, me senté con los arrieros a cenar, que consistía en espárragos silvestres fritos con aceite, ajo y huevos. La sartén se colocó sobre la mesa, y uno de los compañeros apoyó el mango sobre su hombro; cada uno sacó su cuchara, y todos comieron juntos en gran armonía. Después de la cena, colocaron algunos haces de paja para mí, sobre los que, como antes, dormí envuelto en mi capa.

El día 18, al amanecer, partimos de la Campana y pronto llegamos a una zona accidentada, cubierta de maleza y árboles pe-

queños, en su mayoría acebuches. Donde el terreno había sido despejado o donde las pequeñas charcas invernales se habían secado, se veían manchas de un verde vibrante o cubiertas de hermosas flores. La frescura del aire matutino y las hojas aún cargadas con el rocío de la noche hacían este tramo del camino encantador, y aproveché la ventaja que me ofrecía el lento paso de las mulas para avanzar a pie. Esta era, de hecho, mi forma habitual de viajar, y durante todo este trayecto, excepto en terrenos pantanosos o al cruzar arroyos y pequeños ríos, mi paciente compañera rara vez tuvo que soportar mi peso.

Después de avanzar una legua y media, avistamos Peñaflor a unas cuatro millas a la izquierda, cerca del Guadalquivir, aunque aún no podíamos ver el río, ya que aquí sus orillas estaban cubiertas de árboles. Peñaflor se supone que es la antigua Ilipa, y hasta allí, como nos informa Estrabón, podían ascender pequeñas embarcaciones por el Guadalquivir. Avanzando otra media legua, llegamos a la vista de Palma, situada de manera muy pintoresca en una llanura entre el Guadalquivir y el Genil, en la confluencia de estos dos ríos. Al descender desde las alturas hacia el Genil, perdimos de vista el pueblo, oculto por extensas plantaciones de naranjos que cubrían la orilla opuesta del río. Aquí se cultiva la mayor parte de las naranjas que se exportan desde Sevilla, ya que el río ofrece un medio de transporte fácil, demasiado escaso en España. Los árboles estaban cubiertos de hojas verde brillante, frutos dorados y flores blancas, todo al mismo tiempo, y el aire, incluso en nuestra orilla del río, estaba perfumado con su fragancia. Cerca de Palma, cruzamos el Genil en una barca de fondo plano, que transportaba aproximadamente un tercio de nuestras mulas cada vez, y después de bordear las afueras del pueblo, pronto avistamos el Guadalquivir, que aquí no parecía mucho

más imponente que el Genil. Cuánto le debe a este último río es evidente por el hecho de que pequeñas embarcaciones no pueden avanzar más allá de Peñaflor, un poco más abajo de la confluencia de los dos cauces.

El campo desde Palma es una llanura continua durante algún tramo, de suelo bastante fértil pero mal y parcialmente cultivado. Las habas parecían ser el principal cultivo, y por la extensión inmensa de algunos campos, deben ser un alimento básico para los campesinos o para transportar a Sevilla. Al acercarnos por primera vez al Guadalquivir, observé que sus orillas no eran muy elevadas, pero sí empinadas y arenosas, como las del Guadiana cerca de la frontera con Portugal. Sin embargo, adquirieron gradualmente un carácter más imponente, y ascendimos por alturas considerables compuestas de una mezcla de arena y arcilla, en cuya base el río fluía con gran ímpetu. A una distancia considerable a la izquierda, y elevado entre las montañas que forman una rama de Sierra Morena, se nos ofreció una vista encantadora de Hornachuelos, situado de manera romántica entre dos barrancos profundos que se unen como ríos frente a él. Su ubicación elevada, su lejanía de los caminos comunes y los barrancos secos que casi lo rodean, destinados a aislarlo de cualquier contacto con las llanuras, nos abren la idea de parajes interesantes en las montañas de detrás, donde los viajeros aún no han penetrado. Desde las alturas, vimos Posadas, un lugar pobre de unas trescientas casas, donde pasaríamos la noche. Pronto descendimos a una llanura pequeña pero bien cultivada y llegamos a las orillas del Guadalquivir, que cruzamos de la misma manera que el Genil, en una barca de fondo plano.

Al otro lado, la orilla se eleva abruptamente, y en lo alto se encuentra el pueblo de Posadas. Aquí, la curiosidad de la gente al

ver a un forastero, aún mayor que la mostrada en la Campana, me convenció de que estábamos recorriendo un camino poco frecuentado. Apenas llegamos a la posada cuando me rodearon personas de todas las clases, quienes, bajo diversos pretextos, me hicieron cien preguntas y examinaron minuciosamente mi capa, mi vestido y mi silla de montar inglesa. Por mi causa, prepararon una cena mejor que cualquier otra que hubiera tenido desde que salí de Sevilla. Asaron cinco o seis conejos en las brasas, luego desmenuzados, colocados en un gran tazón de madera, y encima se vertió agua caliente mezclada con aceite, vinagre, ajo, pimiento y sal.

Como de costumbre, nos sentamos todos juntos. Una gran bota de cuero con capacidad para unos tres litros se llenó de un vino pasable y, confiada a uno de los presentes para que actuara como nuestro Ganímedes, comenzó el banquete. Durante un tiempo, el hambre impidió toda conversación, pero nuestro escanciador desempeñó su papel con tal destreza que, antes de terminar la cena, la bota estaba vacía, y el campesino andaluz comenzó a mostrar toda su vivacidad. Se decidió por unanimidad que la bota debía ser rellenada. Hablaban fuerte, reían, cantaban, maldecían a los franceses y juraban que, incluso si el resto de España fuera invadido, Andalucía era suficiente para protegerse de cualquier invasor. De repente, estalló una violenta pelea: se intercambiaron palabras fuertes, se desenvainaron cuchillos, y esperé ver cómo nuestra cena terminaba en sangre. Pero entonces, la posadera, tras varios intentos infructuosos de calmar la tormenta, comenzó a recitar la oración de la Virgen. Todo se calmó inmediatamente, los cuchillos fueron envainados, todos se quitaron los sombreros, y en cada pausa, la asamblea murmuraba las respuestas y hacía devotamente la señal de la cruz. Cada vez que la pelea parecía

reiniciarse, la buena mujer recurría al mismo recurso, siempre con el mismo éxito, hasta que el enojo de los contendientes, más que apaciguado, se agotó, y nos separamos en silencio, si no en amistad. Estos andaluces son ciertamente una raza extraña, de buen carácter, irascible, voluble y vivaz.

A la mañana siguiente, esperaba ver algún rastro de una pelea tan violenta y reciente, pero nada de eso: los involucrados eran ahora los mejores amigos del mundo y, aunque era domingo, estaban muy ocupados jugando a las cartas. La influencia de la superstición y el poder de los sacerdotes, tan perceptibles en las grandes ciudades de España, se vuelven aún más evidentes en lugares apartados como estos. Observé que los habitantes de la Campana y Posadas tenían un temor especial a negarse a los frailes mendicantes que imploraban caridad por el amor de Dios o de la Santísima Virgen, e incluso parecían temer que se les imputara como pecado no tener algo para dar. Pero lo que más conmueve los sentimientos y saca hasta el último maravedí es la súplica para liberar almas del purgatorio. Hay un rito particular instituido por la Iglesia de Roma para lograr este gran propósito, y se recauda dinero para cubrir los gastos necesarios. El mendigo sagrado recorre el pueblo, asomándose a cada puerta, agitando su caja y clamando en un tono lastimero: ¡*Las Ánimas*! ¿Quién sabe si su propio padre, hermano o amigo más querido podría estar en ese mismo momento a medio escapar de las llamas, necesitando solo unos pocos maravedíes más para ser liberado por completo y transportado de inmediato al seno de Abraham? ¿Acaso algún miserable mezquino duda, pensando quizás en su esposa e hijos, a quienes apenas puede proveer lo indispensable? El fraile regordete agita la caja con santa indignación, y el pobre infeliz, ya sea por vergüenza o terror, o para rescatar a sus ancestros, saca lo

último que le queda, ¡que debería haber destinado a las necesidades infinitamente más sagradas de su familia hambrienta! Nuestra prolongada estancia en Posadas me permitió presenciar una de esas escenas que marcan, por así decirlo, los límites mismos de la guerra y nos conmueven más que las de mayor horror.

Una pobre mujer del lugar había recibido la noticia de que su único hijo había muerto en batalla, y naturalmente se entregó al dolor. Pero esa misma mañana, un campesino llegó con la certeza no solo de que su hijo vivía, sino de que se acercaba al pueblo y no estaba a más de una legua de distancia. El primer impacto de estas buenas noticias abrumó los sentimientos de la madre: salió corriendo a la calle, gritando de alegría y diciendo a cada persona que encontraba que su hijo no estaba muerto, que vivía, que se acercaba, que pronto estaría en la casa de su querida madre. Tras un tiempo, exclamó: «¿Pero por qué me quedo aquí? ¡Vamos, vamos a recibirlo!» Y diciendo esto, tal como estaba vestida, se apresuró hacia el camino y pronto desapareció.

Pero ¿qué palabras podrían describir su regreso? Su hijo vivía, pero ¡ay!, ¡cuán cambiado estaba desde la última vez que lo vio! Un cañonazo le había arrancado el brazo; las vendas de su herida estaban teñidas de sangre; estaba pálido, demacrado y tan débil que apenas podía sostenerse sobre su burro, en una especie de cuna, con la ayuda de un campesino que caminaba a su lado. Al otro lado iba su madre, mirando ahora al suelo, ahora al cielo, pero sobre todo a su hijo, con ojos ansiosos y un rostro donde la alegría y el dolor, el júbilo y el desaliento, se alternaban o se mezclaban de manera extraña con todo lo más conmovedor del amor maternal. Debo confesar que, al presenciar esta escena, me costó contener las lágrimas, y ni siquiera me avergonzaría al recordarlas.

No partimos de Posadas hasta bien entrada la tarde. Los arrieros alegaron que no querían entrar en Córdoba antes del anochecer, por temor a que sus animales fueran requisados para el ejército. También observé que dejaron todo su dinero al cuidado de la posadera hasta su regreso, y al preguntar la razón, me informaron que era para comprar trigo. Entonces comencé a sospechar que estábamos por adentrarnos en un tramo peligroso del camino. Sin embargo, una vez en marcha, la belleza de la tarde y la vista de un campo fascinante capturaron por completo mi atención.

Poco después de salir de Posadas, vimos a la derecha el castillo de Almodóvar, en una altura rocosa que marca el fin de una cadena montañosa en dirección al Guadalquivir. Bajo el castillo, en el lado oriental, se encuentra el pueblo de Almodóvar, solo visible en parte. Desde estas alturas podíamos distinguir claramente Córdoba, a una distancia de cinco leguas, con un terreno intermedio casi completamente llano. Como el suelo aquí era muy irregular y el camino tan estrecho que solo dos mulas podían avanzar en paralelo, me detuve en la cima de una roca, cerca de una antigua torre, y contemplé nuestra caravana, que formaba una larga línea serpenteante: en un tramo ascendía, en otro descendía; aquí oculta entre árboles y rocas, allá avanzando lentamente por los claros. El tintineo de los cencerros de las mulas, los gritos de los arrieros y, a veces, sus cantos, resonaban entre las rocas para luego perderse en los valles, seguidos de un silencio absoluto.

De esta manera avanzamos, cruzando numerosos arroyos que corrían con gran rapidez hacia el Guadalquivir. De hecho, el camino mismo parecía haber sido el lecho de un torrente hace poco, casi completamente cubierto de piedras lisas. Finalmente, llegamos a un desfiladero pintoresco, en cuyo fondo fluía el arroyo de

la Cabrida, un curso de agua ahora considerable, que cruzamos por un puente de cinco arcos altos pero estrechos. El lecho del arroyo estaba sembrado de enormes y afilados bloques de roca entre los que el agua corría con un sonido hueco. Poco después de pasar este desfiladero, llegamos a un campo abierto que ofrecía pocos paisajes interesantes, incluso en dirección a las montañas de la izquierda.

A tres leguas de Posadas, hicimos una breve parada en el Cortijo de los Frailes, una casa solitaria y casi la única en todo el tramo entre Almodóvar y Córdoba. Eran ya las ocho, y la luna, aunque menguante, brillaba con considerable intensidad. Tras casi una hora de descanso, reanudamos la marcha por la llanura. La frescura y el silencio de la noche, la uniformidad del terreno y el paso constante de nuestras mulas adormecieron a mis compañeros. Cabezaban sobre sus monturas, mientras el burro que yo montaba había avanzado gradualmente hasta la cabeza, convirtiéndome sin querer en el guía de toda la procesión. Poco después, la luna se ocultó tras las montañas de Sierra Morena, pero incluso bajo la tenue luz de las estrellas, las torres de Córdoba eran visibles a poca distancia.

De pronto, dos hombres se acercaron a caballo, apuntándome con sus mosquetes a la cabeza y ordenándome en español que me detuviera. En mi sorpresa inicial, exclamé que era inglés, intentando al mismo tiempo alcanzar mis pistolas, que estaban entorpecidas por mi capa. «¡Si tocas tus armas, estás muerto!» gritó el bandido. «¡Desmonta al instante o disparamos!» En esa situación, y sin el apoyo de mis compañeros, no tuve más opción que ceder. Mientras esto ocurría, otro bandido, envuelto en una capa negra y que parecía ser el líder de la banda, cabalgaba alrededor del grupo, acorralándolos cada vez más cerca. Los arrieros clama-

ban por piedad; la mujer, entre sollozos, gritos de terror y lágrimas, invocaba la protección de María Santísima. Tras quitarme las pistolas, los bandidos me ordenaron entregar el reloj y dinero. Al hacerlo, preguntaron si no tenía nada más. Respondí que solo me quedaban unas monedas de cobre de poco valor, y que confiaba en que las dejarían conmigo. «¿Solo cobre? No importa, dámelo», dijo el piadoso bandido, «servirá para las ánimas».

Luego revisaron a todo el grupo y los cargamentos de las mulas. Aunque no podía verlo, escuché el sonido de cuerdas cortándose, y no dudé de que era mi desafortunado portamantas el que estaban abriendo. «Estoy aquí», me dije entonces, «en una tierra extraña, sin un dólar, sin ropa de cambio, ni un amigo». Pasada la medianoche, fuimos liberados. Los ladrones desaparecieron con su botín, después de interrogar estrictamente a los arrieros sobre si yo era realmente inglés, y continuamos en medio de un silencio fúnebre, los arrieros parecían tener miedo de abrir la boca y la mujer seguía llorando.

En menos de una hora escuchamos el rugido del Guadalquivir, y poco después llegamos bajo los muros de Córdoba. Para colmo de nuestras desgracias, cuando llegamos a las puertas, las encontramos cerradas, ni nuestros gritos ni ruidos lograron obtener la menor respuesta o atención. No quedaba más que resignarnos a nuestra situación. Se descargó el ganado; y para mi gran alegría, descubrí mi portamantas, que, al estar equilibrado sobre la mula con un bulto de viles pescados salados, probablemente se había salvado del saqueo. Ya no pensé en lo que había perdido, sino en lo que me había sido perdonado. Un pequeño muro parapeto corría a lo largo del Guadalquivir; llevé mi portamantas bajo su refugio para que me sirviera de almohada, y envuelto en mi capa, me tendí en el suelo, y pronto me adormeció el murmullo del río;

mientras la mujer, aún lanzando de vez en cuando profundos suspiros, e incapaz de cerrar los ojos, permaneció en vela toda la noche junto a las puertas de Córdoba.

Capítulo VI

Córdoba, su situación, antiguedad, puente, catedral, panorama desde la antigua torre, antigua Córdoba, San Rafael, conductos e inscripciones romanas, el soldado español

Poco después del amanecer se abrieron las puertas, y nos condujeron ante un funcionario designado por la Junta para examinar todos los pasaportes; para tal propósito, la oficina se encuentra justo dentro de los muros. Trató con muy poco interés nuestro relato sobre el robo, y les dijo a los arrieros que, si hubieran capturado a alguno de los ladrones, habrían tenido derecho a cuatro dólares por cada uno. Nos despidió con este consuelo, y tras muchas dificultades, debido a que la ciudad estaba llena de oficiales y soldados que se dirigían al ejército en La Carolina, logré conseguir una habitación miserable en la Posada del Potro, donde permanecí durante mi semana de estancia.

Córdoba se encuentra en la orilla norte del Guadalquivir, formando un semicírculo, o más bien una especie de medio óvalo dividido longitudinalmente, con el río como cuerda. Está completamente amurallada, con torres cuadradas a intervalos, y el circuito exterior, desde el río hasta el otro lado, es de unos cuatro mil metros. Sin embargo, antiguamente era de mucha mayor extensión, y aún se pueden rastrear restos de muros y torres a más de media legua al oeste. En el período de su primera construcción por los romanos, parece que fue colocada más lejos del río de lo que

está actualmente, o que fue dividida en dos partes por un muro que aún existe en muchos lugares, dividiendo la ciudad, y que evidentemente es de mano de obra romana. Como muchas otras ciudades en España, presenta numerosos rastros de varias y muy diferentes naciones. Fue fundada por Marco Claudio Marcelo, Pretor de España, alrededor del año 600 de Roma, y fue la primera colonia romana establecida en Andalucía. Entonces fue dignificada con el nombre de colonia patricia, siendo la parte principal de los colonos de la orden ecuestre, un honor casi peculiar de esta ciudad, y del que los habitantes actuales no dejan de jactarse.

En cuanto a antigüedad y respetabilidad de fundación como colonia romana, Sevilla debe ceder la palma a Córdoba. Pero las disputas sobre estos puntos son violentas entre las dos ciudades, y se remontan a períodos tan remotos que apenas vale la pena el esfuerzo de ajustarlas. De hecho, tanto Sevilla como Córdoba parecen haber sido ciudades de cierta importancia mucho antes de la época de los romanos. Silio Itálico, al enumerar las ciudades de España que se unieron a Aníbal en la segunda guerra púnica, menciona Córdoba: «Nec decus auriferæ cessavit Corduba terræ». Y Estrabón nos informa que los antiguos españoles navegaban desde el océano hasta Sevilla en grandes barcos, hasta Ilipa (la moderna Peñafiel) en embarcaciones más pequeñas, y hasta Córdoba con los botes fluviales, en su tiempo hechos de tablas, pero antiguamente hechos de árboles ahuecados: «Usque Cordubam fluvialibus scaphis iter est: hoc quidem tempore compactis, antiquioribus vero seculis cavatis arbore lintribus».

En un tiempo, Córdoba fue indudablemente la más grande y floreciente de las dos. Pero tal parece haber sido el rápido progreso de Sevilla, y tan grandes fueron sus ventajas naturales, que

poco a poco superó a su competidora. Sin embargo, en la época de los moros, Córdoba fue la metrópolis de su imperio en España, y continuó durante más de trescientos años siendo la Atenas de la literatura árabe. Aquí florecieron Avicena, el célebre médico, y el constante rival de Mahommed Aben-Rosdien, más conocido en Inglaterra como Averroes; además de una larga lista de geómetras, poetas y filósofos, formando, con mucho, la mayor colección de hombres eruditos e ingeniosos de entonces en Europa. Incluso en la época de los romanos, Córdoba podía jactarse de ser el lugar de nacimiento de Séneca y Lucano; y es lamentable reflexionar que estos venerables y antiguos nombres son todo lo importante que ahora le queda a esta ciudad de su renombre literario.

En el extremo occidental de la ciudad, el Guadalquivir es cruzado por un puente de piedra de dieciséis arcos de varias formas y tamaños. De hecho, no hay dos de las mismas dimensiones, pero en forma la mayor parte son semicirculares, mientras que otros son elípticos. Fue erigido a mediados del siglo noveno por Hiscan, el primer rey de ese nombre en Córdoba, al igual que un castillo cuadrado en el lado opuesto para la defensa del puente, que aún existe en buen estado de conservación y que ahora se utilizaba para acuartelar soldados en su paso hacia el ejército. En el centro del puente, a un lado está la estatua de San Rafael, el gran patrón de Córdoba, con una inscripción que registra la declaración que una vez hizo, de haber sido nombrado para ese propósito, y de la cual hablaré más adelante. Inmediatamente debajo del puente se construye una presa a través del río, y se erigen dos o tres molinos bajos en el lecho, que producen, cuando se ven a poca distancia, un efecto más singular que hermoso.

En Córdoba, como en Sevilla, el principal objeto digno de atención es la catedral, más quizás por su antigüedad y los términos elevados en que los historiadores españoles han hablado de ella, que por su grandeza presente o el interés que posee. Después de escucharla comparar con los monumentos más valiosos de España y las mezquitas más grandiosas de Arabia, no perdí tiempo en visitarla, y quedé impactado por el asombro y la decepción al entrar, al encontrarme súbitamente desconcertado como si estuviera entre innumerables columnas bajas, la mayoría con capiteles miserables y sin bases, conectadas entre sí en muchas partes por dobles filas de arcos estrechos, uno encima del otro, entre la misma línea de pilares. La triple hilera de arcos en el gran acueducto de Elvas produce un efecto muy superior por la altura y masa del conjunto.

Aquí la vista es exactamente como la de un bosque densamente plantado de árboles jóvenes, donde, a menos que encuentres una abertura favorable que te dé la idea de una extensión inmensa, no hay nada que transmita la idea de grandeza. Los pilares elevados de las catedrales de Toledo, Segovia o Sevilla representan los enormes robles de bosques antiguos, cuyas ramas elevadas forman una sombra de mediodía; mientras que en la de Córdoba, la altura generalmente baja del techo nos disgusta de mirar hacia arriba, y de alguna manera comprime nuestra atención a los objetos inmediatamente a nuestro alrededor.

Como espécimen del gusto árabe en arquitectura, sin embargo, es sumamente interesante y digno de atención; fue construida por el rey Abderramán, el fundador de la monarquía cordobesa, y, tomando todo el exterior, forma un cuadrilátero de casi mil cien pies de longitud por setecientos de anchura. En el exterior mencionado se incluye el Patio de Naranjos, que mide aproxima-

damente cuatrocientos cincuenta pies por doscientos veinte, y debajo hay una gran cisterna, sostenida por pilares gruesos, donde los moros solían realizar sus abluciones antes de entrar a la mezquita. Este patio, como su nombre indica, está plantado con naranjos, entre los que se mezclan algunos cipreses melancólicos, con los que a los moros aún les gusta adornar sus cementerios. En el centro se alza una palmera muy antigua, un árbol del que los árabes probablemente derivaron sus ideas de columnas.

La iglesia misma forma un cuadrilátero de aproximadamente seiscientos cincuenta pies por cuatrocientos sesenta, y todo este espacio puede decirse que está cubierto de pilares, que ascienden a más de mil en número, y muchos de los cuales son de jaspe y del más valioso verde antiguo. Una proporción considerable de estos pilares parece haber sido formada a partir de otros, pertenecientes a un antiguo templo romano de Jano Augusto, que ocupaba casi el mismo sitio que el edificio presente; en algunos de ellos se han preservado los hermosos capiteles, mientras que la mayor parte del resto están coronados con imitaciones moriscas torpes.

El coro fue construido por los monarcas cristianos, después de la toma de Córdoba de los moros, que tuvo lugar en 1236. Sus pilares son algo en el mismo estilo que los de la catedral de Sevilla, llevándose aquí el techo a una altura mayor de la que originalmente tenía, o ahora tiene en el resto del edificio; este cuerpo extraño sirve para completar la mezcla de estilos que pervade todo el conjunto. En vano intentamos considerarlo aparte, o admirar el hermoso e intrincado trabajo tallado de los asientos, el tamaño del órgano, o la riqueza del altar; no podemos olvidar por mucho tiempo que en su situación presente está completamente fuera de lugar, ni dejar de lamentar que la uniformidad del más

noble espécimen de edificios religiosos moriscos en España haya sido desfigurada por una adición tan absurda. Se menciona, y con gran exultación, que esta catedral tiene quince puertas, mientras que la de Sevilla tiene solo nueve; pero el número de puertas es seguramente un motivo pequeño de jactancia, a menos que vaya acompañado de elegancia o grandeza superior, que no es el caso aquí. La puerta principal, llamada la Puerta del Perdón, es sin embargo de interés considerable, siendo de más de treinta pies de altura, cubierta con placas talladas de bronce, y llena de inscripciones árabes; de estas últimas, en efecto, se encuentran numerosos ejemplos enteros, o parcialmente mutilados, a lo largo de todo el edificio.

Desde la cumbre de la gran torre, que está conectada con la catedral, y tiene aproximadamente trescientos pies de altura, hay una hermosa vista de Córdoba y el país circundante. La ciudad no parece igual a más de dos tercios de Sevilla en extensión. Hacia el oeste, a la distancia de seis leguas, contemplamos el castillo de Almodóvar, coronando una altura que forma por un lado un precipicio escarpado hacia el Guadalquivir, y por el otro está conectado con las crestas de la Sierra Morena, que hacen una curva desde allí acercándose a Córdoba por el norte, y dejando una llanura noble entre sus faldas y el Guadalquivir.

Desde la base de la montaña de Almodóvar hasta Córdoba, la longitud de esta llanura es de aproximadamente cinco leguas, y su anchura de dos, desde las faldas inferiores de la Sierra Morena hasta el Guadalquivir, estrechándose gradualmente en ambos extremos. Mirando hacia el suroeste, contemplamos la abertura del valle que marca el curso del río, y desde el suroeste hasta casi el noreste, el terreno se eleva gradualmente desde la ribera opuesta. Forma allí solo crestas bajas sin interés, y todas las be-

llezas del panorama yacen en el lado norte del río, hacia el que, mientras nos volvemos gradualmente, una vez más contemplamos las montañas de la Sierra Morena, y bajo nuestros pies toda la ciudad de Córdoba.

En lo alto de estas montañas, y en situaciones escogidas, se alzan varios monasterios extensos, donde aún se mantienen comunidades piadosas; y espléndidas ermitas, donde los hombres viven solos a la vista de todo el mundo. Pero en los lugares más solitarios y apartados aún pueden rastrearse las ruinas de establecimientos humildes, y celdas solitarias, que los devotos melancólicos abandonaron hace mucho tiempo, o donde aquellos que perseveraron hasta el final yacen enterrados en eterno olvido.

A la distancia de una legua hacia el noroeste, en el borde de la llanura, una larga línea blanca marca el límite inferior de Córdoba la Vieja, o Antigua Córdoba, mientras que más arriba en la pendiente, otra línea, más débilmente trazada, muestra sus límites hacia las montañas. Se ha afirmado que este fue el sitio original de Córdoba antes del tiempo de los romanos, y que el Guadalquivir entonces fluía más cerca del pie de las colinas. Que esto último es cierto no lo dudo, pero solo se avanzan suposiciones en apoyo de la primera idea: por el contrario, pocas antigüedades de importancia se descubren al excavar dentro del circuito de la Antigua Córdoba, ni restos de grandes edificios. ¿Por qué deberían existir solo ruinas de las murallas, mientras que todo dentro de su circuito ha desaparecido? Se conjetura con más probabilidad que haya sido una fortaleza, o campamento estacionario de los romanos, y quizás posteriormente de los primeros conquistadores moros, mientras la fidelidad de Córdoba aún era dudosa; su forma, que es casi un rectángulo exacto, de aproximadamente cinco mil pies por dos mil quinientos, casi lo confirma.

Cuando miramos hacia abajo sobre el techo exterior de la catedral desde la cima de esta torre, presenta una apariencia extremadamente mezquina, como filas de edificios pobres pegados unos a otros y embaldosados. En efecto, todo el exterior es sencillo, y los contrafuertes carecen de belleza; pero se nos dice que esto se compensa por las riquezas interiores; y que el techo, que parece tan sencillo externamente, está compuesto de las maderas más valiosas y aromáticas en el interior.

Cerca de la catedral, y entre ella y el río, se alza el Pilar de San Rafael, donde rocas, y leones, y tumbas, lámparas, e inscripciones doradas, están amontonados juntos de muy mal gusto. En la cima se alza una imagen dorada del ángel guardián de Córdoba, y a quien se erigen templos, pinturas y columnas en casi cada calle. Las solemnes palabras que pronunció cuando se apareció al venerable padre Andrés de las Roelas, en el año 1578, están inscritas en una variedad de mármoles, pero quizás aún más profundamente en los corazones de los agradecidos habitantes de Córdoba: «Yo te juro por Jesu Christo crucificado que soy Rafael ángel, a quien Dios tiene puesto por Guarda de esta ciudad». ¡Cuán consoladora debe ser esta declaración para los ciudadanos, que la contemplan registrada por todos lados! Es cierto que no ha transcurrido un año desde que el ejército de Dupont cometió aquí los más horribles excesos, asesinando habitantes desarmados, violando mujeres y profanando templos; sin embargo, sin duda eso solo fue permitido por una temporada, como justo castigo por sus pecados, y Rafael después tomó una gran venganza en la batalla de Bailén.

En todo caso, la aparición de este potente arcángel al padre Andrés de las Roelas, y la verdad de su declaración, quedan puestas fuera de toda duda por las siguientes circunstancias. En pri-

mer lugar, se probó que era cierto por los testimonios unidos de muchos prelados de vidas santas y veracidad indudable, ante el gran notario, en 1602, no más de veinticuatro años después de que el evento tuvo lugar, y menos de veinte años después de la muerte del venerabilísimo Padre a quien se hizo la importante declaración. En segundo lugar, un gran número de testigos garantizaron la santidad y veracidad del venerable padre de Roelas, y firmaron sus nombres con ese efecto en un documento que aún se preserva en los archivos de la iglesia de San Pedro. También se prueba que poco después se recuperó súbitamente de una enfermedad que todos los médicos habían declarado que inevitablemente causaría su muerte. Y por último, el venerable padre mismo juró la verdad de su declaración, «in verbo sacerdotis», o bajo la palabra de un sacerdote, que, si algún hombre fuera lo suficientemente malvado como para dudar, muy justamente sería puesto en la inquisición, ¡y quizás condenado a pasar el resto de su vida en un calabozo subterráneo! Pero el hecho es que mucho antes de esta consoladora declaración de Roelas, se había sospechado astutamente que el ángel Rafael tenía a su cargo Córdoba; y ahora hace poco se descubrió que había aparecido por primera vez al venerable padre Sousa, tan atrás como en el año 1280.

Después de su segunda aparición, sin embargo, las pruebas de su intercesión fueron numerosas y manifiestas. En el año 1602, una terrible peste, que entonces desoló la ciudad, fue inmediatamente detenida por la intercesión de San Rafael, como expresamente escribe Martín de Roa. En 1650 sucedió lo mismo, según el testimonio intachable de Don Pedro Mesía de la Cerda; e incluso los ancianos de la presente generación son testigos vivientes de la intercesión visible del santo arcángel en la gran fiebre epidémica

de 1738, y que fue instantáneamente detenida por una gran procesión en su honor.

Es más especialmente en las tormentas, sin embargo, que el arcángel ha desplegado su poder guardián. Está probado que desde tiempo inmemorial, aunque han caído rayos en todas las direcciones alrededor, nunca jamás ha sido alcanzada por ellos ninguna persona en Córdoba. Finalmente, en el gran terremoto que ocurrió a las diez de la mañana del 1 de noviembre de 1755, mientras que en todos los obispados diversos vecinos fueron muertos y heridos por la caída de las casas, en Córdoba ni uno solo fue lastimado, aunque el terremoto fue largo y terrible, e incluso la gran torre muy dañada, y aun presenta marcas evidentes. Tales son las pruebas incuestionables de la verdad de uno de los eventos más notables y sobrenaturales que han tenido lugar desde las primeras edades del cristianismo. ¿Quién después de esto puede rehusar su creencia a un milagro tan fuertemente atestiguado, o sentirse para nada sorprendido de que los ciudadanos de Córdoba tengan una procesión anual y grandiosa en honor de San Rafael?

Por mi parte no me queda una sola duda sobre el tema, y tal supongo que será el caso con la mayor parte de mis lectores, después de sopesar maduramente lo que se ha alegado. Quizás podamos lamentarnos de que ningún ángel, aun de rango subordinado, haya aparecido todavía al obispo de Londres, o al deán de Westminster, para declararse el guardián de esta gran ciudad; pero refrenados en nuestra murmuración por el reproche de que no somos sino herejes, debemos consolarnos con la reflexión de que, mientras nuestra metrópoli está floreciendo y extendiéndose en todas las direcciones, tales son los misterios de la providencia, Córdoba ha declinado gradualmente desde la última aparición de

San Rafael, ¡y desafortunadamente exhibe fuertes síntomas de decadencia aún mayor!

Como prueba de cuán sagrada es la palabra de un sacerdote, y cuán grande su poder, en el Patio de Naranjos se muestra un árbol particular, que fue plantado en el lugar de uno que hace algunos cientos de años se marchitó en ese lugar. Antes de que se descubriera el arte de la imprenta, y cuando consecuentemente los manuscritos eran muy valiosos, un sacerdote había dejado su biblia en el anterior naranjo, entre las ramas del cual había estado sentado. Olvidando dónde la había dejado, y habiendo hecho una búsqueda larga e infructuosa para descubrirla, no dudó sino que alguien se la había robado, y en la violencia de su justa y santa indignación, anatematizó al ladrón de la manera más solemne, maldiciendo por campana, libro y vela. A la mañana siguiente el ladrón inocente, el desafortunado naranjo, fue encontrado completamente marchito y decaído, y la biblia así salió a la luz. «¡Cosa maravillosa!» dice el piadoso español, y maravillosa ciertamente fue.

Esa rama de la Sierra Morena al norte de Córdoba, que corre de este a oeste, era conocida por los romanos bajo el nombre de Montes Marianos. En estas montañas surgen los finos manantiales de agua que son traídos a la ciudad por conductos muy antiguos, y que abastecen las fuentes públicas de una manera al menos igual a cualquier otra ciudad de la misma extensión en España. De estos conductos algunos están en su estado original, mientras que muchos otros han sido evidentemente reparados por los moros; muchos, por otro lado, han caído en ruina, aunque los techos arqueados, la mampostería sólida, y el mortero tan duro como la piedra misma, muestran suficientemente cuán importantes y valiosos fueron una vez; mientras que otros, aún existentes,

están en parte cortados tan profundamente en la roca viva, y derivan de fuentes tan distantes, que los arquitectos modernos han intentado en vano descubrir hasta dónde se extienden en las montañas.

Además de los restos de los conductos para traer agua a la ciudad, muchos rastros aún existen de las grandes obras para irrigación en varias partes de la llanura entre las montañas y el Guadalquivir. El valor del agua en climas calurosos para los propósitos de la agricultura era bien conocido por los moros; y no es pequeño reproche a los españoles modernos, que lo máximo que han hecho en cualquier parte ha sido preservar algunas de estas grandes obras, mientras que no han erigido ninguna nueva, y han permitido que otras sean casi olvidadas por el tiempo. Toda la gran llanura entre Córdoba y Fuente Real está llena de tuberías de barro, y rastros de pequeños montículos ahora casi nivelados con la tierra.

Los rastros de los romanos que aún existen son principalmente los restos de la muralla que corría por el centro de la ciudad, y mucho de las murallas exteriores mismas, columnas e inscripciones esparcidas, y muchos de los pilares de la catedral, que se dice pertenecieron al templo de Jano Augusto. Se dice que existen rastros mínimos de un anfiteatro, pero no pude descubrirlos en ninguna parte. En la puerta de la catedral, en el patio de Naranjos, hay dos miliarios, desenterrados cerca del lugar, en excelente conservación; uno del tiempo de Augusto, marcando la distancia desde el Betis y el templo de Jano hasta el océano, como de ciento trece millas, el otro de Tiberio, como de ciento catorce. La inscripción en el primero es como sigue:

IMP. CAESAR. DIVI. F.
AVGVSTVS COS. XIII. TRIB.
POTEST. XXI. PONTIF. MAX.
A. BAETE. ET. IANO. AVGVST.
AD OCEANVM.
LXIII.

La del otro dice así:

TI. CAESAR. DIVI. AVGVSTI. F.
DIVI. IVLI. NEPOS. AVGVSTVS.
PONTIFEX. MAX. XXI. COS.
V. IMP. TRIB. POTES. XXXVII.
AB. IANO. AVGVSTO. QVI. EST.
AD. BAETIM. VSQVE. AD.
OCEANVM.
LXIIII.

Estas dos inscripciones, y particularmente la última, dejan poca duda de que el antiguo templo de Jano Augusto estuvo casi en el mismo lugar que la presente catedral, que, en lugar del templo de Jano Augusto en el Betis, podría ser denominada por los moros la mezquita de Mahoma en el Guadalquivir. Como la mezquita morisca ha usurpado el lugar del templo pagano, así se supone que el presente puente sobre el río está construido sobre los cimientos del aún más antiguo romano, y evidentemente está en parte construido de materiales romanos. Los defensores de la antigua Córdoba han sostenido que el primer puente fue echado sobre el río opuesto a ella. Sin embargo, no pueden rastrearse ahora restos en esa dirección, mientras que las ruinas del puente

romano en Peñaflor aún existen, estando en la línea de la gran carretera militar antigua de Mérida al Guadalquivir. Si, por tanto, el presente puente no fue construido sobre las ruinas del antiguo, muy probablemente aún existirían algunos rastros de este último; lo cual no es el caso.

En la iglesia franciscana están el cuadro y la estatua de un santo negro, y no es desagradable ver una imagen de uno de la raza degradada de África así sostenida como objeto de veneración pública. En la misma iglesia hay dos pinturas de San Juan y San Lucas, admirables en punto de expresión y colorido, y mucho más dignas de atención que el rico altar a cada lado del cual están colocadas.

Durante mi residencia en Córdoba, tuve oportunidades diarias de observar los refuerzos que pasaban para unirse al ejército. Consistían, como puede suponerse, enteramente de nuevos reclutas, vestidos sin uniformidad, pésimamente equipados, y muchos de ellos imperfectamente armados: los hombres, sin embargo, parecían robustos, pacientes y resistentes, y me confirmaron en la opinión que había considerado antes, y que más adelante explicaré más ampliamente, que en ninguna parte pueden encontrarse mejores materiales para formar soldados que entre el campesinado español. Su vestimenta tosca, sus caras quemadas por el sol, y sus torpes intentos de maniobrar, pueden ser tema de burla para un boletín francés, pero con otros oficiales, y un mejor sistema de disciplina, pronto harían que sus amigos se regocijaran, y sus enemigos temblaran.

Capítulo VII

Ruta a través de Castro, Baena, Alcaudete, Alcalá la Real y Pinos de la Puente a Granada

149

Capítulo VIII

Granada, su extensión, catedral, Inquisición, cartuja, plaza de toros, Alhambra, Generalife, prisioneros franceses, patriotismo de sus habitantes, y supersitiones

169

Capítulo IX

Ascenso a Sierra Nevada

198

Capítulo X

Ruta de Granada a través de Alhama y Vélez a Málaga, Málaga, y paso a Gibraltar

213

Capítulo XI

Paso a través de los estrechos, Ceuta, Tetuán, su situación, habitantes, judíos, país circundante, partida

229

Capítulo XII

Ruta a Tanger, pueblo morisco, armamos nuestra tienda, colina de los simios, Tanger, ruinas de una mole inglesa, Tarifa, Gibraltar

258

Capítulo XIII
Gibraltar, Cádiz, final

275-304